

Grecia: Historia Antigua

Compleja y rica civilización de la Antigüedad que se desarrolló en un impreciso espacio geográfico que ocuparía, además de la Grecia, la totalidad del territorio de la península Balcánica, las islas del mar Jónico y del Egeo, así como la totalidad de las tierras habitadas por griegos allende los mares. La Grecia Clásica ha supuesto uno de los episodios de mayor importancia y significación para el desarrollo de la civilización Occidental de nuestros días.

Civilización Egea

Orígenes

En la Antigüedad la Hélade no constituía un Estado unificado políticamente, ni siquiera estaba dotado de una mínima unidad étnica. Por ello la delimitación geográfica estuvo en consonancia con los movimientos expansivos y contractivos del pueblo griego. La conciencia común como pueblo derivaba directamente del pilar fundamental de la sociedad griega, la lengua; por lo que todo aquel que no hablase griego recibía el apelativo despectivo y onomatopéyico de bárbaros ('extranjero', de donde deriva la palabra "bárbaro"). La unidad de los griegos se cimentaba además en unas costumbres y una religiosidad común, de forma que eran griegos aquellos que se sentían como tales y mantenían vivo el sentimiento de pertenencia a una misma unidad que se elevaba por encima del resto, que ajenos a sus costumbres eran considerados bárbaros.

Ni siquiera tuvieron una denominación común para ellos mismos, *graeci* es tan sólo el nombre por el que les conocieron los romanos. Pese a ello, ya en los últimos momentos de la Edad del Bronce, los griegos desarrollaron una unidad cultural definida, los aqueos, a los cuales se les hace responsables del surgimiento de la Civilización Micénica. Siglos más tarde, tras las múltiples migraciones de la Edad Oscura, surgió el término *Hélade* como colectivo que se aplicaba al conjunto de todos los griegos, que a partir de ese momento pasaron a denominarse *helenos*.

Los griegos o helenos, eran un pueblo de origen indoeuropeo que había penetrado en Grecia desde el norte y había ido desplazándose lentamente hacia el Mediterráneo imponiéndose, durante éste proceso, sobre un sustrato poblacional anterior de muy dudoso origen y cuya filiación es casi imposible de establecer con cierto rigor. Los propios griegos se comportaron, a lo largo de éste proceso migratorio, como auténticos invasores incluso con poblaciones de su mismo origen llegadas antes que ellos.

El mundo griego estaba formado fundamentalmente por tres regiones geográficas bien delimitadas: la zona continental europea, Asia Menor y las islas griegas. La zona continental europea estaba dividida a su vez en la región septentrional, compuesta por Tesalia, Epiro y Macedonia; la península Balcánica, integrada por Arcania, Etolia, Dóride, Lócride, Beocia, Ática y la isla de Eubea; y finalmente, al sur, la península del Peloponeso. La costa de Asia Menor, donde se produjeron los primeros asentamientos coloniales griegos, estaba dividida en tres regiones: Eólida, Jonia y Dóride. Finalmente las islas griegas se convirtieron en el puente natural entre el continente europeo y Asia Menor. A partir del siglo VIII a.C. éste horizonte básico se amplió con la fundación de asentamientos coloniales en el mar Negro, Italia, Sicilia, el Mediodía francés y el noreste de la Península Ibérica.

Recursos económicos

La península Balcánica ha sido a lo largo de la Historia la más pobre y montañosa de todas las penínsulas mediterráneas; las montañas ocupan el 80% de la superficie total y el 20% restante está constituido por pequeñas llanuras rodeadas de abruptas montañas lo que dificultó en extremo las comunicaciones. Esto facilitó el surgimiento de unas entidades políticas de pequeño tamaño, autosuficientes y de fronteras difusas, la *polis* (del griego *polij* 'ciudad')

En las llanuras se practicó una agricultura de subsistencia cuyo principal problema provenía de la imposibilidad de adaptar la producción a cualquier tipo de cambio social, político o de tenencia de la tierra. Los cultivos fueron los típicos de la cuenca mediterránea, esto es, la vid, el olivo y los cereales, a los que en algunos lugares se añadieron frutales.

En cuanto a los recursos mineros, el subsuelo griego presentó aún más problemas que en lo referido a la explotación agrícola debido a la prácticamente total inexistencia de minerales a excepción del cobre, hierro y algo de plata. La abundancia de arcilla de buena calidad propició el temprano desarrollo de la cerámica y la aparición de numerosos talleres ceramistas que hicieron de la cerámica griega una de las piezas fundamentales del comercio en el Mediterráneo. Por otro lado, la explotación de las canteras favoreció el crecimiento de las ciudades.

Teniendo en cuenta lo anteriormente dicho es fácil imaginar la importancia del mar para los griegos. Con unas comunicaciones por tierra realmente complejas y una necesidad acuciante de comerciar con el exterior, para obtener todo aquello que el suelo sobre el que se asentaron les negaba, el mar era la única opción de expansión y subsistencia que los griegos pudieron encontrar. No obstante, los griegos rara vez usaron los recursos del mar, no era un pueblo de pescadores sino de agricultores, mas que para extender a través de él sus redes comerciales.

El tránsito a la Edad del Bronce

En Grecia la Edad del Bronce comenzó en torno al 3000 a.C. y concluyó a finales del segundo milenio, pero hay que tener en cuenta el hecho de que la península helénica nunca constituyó una entidad aislada, sino que estuvo incluida dentro del ámbito de la denominada Civilización Egea, la cual estaba definida por un espacio en el que se daba un clima, suelo y recursos naturales similares, que propiciaron unas respuestas adaptativas muy parecidas. Por su situación geográfica, el mundo egeo era el puente natural entre Egipto y Próximo Oriente, y entre Europa oriental y central.

La Civilización Egea estuvo formada por unos pobladores que compartían unas características culturales más o menos homogéneas, pero con importantes rasgos distintivos entre sí, propiciados, entre otros factores, por las dificultades de comunicación que imponía el abrupto relieve. La Civilización Egea forma parte de la Edad del Bronce griega o lo que es lo mismo, se localiza en el tránsito entre sociedades neolíticas y otras con un empleo de la metalurgia avanzada.

¿Qué motivó en el mundo egeo el paso de las comunidades neolíticas a la Edad del Bronce? Una multitud de teorías ha tratado de dar respuesta a esta complicada pregunta, pero en la actualidad la que goza de una mayor aprobación por la comunidad científica es la de la migración de grupos más

desarrollados desde la regiones de Anatolia y sirio-palestina, los cuales darían el impulso definitivo al largo proceso evolutivo de las comunidades autóctonas. Según esta teoría, las poblaciones autóctonas habrían alcanzado ya un alto grado de desarrollo que las hizo receptivas a los nuevos adelantos traídos por las migraciones.

La teoría difusionista de Gordon Childe también ha contado con numerosos apoyos, Childe sostuvo la teoría de que los adelantos metalúrgicos alcanzaron Grecia por medio de los contactos con otras culturas más evolucionadas que serían propiciados por el intenso tráfico comercial.

Una tercera teoría, defendida por Renfrew y conocida como *teoría de sistemas*, se opuso frontalmente a las dos anteriores y defendió la evolución autóctona como camino para alcanzar los adelantos evolutivos de la Edad del Bronce.

De una forma o de otra, esta denominada Civilización Egea se desarrolló en cuatro vías paralelas en torno a la cuenca del mar Egeo. Los historiadores modernos han establecido una nomenclatura para dichas vías, pese a que la misma no es más que una mera convención no uniforme entre los historiadores; la Civilización Cicládica, Civilización Troyana, Civilización Cretense o Minóica y Civilización Heládica o Micénica.

Para el desarrollo de la Civilización Egea, en todas sus diversas fases, no se ha logrado establecer un cuadro cronológico consensuado y definido, por el contrario, existe la posibilidad de establecer cronologías relativas comparando lo acontecido en cada una de las cuatro regiones de desarrollo. Pese a ello, en el presente artículo seguiremos la cronología clásica establecida por A. Evans por la cual se dividen los distintos períodos, de forma bastante rígida, en tres fases: *Antiguo*, *Medio* y *Reciente*, para lo referido al minoico, micénico y cicládico; mientras que para Troya se emplea la numeración romana hasta donde sea necesario.

A comienzos del tercer milenio se empezaron a producir una serie de importantes cambios en todo el ámbito egeo. Las ciudades aumentaron su tamaño, la cerámica se perfeccionó y diversificó, al tiempo que el comercio se expandió por las zonas periféricas de este ámbito cultural. Parece ser que el Bronce Antiguo fue para el mundo egeo un período de paz y prosperidad, así se desprende de la ausencia de fortificaciones y del auge comercial. A partir de aproximadamente el año 2500 a.C. la isla de Creta sufrió una aceleración cultural sorprendente, parece ser que impulsada por la conjunción del desarrollo interno con elementos externos fruto de la emigración. Las Cícladas se convirtieron en el gran centro proveedor de materias primas, por lo que al orientar sus actividades hacia el comercio de las misas se alcanzó un elevado nivel de desarrollo. En lo que se refiere a la Tróade, este período se correspondería con los niveles I a IV de Troya, cuando la ciudad se hizo con el control de la ruta marítima del Helesponto.

El Bronce Medio, ante una casi total falta de información arqueológica, parece ser que estuvo marcado por la llegada a Grecia de nuevos contingentes de población y la correspondiente integración étnica y cultural de los mismo con el sustrato precedente, mientras que en Creta se continuó, a lo largo del Bronce Medio (2000-1700 a.C.), el desarrollo iniciado anteriormente y se realizó la construcción de los primeros palacios. Grecia continental mostraba un desarrollo considerablemente menor. Las Cícladas, que en el Bronce Antiguo habían tenido un elevado desarrollo cultural, parece que sucumbieron durante el Bronce Medio a un etapa de decadencia cuyo origen aún no ha sido aclarado; si se sabe que su comercio cayó en manos de los

cretenses y que pese a perder la iniciativa económica, su nivel de vida no decayó de forma significativa. En Troya en estos momentos surgió el famoso nivel VI, el más importante de la ciudad y el de mayor desarrollo. Para Troya fue su momento de mayor esplendor, tradicionalmente se ha pensado que o bien Troya VI o Troya VIIa serían de las que habló Homero en su inmortal *Ilíada*.

Hacia el 1600 a.C. en la Civilización Egea se produjo un punto de inflexión debido al surgimiento de la denominada Civilización Micénica, que rápidamente logró eclipsar a todas las demás con un sorprendente desarrollo. Fue ésta, como predecesora del *mundo griego*, la que logró finalmente unificar todo el mundo egeo en un único marco cultural bastante homogéneo, la Grecia Clásica.

La problemática de los Pueblos del Mar

A finales del segundo milenio todo el área oriental del Mediterráneo se vio convulsionado por la aparición de los denominados, por traducción de las fuentes egipcias ('los pueblos procedentes de las islas de en medio del mar'), Pueblos del Mar. Sobre dichas migraciones se ha creado una amplia problemática, aún sin resolver, ya que apenas existe información sobre los mentados Pueblos del Mar. Se considera como la tesis más admitida el hecho de que dicho pueblos fuesen grupos indoeuropeos procedentes del interior del continente que por razones no definidas descendieron hacia el Mediterráneo oriental estableciéndose a veces pacíficamente a veces por las armas, en los territorios del Egeo, la península Balcánica, Anatolia y Asia Menor.

En el momento en que los Pueblos del Mar hicieron su aparición en el Mediterráneo oriental, el mundo Egeo estaba bajo el esplendor de la Civilización Micénica, la cual atravesaba uno de sus momentos de mayor poder y riqueza. Pero hacia el 1200 esta prosperidad se vio sorprendentemente alterada, el mundo micénico pasó de la riqueza a la total decadencia en un espacio de tiempo excesivamente corto. Justo cuando se vivía un momento de crecimiento demográfico y de los núcleos de población, estos cayeron en una rápida decadencia que llevó al abandono de muchos de ellos y a una serie de extrañas destrucciones, datadas arqueológicamente. Las pocas poblaciones que continuaron habitadas fueron rodeadas de fuertes fortificaciones, produciéndose un notable empobrecimiento en la cultura material. Dicha decadencia se produjo igualmente en Chipre, donde los palacios minoicos fueron destruidos, y en Anatolia, donde el poderoso Imperio hitita desapareció. Tradicionalmente se ha considerado como el causante de todo este desastre, en el mundo egeo, a un misterioso pueblo, los dorios (literalmente 'portadores de lanza'). Estos formarían parte de las oleadas migratorias de los Pueblos del Mar y provendrían de algún lugar al norte de la Grecia continental. El imperio micénico se vino abajo, pero no fue el único, importantes estados como el Hitita fueron arrasados, e incluso el poderoso Egipto perdió su influencia sobre Fenicia y Palestina.

Pero quizá la pérdida más significativa de este período fue la de la escritura. En efecto, Grecia perdió durante varios siglos la escritura, las fuentes desaparecieron y muchas han sido las teorías que se han construido para explicar dicho fenómeno, pero ninguna de ellas cuenta con un respaldo mayoritario. Recientemente se ha opuesto a la tradicional teoría de una serie de invasiones destructivas que motivaron un tremendo retroceso cultu-

ral, otra que hace referencia a una posible liberación de unas sociedades oprimidas por parte de una clase dominante decrepita y corrompida; para los seguidores de dicha teoría la destrucción de los palacios sería el mejor exponente de la misma, y la pérdida de la escritura tendría su explicación tanto en cuanto ésta no era más que un utensilio administrativo empleado por los órganos directivos del Estado.

Hoy por hoy, la cuestión de la invasión doria ha sido sometida a un largo proceso de revisión que ha llevado a los historiados a replantearse casi todas las tesis tradicionalmente admitidas. Cada vez parece menos claro que dicha invasión tuviese lugar, la revisión de nuestros conocimientos arqueológicos ha llevado cuanto menos a afirmar que no existe ninguna evidencia de la misma; por otro lado, no está del todo claro si dicho pueblo existió en algún momento y de haberlo hecho se ignora su procedencia, lengua, etnia y en definitiva cualquier rasgo diferenciador del resto de los griegos. Al mismo tiempo, se pone en duda la misma destrucción del mundo micénico, cada vez son más los investigadores que apoyan la tesis de un largo proceso de decadencia, que acabaría por eliminar a la clase dirigente y que llevaría a un período del que no se conserva escritura, no debido a que ésta desapareciese sino a que dejaron de archivarse los documentos al ser destruidos los palacios (símbolo de la clase dirigente), al final del cual se llegaría a la Grecia Arcaica.

De una forma o de otra, la destrucción o decadencia del imperio micénico trajo consigo el establecimiento de la denominada Edad Oscura, termino que hace referencia a la mencionada carencia de fuentes escritas para su estudio; y en cierto modo, el surgimiento de la Grecia Clásica.

La Edad Oscura

Bajo dicha denominación se oculta un período de la Historia de Grecia que abarcaría, muy aproximadamente, desde el siglo XII-XI al IX-VIII a.C. y que recibe éste nombre debido a la casi total falta de documentación para su reconstrucción. Es imprescindible eliminar cualquier tipo de consideración peyorativa sobre dicho período, ya que por el hecho de que no se conserven datos escritos sobre el mismo no se ha de presuponer que haya sido una época decadente, tan sólo se trata de una época de la que apenas conocemos nada. No hay que olvidar que hasta el siglo VIII a.C. no reapareció la escritura y que fue entonces cuando se transcribió la tradición oral que representaba los acontecimientos históricos ocurridos durante el período y que había pasado de boca en boca por medio de los cantores épicos o *aedo*. El propio Homero pudo ser uno de estos poetas orales, e incluso pudieron ser varios o el nombre de un grupo de artistas que realizasen sus obras bajo esa misteriosa firma que es Homero.

La primera fase de la Edad Oscura estuvo marcada por una serie de migraciones y grandes movimientos de población, algo que por otro lado llevaba produciéndose desde hacía siglos en la región. Pero precisamente en la Edad Oscura fue cuando parece que se consolidaron los asentamientos y se pusieron los pilares de unas comunidades que con el tiempo se convirtieron en el eje de todo el desarrollo histórico posterior. Parece ser que a lo largo de la Edad Oscura se puso fin a las influencias del exterior sobre la población griega, que a partir de ese momento se concentró en su sustrato ancestral y protagonizó desde él un desarrollo autóctono que daría lugar a la Grecia Clásica. Este bloqueo de las influencias externas tuvo una salve-

dad, las costumbres funerarias, en las cuales el rito de la cremación se extendió, aunque no llegó a generalizarse plenamente y parece que fue más una moda que un rasgo distintivo de un supuesto grupo étnico nuevo. Posiblemente la cremación proviniese de Asia Menor, donde era una costumbre muy arraigada. Otro rasgo característico fue la expansión de la metalurgia del hierro, que quizá penetró en Grecia a través de Chipre.

La cerámica, auténtico fósil director de éste período, tuvo una fuerte tendencia hacia el localismo, ya no existió un estilo único que fuese evolucionando a lo largo del tiempo, sino que en cada región se crearon tipologías diferentes que tuvieron distintos marcos evolutivos. Con todo, y teniendo en cuenta importantes desfases cronológicos entre las distintas zonas, se puede hablar de que para la Edad Oscura el estilo cerámico sería en un primer momento el conocido como protogeométrico, el cual a partir de el siglo IX a.C. sería sustituido por el geométrico, que perduró ya hasta la Grecia Arcaica. La mayor evolución tecnológica, en lo que a la fabricación de cerámica se refiere, consistió en el uso de un torno más rápido, que mejoró las superficies de los útiles y que simplificó las formas decorativas.

Organización político-social durante la Edad Oscura

La mejor descripción de las formas de vida durante la Edad Oscura nos ha llegado a través de Homero en su descripción del escudo de Aquiles (Ilíada, 478-452).

La sociedad de este período se dividía en dos partes bien diferenciadas, por un lado los hombres libres y por otro los esclavos. Los hombres libres se diferenciaban a su vez entre nativos del país y forasteros, éstos últimos parece ser que carecían de derechos y que sólo estaban protegidos por las costumbres y la religión, ya que carecían del apoyo del linaje y de la comunidad. Una división interna de la sociedad era la de miembros de la aristocracia y el pueblo o *demos*. Entre ambos se encontraban los artesanos (*demiorgói*) que tenían una posición ambigua entre ambos.

En lo que se refiere a la vida política existían una serie de instituciones que con ciertas transformaciones perduraron a lo largo de toda la Historia de la Grecia Clásica. La ágora era la asamblea de todos los varones adultos que se encontraba subordinada a un consejo de ancianos, la *boulé*, integrada por los cabezas de familias nobles, los *basilees*. Existía también un cuerpo de funcionarios encargados de la administración y que dependían directamente del consejo de ancianos. Las decisiones se tomaban ante el pueblo, pero no existía ningún tipo de votación, no obstante, la necesidad de convencer al pueblo de los beneficios de las decisiones a adoptar convirtió en imprescindible el saber manejar el arte del discurso y la retórica. Por último, el *basileus*, era un cargo unipersonal que teóricamente estaba al frente del Estado pero cuyas decisiones estaban sujetas a la aprobación de las asambleas.

El eje de la formación política griega era una concepción muy peculiar, la denominada ciudad-estado o *polis*, que puede definirse como una comunidad pequeña, independiente y autogobernada, formada por una única ciudad y su territorio. Las más antiguas *polis* ya existían en la Edad del Bronce, pero la gran eclosión y desarrollo de las mismas no se produjo hasta los alrededores del siglo VIII a.C. A finales de la Edad Oscura las polis estaban constituidas por un recinto amurallado dentro del cual existía un

lugar para las asambleas y los templos, realmente esto, que posteriormente fue conocido como acrópolis, era lo que a lo largo de la época homérica se conoció por polis; no siendo la polis de la Grecia Clásica otra cosa que el desarrollo de esta primitiva organización. A los pies de las polis homéricas se extendía el *asty*, el núcleo urbano propiamente dicho, cuyo centro de asambleas se denominaba *ágora*.

La economía

La base de la economía era la agricultura, cimentada sobre el cultivo de cereales, vid, olivo, frutales, legumbres, lino como fibra textil y, en algunos casos, tierras de regadío. Existía la propiedad comunal, aunque no era el único medio de tenencia. La tierra privada podía ser heredada, vendida e incluso enajenada, no así la propiedad comunal que siempre debería permanecer en manos de la comunidad y debería dedicarse a su propio aprovechamiento. Parece ser, no obstante, que existía algún tipo de colectivismo agrario en el que numerosos campesinos trabajaban de forma conjunta la misma tierra, aunque aún no se ha dado una explicación satisfactoria a este modelo de tenencia.

Pese a la preponderancia del mundo agrícola, la riqueza se contaba por la cantidad de cabezas de ganado que se poseían. En el cómputo de cabezas de ganado se incluían las mujeres, los esclavos y diversos utensilios.

El robo era duramente perseguido y sancionado. No así la piratería, que en un principio se utilizaba únicamente contra los extranjeros y que pudiera ser que incluso estuviese financiada por algunas polis y de forma segura por la aristocracia de muchas de ellas.

Grecia Arcaica

Dos son los rasgos distintivos de la Grecia Arcaica, por un lado el definitivo triunfo de la polis como unidad organizativa de la vida política y social de Grecia, y por otro, la gran expansión griega por el Mediterráneo. Los momentos finales de la Edad Oscura fueron testigos de la transformación de la comunidad homérica en la polis triunfante de la Grecia Arcaica.

A lo largo del siglo VIII a.C., la actividad económica sufrió un fuerte desarrollo relacionado con el auge de la organización social, la polis, y con el creciente intercambio comercial de un extremo a otro del Mediterráneo, propiciado por el éxito de la expansión griega. De forma simultánea al crecimiento económico se produjo un aumento de la población que facilitó la producción de excedentes para el comercio, así como la necesidad de emigrar a otras tierras en busca de un suelo cada vez más escaso en Grecia. El aumento de la población propició el aumento de la producción y viceversa, pero este proceso generó una serie de desequilibrios que acabaron por generar grandes diferencias entre aquellos individuos que obtenían pingües beneficios y los que no.

La polis

La polis era ante cualquier otra cosa una comunidad de ciudadanos, esto significa que no era Atenas sino los atenienses, ni Esparta sino los espartanos, ellos tomaban las decisiones, suya era la representatividad. Por encima de la ciudad, por encima de cualquier cosa, se encontraba la comu-

nidad, todo era sacrificable al bien común, incluso la propia ciudad; Atenas podía ser arrasada, y lo fue, pero los atenienses continuarían manteniendo su espíritu y su conciencia de colectividad.

En el aspecto político, la polis era una comunidad eminentemente agraria, de pequeñas dimensiones, totalmente soberana e independiente. Toda la polis orbitaba sobre un lugar comunal de reunión en el que se tomaban las decisiones y se realizaban las asambleas.

Según nos cuenta Aristóteles, las polis tuvieron su origen en la unión de varios clanes y aldeas. Geográficamente las polis estaban constituidas por el núcleo urbano donde se concentraban las funciones religiosas y políticas, y el territorio (*chora*) que podía albergar distintos hábitats. No existía dicotomía entre el campo y la ciudad gracias, fundamentalmente, a la idea griega del sinecismo, esto es, la unión voluntaria de diversos pueblos a fin de formar un Estado en el que todos sus habitantes tuviesen los mismos derechos.

Dentro de las polis de la época arcaica la propiedad de la tierra no pertenecía al individuo como tal, sino que pertenecía a la colectividad de ciudadanos que gozaban de la *politeia* y que además eran soldados que defendían su territorio en caso de necesidad. Los derechos de estos ciudadanos estaban regulados por códigos legales, colocados bajo la protección de los dioses pero promulgadas por los hombres, lo que las hacía susceptibles de ser cambiadas. Todos los habitantes no gozaban de la ciudadanía, junto al concepto de ciudadano surgió el de no ciudadano.

La polis surgió como una forma de organizar la sociedad en beneficio de los aristócratas o *aristoi* (aristoi 'los mejores'), los cuales rápidamente se dotaron de los elementos necesarios para controlarla jurídicamente y ejercer el poder. En principio, el poder sólo era ejercido por los ciudadanos que como propietarios de tierras tienen acceso a la *politeia*. Sólo tras el paso de siglos y una serie de importantes figuras reformadoras, este concepto de polis pudo ampliarse y el poder fue compartido cada vez por más individuos.

En sus inicios la polis fue una ciudad-estado con un marcado carácter aristocrático; los *aristoi* lograron hacerse con el poder político al tiempo que acapararon la mayor parte de las tierras, acabando con la tradición de los bienes comunales. Este proceso de acaparamiento del poder por los aristócratas no estuvo exento de conflictos (*stasis*) tanto entre los propios *aristoi* como entre estos y el *demos*, que no se resignaba a perder su poder. El origen fundamental de la *stasis* no fue otro que los problemas en cuanto a la tenencia de la tierra y sobre todo la dependencia del *aristoi* al que este cambio de tenencia abogaba al ciudadano. Precisamente, el hecho de que muchos campesinos quedasen sin tierras ante la voracidad de los *aristoi*, fue uno de los principales impulsos para realizar la impresionante gesta colonizadora de los griegos. En este contexto hizo su aparición la moneda, como el mejor elemento para que los *aristoi* redistribuyeran parte de sus beneficios entre aquellos campesinos a los que explotaban. El aumento del comercio que supuso la colonización griega, junto con el movimiento de mercancías y hombres que originó, estuvo estrechamente vinculado a la aparición y extensión de la moneda. Según la tradición, relatada por Herodoto (en su *Historia*), los lidios fueron los primeros en acuñar moneda, aproximadamente a mediados del siglo VII a. C.

La vida política de las polis aristocráticas giraba en torno a las asambleas, la principal de las cuales era la *boulé* o *gerousia*, dependiendo del lu-

gar; en estas participaban los líderes de las grandes familias aristocráticas y tomaban las decisiones más importantes; eran herederas de los antiguos consejos de ancianos (*gerontes*). Sin embargo, era la apella el órgano jurídico sobre el que en teoría recaía la soberanía, que quizá durante éste período pasó por unos momentos de crisis sucumbiendo al poder de los consejos aristocráticos. La polis necesitaba de un núcleo en el que erigir los órganos de gobierno y desde el cual la aristocracia pudiera ejercer su poder públicamente, éste fue el *ágora*, que no sólo se convirtió en el centro político sino además en el eje de la vida social de la polis.

Por último, señalar que la colonización de nuevos territorios y el aumento de riqueza propicio un aumento en las necesidades defensivas de las polis, por lo que todos los individuos de la misma formaban parte del ejército. Este se convirtió entonces en el punto de encuentro entre los *aristoi* y aquellos campesinos con rentas suficientes para costearse un equipo militar. Estos, que dentro del ejército luchaban a pie y con largas lanzas y que recibieron la denominación de hoplitas, acabaron por crear una clase oligárquica nueva.

La gran colonización griega

La expansión griega por el Mediterráneo es, sin lugar a dudas, uno de los acontecimientos más importantes y sorprendentes de la historia de Grecia. Cronológicamente la colonización se extendió entre el 734 y el 580 a.C., durante este siglo y medio los griegos llevaron la cultura griega arcaica y la constitución de las polis a todos los pueblos ribereños del Mediterráneo y el Ponto Euxino (Mar Negro). Los griegos conocieron el Mediterráneo por medio de los mejores navegantes de la época, los fenicios, que ya lo habían cruzado de un extremo a otro siglos antes, en busca de metales. En este impresionante despliegue de medios e iniciativa intervinieron muchas ciudades que en conjunto carecían de un plan predeterminado y que eran impulsadas por diversos motivos.

No existió una causa única que explique el motivo de la Colonización, probablemente cada polis tuviera las suyas para lanzar a sus ciudadanos a semejante aventura allende los mares. No obstante se puede hablar de ciertas grandes causas de las cuales la fundamental sería el problema agrario. Como ya dijimos, la presión demográfica iba en aumento en la Grecia continental, el suelo libre para la agricultura, que nunca había sido demasiado, se empezaba a agotar peligrosamente; a ello se sumaba la presión ejercida por los *aristoi* en su continuado acaparamiento de tierras. Ante todo ello, la única alternativa que parecía viable era la búsqueda de un nuevo territorio en el que poder establecerse y empezar una nueva vida. Otro de los motivos que provocó este movimiento colonizador fue la búsqueda de riquezas por medio de la ampliación de las redes comerciales, lo que explica que muchas de las nuevas fundaciones se situaran en lugares altamente estratégicos desde el punto de vista comercial, aunque en ocasiones estuviesen muy expuestos militarmente. Por último, un tercer factor digno de mención es el político; existe la constancia de que en ciertos casos el impulso colonizador se debió a una reacción de huida ante una serie de medidas políticas injustas y arbitrarias.

Los griegos acuñaron el término de *apoikia* o colonia, para hacer referencia a aquellos individuos que marchaban de su polis y que al llegar a un nuevo territorio establecían un asentamiento independiente, política y ad-

ministrativamente, de la polis de la que eran originarios los fundadores. La *apoikia* era una ciudad nueva, con todos sus derechos y con nuevos ciudadanos, los cuales ya no pertenecía a su polis de origen (en griego *mētrópolis* 'metrópolis') sino a la nueva fundación. Frente a la *apoikia* se encontraba la *klerouchia*, que hacía referencia a los asentamientos fundados por los atenienses fuera del territorio de la polis pero que permanecían siendo dependientes de esta en lo que se refiere a la política y la administración.

Las nuevas fundaciones griegas fueron, casi en su totalidad, ciudades independientes unidas por lazos emocionales con la metrópolis, pero en muy escasas ocasiones estos lazos se extendieron al plano económico y mucho menos al político. Las nuevas polis, que normalmente se establecieron en territorios fuera de Grecia, se esforzaron en mantener sus rasgos distintivos como griegos, en mantener su lengua, la pervivencia de su arte, su religión y en suma todos los rasgos diferenciadores de su cultura. Pero las nuevas ciudades tuvieron una fuerte influencia sobre las viejas metrópolis, estas se encontraban en un proceso de cierto estancamiento, en el cual cada vez era mayor el número de los excluidos y menor el de los dirigentes, pero cuando muchos de aquellos se marcharon para fundar nuevas ciudades, también buscaron nuevas soluciones a los viejos conflictos, con lo que no es de extrañar que el proceso colonizador sea contemporáneo a una serie de importantes medidas innovadoras en las metrópolis que acabarían desembocando en la famosa democracia griega.

La expedición en busca de un nuevo territorio era un acto solemne en el que intervenían por un lado la metrópolis y por otro los propios colonos. Ninguna expedición podía partir sin la figura del *oikistes*, el ciudadano encargado de organizar y fundar la nueva colonia y que pertenecía a la oligarquía metropolitana. Una vez fundada la nueva colonia, el *oikistes* se convertía en el héroe mítico de la nueva fundación, al igual que los héroes clásicos lo eran de las ciudades de la Hélade. Otro de los aspectos imprescindibles antes de iniciar el viaje consistía en visitar el Oráculo de Delfos, que ya se estaba definiendo como el gran centro religioso griego. Parece ser que en un principio la visita al oráculo se hizo como medio de convencer a un pasaje temeroso de la bondad del viaje, pero con el tiempo, la costumbre fue extendiéndose, el Oráculo ofrecía información sobre la ruta a seguir y el lugar más adecuado para fundar el nuevo asentamiento. De este modo Delfos se convirtió en un preciso centro de intercambio de información cuya visita era de obligado cumplimiento.

Una vez que los colonos alcanzaban una nueva tierra era necesario realizar un rito para fundar la nueva ciudad, el rito, en realidad una ceremonia religiosa, corría a cargo del *oikistes*, el cual debía prender en el nuevo *prítaneo* el fuego sagrado traído desde la metrópolis. Una vez encendido el fuego, el *oikistes* realizaba el trazado de la ciudad, a base de calles rectilíneas y paralelas, ordenaba tanto el espacio dedicado a las instituciones políticas como las religiosas, y distribuía las tierras. Recientes investigaciones han concluido que el reparto de tierra debía ceñirse a la adjudicación de una vivienda y un jardín. Finalmente la ciudad era rodeada de una muralla y el espacio exterior se repartía entre los colonos. Los primeros colonos eran pues los que dominaban las instituciones de la nueva ciudad, pasando los que llegasen a continuación a un segundo papel tanto político como social.

Tradicionalmente se ha pensado que los colonos no llevaron mujeres a las expediciones, por lo que los matrimonios serían mixtos. Por otro lado,

la mano de obra empleada por los griegos solía ser indígena o esclava, lo que en muchos casos fue sinónimo.

Según la tradición, el primer asentamiento griego fuera de Grecia se produjo en Sicilia y corrió a cargo de los habitantes de Calcis, en la isla de Eubea, y de Corinto. Hacia el 734 a.C., los habitantes de Calcis fundaron Naxos, en el estrecho de Messina, lo que les daba la llave de entrada al mar Tirreno y Etruria. Un año después los corintios fundaron Siracusa. Tras estas primeras fundaciones, que llegaron a ser las ciudades más importantes del mundo griego, los griegos se expandieron por toda Sicilia y el sur de Italia, región esta que recibió el nombre de Magna Grecia. Tarento fue fundada por los espartanos hacia el 700 a.C.; los aqueos colonizaron el golfo Jónico. A continuación los esfuerzos colonizadores se dirigieron hacia las costas de Macedonia y Tracia, ambos territorios ricos en minerales, bosques y recursos agrícolas, aunque sin buenos puertos; de nuevo fue la ciudad eubea de Calcis quien tomó la iniciativa, y el número de colonias fue tal que la península Calcídica recibió por ello su nombre.

La primera colonia griega en el Adriático se estableció en Corcira, alrededor del 733 a.C., un importante núcleo de comunicaciones en el comercio por el Mediterráneo central. Lentamente los colonos fueron penetrando tierra adentro hasta alcanzar el valle del Po y Bolonia.

Pese a que los griegos alcanzaron la costa del Ponto Euxino en una fecha relativamente temprana, en torno al siglo VIII a.C. (según la leyenda, Jasón, en su búsqueda del Vello de Oro, alcanzó este mar en el siglo XIII a.C.), parece ser que no iniciaron la colonización hasta principios del siglo VII a.C., así Calcedonia fue fundada hacia el 680 a.C. y Bizancio hacia el 660 a.C. En esta ocasión la iniciativa recayó en Mileto, metrópolis que por éste camino llegó a alcanzar el sur de Rusia y la desembocadura del Danubio.

Hacia el 630 a.C. los samios llegaron al Mediterráneo occidental, según Herodoto, el encuentro fue puramente casual, ya que un griego focense llamado Koleos de Samos, que se dirigía a Egipto, perdió el rumbo y arribó en la Península Ibérica. Parece ser que Koleos era un mercader que hacía viajes exploratorios por su cuenta. En torno al 600 a.C. los focenses de la costa de Anatolia fundaron la ciudad de Marsella, enclave que sirvió como foco difusor para que todo el sur de la Galia se cubriese de un mosaico de colonias griegas, hasta el punto de que se cruzaron los Pirineos y se fundó el importante enclave de Ampurias. Mientras tanto, en el norte de África iban apareciendo ciudades como Cirene, Rakotis o Naucratis.

Los griegos conocían la costa siria, al menos desde la época micénica, pues se ha encontrado cerámica micénica en diversos enclaves costeros. Al parecer, desde esos momentos hubo asentamientos griegos en la región. La ciudad de Al-Mina, en la desembocadura del Orontes es la ciudad griega más antigua encontrada en Siria. Se ha supuesto que a partir de este contacto con Oriente fue como los griegos recuperaron, en torno al 750 a.C., la escritura, copiada directamente de los fenicios. Durante el siguiente siglo la escritura se extendió por toda Grecia, alfabetizándose la sociedad, lo cual se ha venido considerando como uno de los factores que motivaron los cambios acontecidos en Grecia en la edad arcaica, en el camino hacia la democracia, el desarrollo del pensamiento filosófico y de la concepción individualista del hombre. Otro de los elementos que los griegos tomaron de su contacto con los fenicios fue la domesticación de importantes animales como la gallina (hacia el 650 a.C.), así como la manera de festejar los banquetes,

muy al modo oriental. La cultura oriental tuvo un fuerte impacto en los comienzos del arte griego, en las modas sociales, en la religión y en la mitología. Frigia supuso el modelo contrario a lo ocurrido con los fenicios. Los frigios absorbieron la cultura griega, ya orientalizante, en sus contactos comerciales con los griegos. Por medio de los fenicios, los griegos entraron en contacto con los egipcios, ya en el siglo VII a.C. En un principio fueron algunos egipcios los que acudieron a Grecia, normalmente como comerciantes o artesanos, pero posteriormente el flujo cambió. Los primeros griegos que llegaron a Egipto fueron los mercenarios. La fundación de Naucratis (localidad muy cercana a la capital de la XXVI Dinastía, Sais) supuso el inicio de los intercambios comerciales a gran escala entre ambos pueblos. Egipto ejerció su influencia sobre todo en los aspectos artísticos, en los cuales el griego es en gran medida deudor del país del Nilo.

Las diferentes polis griegas lucharon entre sí por reservarse las mejores zonas de colonización de modo que se llegó a un reparto, Mileto y Megara controlaban la región del Ponto Euxino; Calcis y Corinto el Mediterráneo central; y los focenses el sur de la Galia y Tartesos.

La fundación de las diferentes colonias griegas respondía a causas muy diversas. En ocasiones se buscaba un buen puerto que controlase el tráfico comercial de la región; en otros, un punto que facilitase la penetración hacia el interior; una tercera posibilidad era asentar la colonia en una región rica de por sí, con abundancia de cualquier tipo de recurso apreciado por los griegos. También se trató de buscar sitios de fácil defensa debido a la gran desconfianza de los griegos hacia los nativos; en algunos casos, no del todo excepcionales, los griegos levantaron sus ciudades junto a otras ya existentes, de forma que con el paso de poco tiempo ambas acababan fundiéndose en una única urbe en la que convivían griegos y bárbaros, pero la desconfianza griega provocó que estas ciudades mixtas realmente no lo fuesen, ya que en el interior se las dividía en dos sectores, uno para los griegos y otro para los nativos, separados por una muralla que era fuertemente vigilada. La explicación a esta extrema desconfianza por parte de los griegos puede hallarse en el pequeño número de los colonos, se ha calculado que no pasaban de las doscientas personas, no hay que olvidar que una metrópolis normal no podía fundar más de cuatro o cinco colonias por generación, sobre todo teniendo en cuenta que los colonos solían ser hombres jóvenes, los más aptos para el trabajo y la guerra.

La colonización provocó que a partir del siglo VI a.C. se generalizase la esclavitud en la economía griega ya que los primeros esclavos provinieron de los pueblos conquistados. Los esclavos tuvieron un precio fijo que facilitaba su compra y su venta en los mercados esclavistas. La primera polis en contar con esclavos como fuerza de trabajo fue, posiblemente, Quíos.

Las Tiranías

No fue hasta el siglo V a.C. cuando de la mano de autores como Platón, Jenofonte o Aristóteles, enemigos acérrimos del sistema tiránico, el término tiranía adquirió el aspecto negativo y violento que actualmente se le concede. En su origen, la tiranía no era más que otra forma política legítima dentro del sentido político de la sociedad griega.

La tiranía fue un fenómeno político que se produjo a lo largo de toda la historia antigua de Grecia desde la época arcaica a la helenística. En la época arcaica la tiranía se extendió no sólo por la propia Grecia, sino que

siguiendo la ruta de los colonizadores llegó a Sicilia, la Magna Grecia, las islas del Mar Egeo y las costas de Asia Menor. Prácticamente la totalidad de las polis, salvo los casos de Esparta, Egina y la isla de Eubea, atravesaron en uno u otro momento por un período de gobierno tiránico en su camino hacia la democracia. Esparta y Eubea solucionaron sus problemas internos con sendas conquistas (Mesenia y la península Calcídica respectivamente), mientras que Egina era demasiado pequeña para que la agricultura fuera importante y por tanto nunca estuvo bajo el control de un número pequeños de terratenientes, camino previo e imprescindible para el nacimiento de la tiranía.

En la época arcaica el tirano fue un gobernante con plenos poderes pero apoyado en el pueblo, ya que su autoridad emanaba del pueblo y era provisional. El tirano era elegido para rescatar a la polis de una situación de crisis, una vez finalizada la emergencia el tirano devolvía el poder. En algunos casos, excepcionales, las tiranías llegaron a perdurar durante dos o tres generaciones, pero en ninguno llegaron a consolidar su poder y convertirse en elementos hereditarios. Las diversas tiranías dieron paso a sistemas democráticos o oligárquicos liquidando en el proceso el gobierno de la aristocracia; al mismo tiempo coincidieron con una época de gran actividad económica y de desarrollo social. Los tiranos llevaron a cabo grandes programas de obras públicas y aglutinaron entorno a ellos a los intelectuales de su época, al convertirse en auténticos mecenas de las artes y la cultura. Por lo general se extendió una especie de solidaridad entre los distintos tiranos que quizá sabedores de que su poder interno era débil buscaron las alianzas exteriores como medio de consolidarlo.

Las causas que dieron lugar a la tiranía se pueden resumir en cuatro puntos básicos: el hundimiento de la pequeña propiedad agrícola; el surgimiento de la clase intermedia de los comerciantes y artesanos; la aparición de los hoplitas; y por último, la expansión del uso de la moneda.

Los pequeños propietarios agrícolas sucumbieron ante el creciente peso de un endeudamiento al que era imposible que pudieran hacer frente, debido a la constante presión de la aristocracia terrateniente que pugnaba por hacerse con el control de sus tierras. Los campesinos, una vez perdidas sus tierras, acabaron siendo esclavizados por los terratenientes, en pago de las deudas contraídas, por lo que perdieron sus derechos políticos. Esto les llevó a apoyar sin fisuras el gobierno de un tirano que se comprometiese a devolverles su poder político y a sacudirles el yugo de la aristocracia terrateniente.

En las polis implicadas en el proceso colonizador surgió un nuevo grupo social compuesto por comerciantes y artesanos que a medida que sus negocios prosperaron fueron adquiriendo grandes fortunas, en ocasiones muy superiores a las de los aristócratas. Estos nuevos elementos pronto empezaron a reclamar un papel político dentro de la polis que estuviese más acorde con sus recién logradas riquezas. De otra parte, los comerciantes y artesanos, debido a que su modo de vida se basaba en los intercambios a través del Mediterráneo, estaban especialmente interesados en el establecimiento de un gobierno fuerte que asegurase la tranquilidad en el mar, esto es, la tiranía; en contraposición a la creciente anarquía e incapacidad demostrada por los gobiernos aristocráticos.

Con el tiempo los hoplitas fueron adquiriendo un enorme peso en el ejército, desbancando a los nobles cuya forma de combate cada vez se mostraba más anacrónica; ante el fundamental papel de los hoplitas en el

ejército, y teniendo en cuenta la asimilación de estos con los ciudadanos (el armamento de los hoplitas era costado por los ciudadanos y como sólo podía ser hoplita aquel que pagara su propio armamento, sólo los ciudadanos eran hoplitas), los hoplitas empezaron a exigir unos derechos cívicos que la aristocracia se negaba a concederles. En numerosas ocasiones el tirano era el líder del demos, al que pertenecían los hoplitas, que estaba enfrentado a la aristocracia.

Herodoto aseguró que los lidios fueron los primeros en acuñar moneda a finales del siglo VII a.C.. La aparición de la moneda transformó la economía de intercambio en economía monetaria que facilitó la compra y venta de todo tipo de bienes, y ello desencadenó la aparición de importantes desigualdades entre ricos y pobres. La aristocracia fue incapaz de controlar dichas desigualdades, por el contrario los tiranos se presentaron ante el demos como la solución a sus males.

Prácticamente en todas las ciudades griegas en las que luego surgieron las tiranías apareció primero la figura de los legisladores. La aristocracia se encontraba en un proceso de franca decadencia en el cual se entremezcló la propia división interna de las grandes familias, en lucha continua por hacerse con el poder; con las consecuencias de la expansión colonial en forma de desarrollo del comercio, multiplicación de la conflictividad social (motivada por las desigualdades) y monetarización de la economía. Para tratar de hacer frente a ésta situación de crisis, surgieron, del seno de la propia aristocracia, una serie de individuos preocupados en detener los excesos aristocráticos y devolver a la polis el sentimiento de confianza en sus gobernantes. En las diferentes polis se redactaron legislaciones que de una u otra forma trataron de reglamentar un modelo de convivencia pacífica entre las distintas facciones sociales. A este grupo de legisladores pertenecieron hombres como Zaleuco de Locris, Carondas, Licurgo y los atenienses, Dracon, Solón, Clístenes y Pericles.

Finalmente, cuando prácticamente la totalidad de las polis habían experimentado los regímenes tiránicos estos fueron perdiendo apoyos y acabaron por desaparecer debido a su excesiva dependencia de las cualidades individuales del tirano, que hacía del todo imposible e inútil cualquier tipo de transmisión hereditaria. Las últimas tiranías se deshicieron en un sinfín de luchas internas para alzarse con el poder entre un cúmulo de personajes carentes de las virtudes del tirano y que sólo eran movidos por sus propias ambiciones y no por el bien de la comunidad.

Jonia

A lo largo de toda la costa jónica la tiranía tuvo que ser una forma de gobierno generalizada, pero no se conservan más que un pequeño número de nombres referentes a Quíos (Anfides y Politecnos), Eritras (Ortiges) y Éfeso (Píndaro).

El gran tirano de Asia Menor fue Trasíbulo de Mileto, en la primera década del siglo VI a.C., de origen aristocrático probablemente accedió al poder por la fama ganada en el ejército. Trasíbulo alcanzó el poder en un momento en el que Mileto vivía una de sus épocas más ricas. La ciudad de Mileto era uno de los mayores productores de grano de todo el mundo griego, además tenía una rica cabaña ganadera y unos excelentes viñedos. Toda esta riqueza se encontraba concentrada en pocas manos, las de unos pocos terratenientes y comerciantes; mientras que la mayoría de la pobla-

ción eran pequeños propietarios que formaban parte de los hoplitas. Al parecer, los pequeños propietarios hoplitas se unieron a los comerciantes contra los grandes terratenientes.

En la ciudad de Mitilene se extendió por diez años, los que van del 590 al 580 a.C., el gobierno del tirano Pítaco, el cual gozó de gran prestigio en su época ya que incluso fue considerado como uno de los Siete Sabios de Grecia. Pítaco repartió las tierras de la aristocracia entre el pueblo y obligó a los aristócratas a abandonar la isla de Lesbos, donde se encontraba Mitilene. El gobierno de Pítaco ejemplifica como los tiranos eran elevados al poder por el pueblo para hacer frente al gobierno y abusos de los *aristoi*.

El último de los grandes tiranos de Asia Menor fue Polícrates de Samos, el cual vivió en la segunda mitad del siglo VI a.C. Polícrates se hizo famoso en toda Grecia debido al éxito de sus expediciones marítimas, no hay que olvidar que Samos poseía la mejor flota del mundo griego en aquel período. Realizó importantes obras de infraestructura y se convirtió en un poderoso mecenas de las artes.

El istmo de Corinto

Al igual que lo ocurrido en la costa jónica, en el istmo de Corinto se reprodujeron las condiciones socio-económicas que propiciaron el surgimiento de la tiranía; esto es, concentración de la riqueza y el poder político en las pocas manos de los aristócratas, lo que motivaba el levantamiento del resto de los ciudadanos y la elección de un tirano como único medio de hacer frente a los *aristoi*.

En Argos surgió la, prácticamente desconocida, figura de Fidón, del cual se sabe que vivió en la segunda mitad del siglo VII a.C., que convirtió la monarquía en tiranía (él era el séptimo rey de la ciudad), que contuvo el poder de Esparta, ciudad que a su muerte se convirtió en la potencia hegemónica del Peloponeso; y que desarrolló un importante imperio comercial.

La tiranía griega más antigua que se conoce fue la de Corinto. Durante el siglo VIII a.C. la ciudad de Corinto gozó de una gran prosperidad propiciada por una extensa red de relaciones comerciales que se extendía hasta la Península Ibérica, aunque aquí, parece que intermediando los fenicios. Todo el poderío comercial de Corinto había sido obra del clan aristocrático de los Baquíadas, a los cuales, por razones no del todo claras, les fue arrebatado el poder a favor del tirano Cipselo. Cipselo se condujo de forma cruel y violenta con los ciudadanos, sobre todo con los *aristoi*, no obstante logró mantener el poder durante treinta años tras los cuales se lo cedió a su hijo Periandro; éste prosiguió la dura política de su padre llevando sus ataques hacia los ciudadanos ricos, por lo que fue, en su tiempo, considerado como uno de los Siete Sabios de Grecia. Durante la época de la tiranía, Corinto alcanzó su máximo desarrollo y la cumbre de su poder y riqueza, se convirtió en un referente para el resto de polis. Periandro gozó de gran prestigio entre sus contemporáneos y ejerció en numerosas ocasiones de árbitro entre ellos en los diversos conflictos de las polis. Finalmente, Periandro fue sustituido por Psamétrico, con el cual se llegó al fin de la tiranía (en torno al 540 a.C.) ya que las condiciones socio-económicas que la justificaban habían desaparecido. Tras la tiranía Corinto evolucionó hacia una forma de gobierno timocrática en la que el poder era ejercido por los medianos propietarios de tierra.

La polis de Megara tuvo un activo papel en la colonización del Ponto Euxino, y al igual que en Corinto, la tiranía vino de la mano de los deseos de representación política de los nuevos grupos sociales nacidos a la luz de la expansión comercial. La tiranía de Megara estuvo encarnada en Teágenes, personaje del que se sabe muy poco y que vivió a finales del siglo VII a.C. Tras Teágenes la tiranía se hundió en un proceso de guerras civiles que propiciaron el resurgimiento de la aristocracia. El fracaso de Megara se explica teniendo en cuenta que, pese a su poderío marítimo, nunca llegó a controlar el mar, debido a la fuerte competencia de Corinto y Atenas, por lo que su expansión comercial siempre estuvo en entredicho.

El gobierno tiránico tuvo en Sición su más larga pervivencia. Sición controlaba la ruta comercial de Corinto por Occidente, una ruta secundaria que no permitió que la polis desarrollase importantes relaciones comerciales. De alguna forma, probablemente con ayuda de Corinto, Ortágoras se hizo con el poder en la segunda mitad del siglo VII a.C instaurando una dinastía que gobernó durante un siglo.

Atenas

La polis atenienses estaba dirigida por un grupo de familias de aristócratas terratenientes llamadas Eupátridas, los cuales controlaban las magistraturas y tenían en el Areópago la fuente de su poder y representatividad ante el demos.

La situación de conflictividad entre la clase aristócrata dirigente y el demos encabezado por la nueva clase de ricos comerciantes, en continua disputa por el poder de la polis y por los derechos políticos, se generalizó dando lugar, como en el resto de Grecia, a la aparición de las tiranías. A finales del siglo VII a.C. Cílón intentó hacerse con el poder, pero Atenas aún no estaba preparada para la tiranía y la intentona fracasó. A principios del siglo VI a.C. apareció la impresionante figura de Solón, el cual trató de realizar un plan de reformas políticas tendentes a alcanzar la paz social entre las distintas facciones de la sociedad. Entre el 594-593 a.C. fue nombrado arconte en medio de una muy complicada situación ya que el endeudamiento del campesinado había llegado al extremo de amenazar con el estallido de una guerra civil contra la aristocracia. Solón rechazó la tiranía y ejerció como mediador anulando las deudas y liberando de la servidumbre a los campesinos arruinados.

En tiempos de Solón, Atenas se encontraba en una situación crítica ya que el exceso de población había motivado una sobreexplotación de los recursos agrícolas que habían acabado por empobrecer el suelo, ante ello, los pequeños propietarios sólo pudieron vender sus tierras a los aristócratas como único camino de pagar sus deudas, pasando en muchas ocasiones, ellos mismos a formar parte de las posesiones de los aristócratas. La reforma agraria de Solón acabó con esto, al devolver a los pequeños agricultores sus tierras. Por encima de la reforma agraria, la gran obra reformadora de Solón consistió en la redacción de su Código Legal, en el cual se contempla el ordenamiento íntegro de la sociedad. Éste Código Legal vino a sustituir al duro código legislativo creado por Dracón en el 620 a.C..

Pese a sus esfuerzos, las reformas de Solón no tuvieron el éxito pretendido y sus leyes fueron sistemáticamente incumplidas en beneficio de la aristocracia, por ello, tras la retirada de Solón, surgió en la escena política ateniense Pisístrato, el cual supo atraerse a su causa a los comerciantes y

campesinos, y con ellos hacerse con el control absoluto de la polis e instaurar un gobierno tiránico (ca. 560 a.C.). El gobierno de Pisístrato, que duró cerca de veinte años, supuso para Atenas una época de paz y prosperidad económica que sentó las bases políticas y sociales para el establecimiento de la democracia. Durante éste período, Atenas estableció las bases para convertirse en la gran potencia marítima de Grecia; se fomentó el comercio y se embelleció la ciudad con la construcción de grandes edificios y obras de ingeniería. Tras Pisístrato, la tiranía se mantuvo hasta el 510 a.C. en manos de sus hijos y herederos, Hipias e Hiparco. Hiparco fue asesinado en el 514 a.C. lo que hizo que durante los siguientes cuatro años su hermano, Hipias, gobernase de forma cruel y despiadada obteniendo el rechazo del pueblo.

Finalmente la tiranía ateniense fue derrocada con la ayuda del rey Cleómenes de Esparta, que actuaba en favor de los *aristoi* atenienses. Esta polis, que nunca tuvo gobierno tiránico, había llevado a cabo la unificación del Peloponeso y se había convertido en la gran potencia a la que acudían todos aquellos descontentos con las diversas tiranías de Grecia. Cleómenes atacó a Hipias, que se refugió en la acrópolis, y logró que éste fuese desterrado de Atenas.

Sicilia y la Magna Grecia

A mediados del siglo VI a.C. la tiranía hizo su aparición en Sicilia de la mano de Panecio de Leontinos y Falaris de Agrigento. La lista de tiranos sicilianos no es más que una sucesión de nombres, ignorando completamente lo que aconteció a lo largo de sus gobiernos. De Falaris tan sólo se sabe que ejerció el poder con excesiva crueldad y que fue asesinado. Ya en el siglo V a.C., Hipócrates se hizo con el control de Naxos y Leontinos e intentó unificar la región oriental de la isla. Al mismo tiempo, Gelón se convirtió en tirano de Gela apoyado por un formidable ejército de hoplitas con los que pudo controlar a la aristocracia, poco después, Gelón se hizo con el control de Siracusa, la ciudad más poblada de Grecia y que alcanzó una gran prosperidad en estas fechas. A mediados del siglo V a.C. la tiranía había desaparecido de Sicilia.

Las polis de Sicilia se encontraban inmersas en la lucha contra los cartagineses y contra el expansionismo de los etruscos, lo que quizá explique el motivo por el que la tiranía surgió tan tarde y con tan escaso poder, el problema fundamental no era la tenencia de la tierra y el poder político, lo más importante era la defensa de las propias polis.

Organización social

Jonia

Jonia estaba compuesta por doce ciudades, Mileto, Priene, Mios, Éfeso, Colofón, Lébedos, Teos, Eritras, Clazomenes, Focea y las islas Samos y Quíos; las cuales se agrupaban en una liga para defender sus intereses comunes. Entre estas ciudades la más importante era Mileto; el centro religioso se encontraba en Micalé donde se levantó el templo a Poseidón, el protector de la Liga. El gran dios de los jonios era Apolo, el cual recibía culto en Didimia y Claros. Las polis de Jonia estaban rodeadas por los persas, lidios y anatolios; no obstante supieron mantener su espíritu griego intacto, vanagloriándose de su origen ático.

La base de la articulación social de la polis estaba constituida por el *genos*, en el cual se estructuraban las familias unidas por lazos de filiación o religión. Los *gene* eran los propietarios de la tierra, por lo que controlaban la economía de la polis, al tiempo que perpetuaban celosamente las tradiciones. Al comienzo del invierno tenía lugar la festividad de las *fratrías*, en dichos festejos cada familia presentaba ante la comunidad a los nuevos miembros, los cuales adquirían sus derechos ciudadanos en esos momentos. Las *fratrías* eran el eslabón que unía a los *gene* a nivel interno. Un último factor cohesionador eran las *phylái*, concepto que no está del todo claro en la actualidad, pero que posiblemente simbolizase algún tipo de unión de carácter profesional, territorial e incluso étnico.

En la segunda mitad del siglo VIII a.C. Jonia ya presentaba un avanzado nivel cultural gracias a la fuerte herencia micénica de su cultura, mezclada con las influencias de los pueblos anatólios y asiáticos con los que compartía el territorio desde el siglo XI a.C. En un principio, su economía estaba cimentada sobre las tradicionales labores de agricultura y pesca, y su sociedad controlada por la aristocracia terrateniente. En cada una de las polis jonias se imponía la autoridad del supremo magistrado que representaba a la Liga, y que en la práctica ostentaba el título de rey.

El Ática

En el Ática las magistraturas se concedían según el status familiar, es decir, sólo unas pocas familias tenían acceso a los más altos puestos del gobierno de la polis. En un principio las magistraturas fueron vitalicias, aunque a medida que se fueron desarrollando los conceptos políticos y organizativos de la sociedad, el carácter vitalicio se perdió en beneficio de un estilo electivo por cortos períodos de tiempo. Las magistraturas más elevadas eran el rey, polemarcha y arconte. El pueblo, por su parte, se dividía entre los campesinos (*'georgói'*) y artesanos (*'demiorgói'*). Estos se agrupaban en cuatro *phylái*, que a su vez se subdividían en tres partes o *tritias*. Cada una de estas subdivisiones estaba constituida por un total de treinta *gene* y cada *genos* por treinta hombres. Por su parte, las grandes familias componían una aristocracia basada en el dinero más que en lazos hereditarios de sangre; estos aristócratas recibían el nombre de *eupátridas* y se ocupaban fundamentalmente del culto. Paralela a la sociedad se encontraban las asociaciones de *orgéones*, extranjeros que vivían en la polis y que por medio de dicha organización podían acabar formando parte de la sociedad. Los *orgéones* se reunían bajo la protección de un dios o un héroe legendario.

Esparta

Esparta fue un caso singular dentro del mundo griego, como ya dijimos no conoció el fenómeno de las tiranías y su constitución permaneció inalterada hasta la conquista romana.

El poder de Esparta provenía directamente de su tamaño, la superficie que controlaba era con mucho la mayor del mundo griego, y además, era rica tanto en agricultura como en mineral de hierro. Sin embargo, Esparta se encontraba muy alejada de los puertos marítimos, lo que quizá sirva para explicar su escasa participación en el comercio y el fenómeno de la Colonización.

La política de Esparta estaba dirigida por una asamblea de guerreros y la *gerousia* (consejo de ancianos), por encima de ellos los dos reyes de la diarquía espartana. El Estado estaba integrado por los ciudadanos, los periecos y los ilotas. Los periecos eran los habitantes de los núcleos controlados por Esparta, tenían autonomía en asuntos internos, pero carecían de la posibilidad de decidir sobre su política exterior. Los ilotas por su parte eran prisioneros de guerra, esclavos del Estado que los asignaba a los ciudadanos para su servicio. Tanto los ilotas como los periecos tenían por misión fundamental la producción de alimentos y el auxilio al ejército durante la guerra. Un último grupo era el de los mesenios, estos, según la leyenda, eran los hijos ilegítimos nacidos de mujeres espartanas mientras sus maridos se encontraban en la guerra de Mesenia (730-710 a.C.). Por estas fechas, Licurgo redactó su famosa constitución, La Rhetra, que se convirtió en la base del Estado espartano.

Cultura

El mito, como medio de explicación de los acontecimientos contemporáneos a través de su asimilación con hechos acontecidos a personajes legendarios que vivieron en una realidad diferente a la de los griegos, y como fuente de recuerdo de un pasado brumoso; fue elevado en Grecia a un complejo corpus, poco sistemático pero muy útil, que acabó por dar lugar a lo que se conoce como Mitología Griega.

A mediados del siglo VII a.C. surgieron una serie de grandes poetas líricos que compusieron obras en las que supieron describir a la perfección el mundo que les rodeaba y que elevaron la poesía lírica a las más altas cotas dentro de la sociedad, hasta el punto de que muchos de ellos ocuparon relevantes cargos en la vida política y religiosa de las polis. Algunos de estos autores fueron Terpandro, Arión, Aristóclides, Períclito, Alceo de Mitilene o Safo.

La característica fundamental de la lírica arcaica fue la combinación de monodia y coro por un lado, y monodia y danza por otro. Safo, Alceo y Anacreonte fueron los máximos exponentes de la lírica monódica. En cuanto a la lírica coral, Alcman de Esparta y Estesícoro de Himera fueron quizá los más altos exponentes.

La historiografía griega nació en las costas de Jonia a finales del siglo VI a.C., precisamente debido a la situación geográfica que convertía a la región en un centro de intercambio de ideas orientales, griegas y anatolias; ideas que fue preciso recoger en archivos a modo de crónicas.

El más famoso de los historiadores griegos arcaicos fue Hecateo de Mileto que vivió entre el siglo VI y V a.C. De su obra sólo han llegado fragmentos, pero la tradición le ha hecho autor de una *Descripción de la Tierras* o *Periegesis*, así como de una *Historia* o *Genealogía*. La primera se trataría de una obra geográfica e histórica sobre Asia y Europa; mientras que la segunda haría referencia a los dioses y a los héroes.

En cuanto a la ciencia griega, destacaron figuras como la del médico y naturalista Alcmeón de Crotona, discípulo de Pitágoras, que realizó importantes observaciones en relación a la genética y a la reproducción de los mamíferos. La medicina arcaica griega se concentró en dos escuelas fundamentales, la de Cnido y la de Cos. Tanto las matemáticas como la geometría son ciencias de origen griego, ellos establecieron la terminología y establecieron los principios (aunque algunos de ellos, como el famoso teorema

de Pitágoras, ya eran conocidos con anterioridad no quedando claro si los sabios griegos copiaron o llegaron a las mismas conclusiones por caminos diferentes); las grandes figuras de las matemáticas griegas fueron Pitágoras y Tales de Mileto.

La filosofía griega, muy influida por las matemáticas, fue un producto del fecundo intercambio cultural que se desarrolló en Jonia. Los grandes filósofos arcaicos griegos fueron Tales de Mileto, Anaximandro, Anaximenes de Mileto, Jenófanes de Colofón, Heráclito de Éfeso y Pitágoras.

Grecia Clásica

El período de la Historia de Grecia comprendido entre el fin de las Guerras Médicas (500-479 a.C.) y la llegada de Alejandro Magno (336-323 a.C.) se ha denominado tradicionalmente como *Época Clásica* ya que durante el mismo la cultura y el pensamiento griegos alcanzaron su máximo desarrollo. Todo ello sucedió en el seno de una muy compleja sociedad en la que, como ya dijimos, nunca se formó un Estado unitario sino que fue un conglomerado de polis libres y políticamente independientes unas de otras, cada una de las cuales poseyó sus órganos de defensa y gobierno que únicamente tuvieron autoridad sobre el núcleo urbano y sus alrededores. Este régimen de ciudad-estado provocó frecuentes luchas entre las ciudades para alcanzar la hegemonía, que se manifestó en el esplendor comercial de la polis. De estas ciudades, las dos que alcanzaron una mayor relevancia fueron Esparta y Atenas, cuya organización social y política fue radicalmente distinta.

Esparta

La ciudadanía espartana estaba organizada en torno a tres clases o estamentos: los espartiacas, que eran la clase dirigente y descendientes de los conquistadores dorios; los periecos, cuyo origen se remonta a los primeros pobladores anteriores a la invasión doria; y los ilotas, la clase socialmente inferior. De ellos, sólo los espartiacas eran ciudadanos de pleno derecho.

El sistema social espartano se cimentaba sobre una estricta educación en la que el Estado actuaba como uno de los agentes principales. El recién nacido era examinado por el consejo de ancianos, los cuales juzgaban cual iba a ser su futuro; tras esto, el niño era entregado a su madre, la cual era responsable de su educación durante los siete años siguientes. A los siete años daba inicio el proceso educativo por parte del Estado, dicho proceso constaba de una serie de etapas por las cuales el niño iba atravesando, todas ellas marcadas por la sobriedad y la disciplina. A los catorce años se iniciaba el aprendizaje militar. Finalmente, a los veinte años de su nacimiento, el joven adquiría la mayoría de edad y pasaba a formar parte de las sociedades de banquetes comunales (*'pbiditia'*). Desde el momento en el que el joven era aceptado en los banquetes, y hasta los sesenta años, podía ser movilizado por el ejército, por lo que debía de estar permanentemente en buen estado físico y realizar un entrenamiento constante con las armas.

Los ciudadanos de pleno derecho de Esparta estaban obligados, para mantener su posición, a participar en los banquetes comunes, ya que estos contribuían a fomentar el compañerismo y la solidaridad entre los ciudada-

nos, algo muy importante en la estructura militarizada de Esparta. A estos banquetes cada comensal contribuía con sus propios recursos, por lo que a la idea de ciudadanía estaba ligado el concepto de posesión de tierra con cuyos rendimientos sufragar los banquetes. El mito espartano ha ofrecido, a lo largo de los siglos, la idea de que la sociedad de Esparta era igualitaria y que en ella todos los ciudadanos poseían igual cantidad de terreno y por tanto igual cantidad de riqueza; en la actualidad esto se tiene por falso, ya que existen evidencias de la compra y venta de propiedades (aunque parece que esta práctica no era bien vista), y es razonable pensar que diferentes lotes de tierra y diferentes formas de trabajarla deberían de producir rendimientos distintos.

Los periecos constituían el segundo status social de Esparta, no eran considerados ciudadanos, pero si que compartían la denominación de *lacedemonios* con los espartiacas. Buena parte del territorio de Esparta era ocupado por los periecos, normalmente el territorio más pobre agrícolamente y el territorio de frontera, bien fuese con otro Estado griego o bien con los territorios ocupados por los siempre levantiscos ilotas. A los ciudadanos de Esparta no les interesaba pues, reducir a los periecos a la condición de ilotas, puesto que esto hubiera roto el equilibrio de fuerzas y habría puesto en peligro la propia supervivencia de los espartiacas. Dada la prohibición de los espartanos de dedicarse al comercio, estas actividades era desarrolladas por los periecos, los cuales gozaban de una cierta autonomía con respecto a las rígidas leyes espartanas. Los periecos desarrollaron, gracias al comercio, una clase enriquecida que parece ser no mostró ningún interés de luchar por los derechos políticos que les eran negados. Como ya hemos visto, dicha lucha había producido en otras polis el nacimiento de las tiranías, pero en Esparta no sucedió debido a que las escasas ventajas (y sin embargo muchos inconvenientes) que tenía la ciudadanía eran ampliamente compensadas con la riqueza acumulada.

En cuanto a los ilotas, mucho se ha discutido sobre su origen y el modo en el que llegaron a la situación de servidumbre a la que estaban sumidos en Esparta. En la actualidad la teoría más aceptada hace referencia a que los espartanos, en el momento de su invasión llegaron a entablar contacto (posiblemente en el valle de Helos), con una población de origen aqueo que se dedicaban al cultivo de la tierra; los espartanos los conquistarían y les obligarían a trabajar las tierras para ellos. Lentamente fueron asimilados y esclavizados. Los ilotas eran en cierto sentido esclavos públicos, pues pertenecían al Estado, el cual los concedía en propiedad a particulares. Los ilotas sufrieron un continuo aumento poblacional, pero nunca perdieron su conciencia de pueblo sometido ni sus ansias de independencia, por ello provocaron infinidad de motines hasta que finalmente fueron liberados.

Tradicionalmente se ha considerado la *Rhetra* de Licurgo como la primera constitución espartana y la base de su sistema social. Pero la *Rhetra* presenta un grave problema, tanto sobre el documento como sobre su autor, Licurgo; ya que no se han podido fijar su cronología. De acuerdo con lo contemplado en la *Rhetra* la vida política de Esparta estaba organizada en torno a cuatro elementos, dos reyes que conformaban un sistema diárquico de gobierno; un cuerpo de cinco magistrados, conocidos como éforos; un consejo de treinta ancianos, la *Gerousía* elegidos de forma vitalicia; y por último una asamblea de la que formaban parte todos los ciudadanos adultos varones, la Apella.

Atenas

A finales del siglo VI a.C. la tiranía ateniense, dirigida por los hijos de Pisístrato (Hipias e Hiparco), empezó a dar claros síntomas de agotamiento tanto por las disensiones internas como por la continua presión que en el exterior ejercía el Imperio Persa y, dentro de Grecia, la competencia con Esparta y la cada vez más poderosa Tebas, la cual encabezaba la Liga de Beocia. Tras el asesinato de Hiparco, su hermano estableció un régimen represivo y militarizado que provocó la oposición interna de los ciudadanos. La poderosa facción de los Alcmeónidas encabezó la resistencia de los atenienses exiliados, estos tras sucesivos fracasos solicitaron la ayuda de Esparta. Finalmente con la ayuda del ejército de la Liga del Peloponeso, encabezado por Esparta, la tiranía ateniense fue derrocada.

Después de la tiranía, en Atenas surgieron las figuras de Iságoras y Clístenes, ambos miembros de la rancia aristocracia pero con diferentes planteamientos políticos, el primero como representante de la aristocracia deseosa de recuperar la posición de privilegio que había perdido con el advenimiento de la tiranía; por contra, Clístenes, que a la postre era el líder de los Alcmeónidas, buscó la alianza con el pueblo y se convirtió en el paladín de las aspiraciones del *demos*. Iságoras buscó el apoyo del rey de Esparta, Cleómenes, el cual invadió el Ática y obligó a exiliarse a los Alcmeónidas; pero el *demos* y el consejo ateniense se opusieron a la invasión y restauraron en el poder a Clístenes. Una vez asentado en el poder, Clístenes llevó a cabo un importante conjunto de reformas tanto a nivel administrativo como político y territorial; dicho programa reformador sentó las bases para el establecimiento de la democracia en Atenas.

La estructura político-social de Atenas se fue conformando a lo largo de varios siglos, desde las reformas aplicadas por Dracón en su célebre código que, aunque contenía disposiciones muy rigurosas, representó un progreso en algunos aspectos; hasta las de Solón y Clístenes. Tanto Solón como Clístenes, con sus respectivas reformas, pusieron los cimientos para que la democracia se desarrollase en Atenas. Pero la transformación interna de la sociedad se había empezado a producir antes, y fue a causa de ella por la que hombres como los mencionados pudieron hacerse con el poder y aplicar sus idearios reformadores. El modelo según el cual unos pocos aristócratas terratenientes controlaban la riqueza y las instituciones que regían la vida del resto de la comunidad empezó a tambalearse bajo dos poderosos golpes: en primer lugar, cuando una serie de comerciantes, no pertenecientes a este grupo aristocrático, alcanzó unos niveles de riqueza comparables a los de los terratenientes, era lógico que exigiesen un poder político que se les negaba sistemáticamente; por otra parte, en el momento en el que los nuevos modelos de guerra provocaron que la forma tradicional de luchar de los nobles perdiese importancia con respecto a las formaciones de ciudadanos hoplitas, su situación como garantes del orden y veladores de la seguridad de la comunidad perdió todo apoyo. Como árbitro de estas tensiones surgió la figura de Solón, el cual trató de mejorar la convivencia social.

Solón organizó la vida política bajo unos principios de igualdad y cierta incipiente democracia. Suprimió la esclavitud por deudas, lo cual supuso una cierta liberación para los campesinos, limitó el poder de la nobleza, reestructuró las instituciones de gobierno de la polis, creó un sistema moneta-

rio propio, y en los aspectos legales codificó el derecho de Atenas reconociendo a todos los ciudadanos capacidad para la denuncia pública.

Clístenes (510-507 a.C.) por su parte, llevó al extremo las reformas solónidas. Sin llegar a instaurar un sistema democrático, la propuesta de Clístenes se basó en la igualdad de derechos políticos de todos los ciudadanos, todos tenían derecho a participar en el mismo grado en el gobierno de la polis. La soberanía política residía en la Asamblea, formada por todos los ciudadanos varones atenienses, en la que todos tenían derecho de voz y voto. Junto a ésta estaba el Consejo de los 500 que era un órgano deliberante formado por ciudadanos que se renovaban por turno. Para evitar posibles tendencias a la tiranía, Clístenes instauró el ostracismo, es decir, el destierro de la ciudad por un tiempo determinado.

El creciente poderío económico y marítimo de los griegos, especialmente de Atenas, chocó con las ansias expansionistas del Imperio persa. Tanto Darío I como Jerjes I trataron de establecer un imperio universal que se extendiera por todo el Mundo Antiguo, es decir, Asia, Mesopotamia y el Mediterráneo. El choque de intereses se materializó en una larga serie de enfrentamientos entre persas y griegos que se iniciaron en el año 500 a.C. y no finalizaron hasta el año 479 a.C. Finalmente los persas desistieron de extender sus conquistas por el Mediterráneo, al tiempo que los griegos lograron salvar su independencia.

Un poderoso enemigo: el Imperio persa

Los conflictos entre griegos y persas fueron la consecuencia del choque de dos formas diametralmente divergentes de desarrollo histórico. Los persas construyeron un imperio inmenso centralizado bajo el poder absoluto de una monarquía hereditaria; frente a ello, la compleja división territorial de Grecia, la proliferación de pequeñas polis independientes y celosamente defensoras de dicha independencia. Mientras que el Imperio Persa se extendía desde el Índico al Mediterráneo, el Ática ocupaba poco más de 2.000 km².

Entre persas y griegos se hallaba el reino de Lidia, pieza fundamental del comercio de la zona y uno de los estados más ricos de la época. Los persas codiciaban sus inmensos tesoros, mientras que a los griegos les interesaba su independencia como garante del mantenimiento del comercio. En el año 585 a.C. los lidios y los persas firmaron un tratado fronterizo que llevaba la paz a la región. Ello permitió a los lidios dirigir sus esfuerzos expansionistas hacia Asia Menor, donde sometieron a las ciudades griegas de Jonia. Mientras tanto, en el año 559 a.C., Ciro II el Grande (559-529 a.C.) se hizo con el trono imperial persa. Parecer ser que Cresos, rey de Lidia trató de formar una poderosa coalición contra Ciro II, para lo que contó con el apoyo de Amasis de Egipto y Nabónido de Babilonia, e incluso trató de atraerse a Esparta, pero sin éxito. En el año 547 a.C. Ciro se presentó de improviso, al frente de su ejército, en Sardes, la capital de Lidia, y puso fin a la conjura.

Pero Ciro no detuvo a sus ejércitos en Lidia, de allí pasó a las ciudades griegas de Asia Menor, el reino de Babilonia y la región de Palestina. Estas nuevas conquistas por parte de Ciro situaron al Imperio en una inmejorable posición comercial, desplazando a los griegos; al tiempo que en las ciudades de Asia Menor el poder persa situaba al frente de las diversas polis a una serie de tiranos afines al ideario imperial. Las ciudades griegas de Asia Menor perdieron independencia pero a cambio vieron como el comercio

prosperaba gracias a los beneficios que les otorgaba el aprovechamiento de las inmensas infraestructuras del Imperio persa y las facilidades de la unidad monetaria.

Cambises II (528-522 a.C.), hijo y sucesor al frente del Imperio persa de Ciro II, contó incluso con el apoyo de los griegos en sus conquistas, como ocurrió cuando se apoderó de Egipto gracias a la flota prestada por Polícrates de Samos. Tras la muerte o suicidio de Cambises II se abrió un proceso de luchas civiles que finalizó cuando en el año 518 a.C. Darío I el Grande logró hacerse definitivamente con el poder.

Darío I realizó una importante reorganización del Imperio, hasta convertirlo en una fabulosa máquina administrativa que le permitía controlar su ingente extensión territorial por medio de un magnífico ejército y un numeroso cuerpo diplomático. A resultas de dicha organización, los persas se hicieron con el control de Samos hacia el 518-516 a.C. como paso previo de su expansión hacia Occidente; por esas mismas fechas, Darío realizó la conquista de Escitia y Tracia, quizá como han propuesto algunos investigadores, como paso previo a su proyecto de conquista de Grecia. Parece ser que Darío tuvo serios problemas en Escitia y que de no haber sido por la fidelidad de sus súbditos griegos de Jonia, la expedición hubiese sido un completo fracaso. La derrota de Darío supuso un gran varapalo psicológico ya que hasta esos momentos se tenía al emperador persa por invencible. Los griegos de Tracia se sublevaron y Darío tuvo que regresar a marchas forzadas para recuperar el control del Imperio.

Aunque aparentemente las ciudades griegas de Asia Menor no sufrieron ningún tipo de afrenta ni debió de cambiar su situación con respecto al anterior dominio lidio, lo cierto es que en el verano del 499 a.C. estalló una sublevación general contra el dominio persa. Según narra Herodoto, el líder de la revuelta fue el tirano de Mileto Aristágoras, el cual trató de este modo de no hacerse responsable de una fracasada expedición de conquista contra Naxos. La historiografía actual no da mucho crédito a la versión de Herodoto al que se ha acusado de antijonismo, y trata de buscar la explicación del levantamiento al secular odio de los griegos a la imposición de las tiranías, a su amor por la libertad y la independencia, a una supuesta recesión económica o a una mezcla de todos estos aspectos. El gran seguimiento de la sublevación, prácticamente la totalidad de las ciudades costeras la respaldaron, parece quitar argumentos a la teoría de Herodoto, ya que no es justificable que los motivos personales de un tirano fueran capaces de movilizar las fuerzas de multitud de ciudades celosas de su independencia.

Sea como fuese lo cierto es que los sublevados, bien fuera por no estar seguros del éxito del levantamiento o bien como único camino para que éste tuviese éxito, decidieron pedir ayuda a las polis del continente europeo. Aristágoras marchó a Grecia en el año 499 a.C. con el objeto de lograr el apoyo del gran poder militar griego de la época, Esparta; pero el rey Cleomenes rechazó ayudar a los insurrectos achacando que los recursos de Esparta estaban empeñados en los preparativos de la lucha contra Argos y que Jonia estaba demasiado lejos. Tan solo Atenas y Eubea mandaron algunas tropas, pero estas fueron más simbólicas que otra cosa. Pese a todo, los sublevados lograron algunos éxitos iniciales, pero una vez que la formidable maquinaria bélica de los persas se puso en marcha, los griegos estaban condenados. En el año 496 a.C. los persas tomaron la isla de Chipre y pasaron a controlar el comercio de la región, con lo que restaron importantes apoyos a los sublevados. Los persas sitiaron Mileto, el núcleo de la re-

sistencia, y en sus costas, en la isla de Lade, tuvo lugar la gran batalla naval que decidiría el futuro de los sublevados. Tras la derrota griega en Lade, los persas acorralaron a los sublevados en Mileto y, finalmente, en el año 494 a.C. la ciudad fue tomada, arrasada y sus ciudadanos vendidos como esclavos. Tras el levantamiento y posterior represión de Jonia, sus polis, antaño el centro cultural del mundo griego, cayeron en un irreversible proceso de decadencia, pasando el relevo a las ciudades del continente europeo.

En el 492 a.C. Mardonio, yerno de Darío I, lanzó un ataque persa al interior de la Grecia continental, en el cual atacó Tracia y conquistó Macedonia. La ofensiva persa causó tal temor que estados como Tesalia, Beocia, Egina y Argos, no dudaron en prestar sumisión al Imperio Persa (491 a.C.), de hecho parece que tan sólo Atenas, y Esparta al frente de la Liga del Peloponeso, se negaron a someterse. La negativa ateniense, que nos es conocida a través de Herodoto, se considera en la actualidad como un anacronismo, ya que Atenas carecía del poder y de la representatividad necesaria para llevarla a efecto, además de estar profundamente dividida entre los que apoyaba a la antigua tiranía y sus detractores; si merece más crédito la de Esparta, que al fin y al cabo era el mayor poder militar de Grecia, con la Liga del Peloponeso detrás. De una u otra forma el ataque persa se detuvo ya que la flota de Mardonio naufragó tras la conquista de la isla de Tasos, por lo que las tropas regresaron. Para Herodoto y los historiadores clásicos, este sería el primer intento por parte de Persia de atacar y conquistar Grecia (véase: Guerras Médicas); sin embargo, la historiografía moderna cada vez es más remisa a dar crédito a esta versión y parece inclinarse por la opinión de que los persas sólo trataron de hacer lo que hicieron, esto es, conquistar Macedonia y someter Tracia.

La conflictividad entre griegos y persas

En el 490 un fuerte contingente de tropas persas se concentró en Cilicia al mando de Datis el ejército y de Artafernes la flota; en total serían unos 20.000 soldados y 800 jinetes. El ejército marchó sobre las Cícladas, tomó Naxos, respetaron Delos y pusieron rumbo hacia la isla de Eubea, tras cuya conquista se dirigieron hacia Grecia continental y procedieron a desembarcar en la llanura de Maratón, cerca de Atenas. Los atenienses, y sus aliados platenses, se apresuraron a presentar combate, mientras que el corredor Filípides fue enviado a Esparta en busca de refuerzos (cubrió la distancia que separa ambas ciudades, 225 km, en 36 horas). El ejército griego no superaría los 10.000 hoplitas pero, pese a la inferioridad numérica, logró la victoria gracias al genio militar del general ateniense Milcíades.

Tras la batalla de Maratón, Atenas dio un paso trascendental para su futuro esplendor. Pese a que la riqueza de la polis se debía al comercio marítimo, Atenas carecía de una flota poderosa, la fuerza militar se concentraba en el ejército de hoplitas, el mismo que le había dado la reciente victoria. La flota se nutría de *thetes*, el eslabón más bajo de la cadena social ateniense, con lo que crear una flota poderosa supondría dotar a este grupo de desfavorecidos de un poder del que hasta entonces carecían. Contra lo que pueda parecer, el motivo de la construcción de la flota no fue la amenaza persa, ya que tras Maratón se vivieron años de paz en este frente, sino la vieja enemiga de Atenas, Egina, cuya flota ponía en peligro los abastecimientos de Atenas. El magno proyecto de construcción de la flota se realizó

durante el arcontado de Temístocles, entre el 493 y el 492 a.C., creándose doscientas embarcaciones.

Mientras Atenas construía su flota, Persia se veía envuelta en serios problemas internos. Maratón no había supuesto más que un pequeño contratiempo para la inmensa maquinaria bélica del Imperio, sin embargo, en Egipto estalló una revolución entre el 486 y el 485 a.C., justo a la muerte de Darío I. Por las mismas fechas se produjeron una serie de sublevaciones en Babilonia. El nuevo rey persa, Jerjes I (485-465 a.C.) se encargó de someter Egipto y Babilonia, devolviendo con ello la fortaleza al imperio. A partir del 483 a.C. Jerjes estuvo en condiciones de poner todos los medios del Imperio persa al servicio de la expansión occidental, esto es, al servicio del asalto de Grecia; el primer movimiento persa consistió en una ofensiva diplomática buscando aislar a los estados dispuestos a presentar batalla ante un más que posible ataque persa. Tras la diplomacia llegaron los preparativos bélicos. Los persas realizaron un ingente esfuerzo, se excavó un canal para facilitar el paso de la flota, se construyó un puente de barcas para cruzar el Helesponto, se colocaron enormes depósitos de víveres para asegurar el suministro del ejército, en definitiva, el Ejército persa desplegó toda su capacidad de conquista para poner fin al largo sueño de conquistar Occidente empezando por Grecia.

Ante los preparativos claramente belicistas de los persas, los griegos se dispusieron a resistir, concentrando sus fuerzas bajo el liderazgo de Esparta y Atenas. Bajo la guía de ambas polis se creó, en el 481 a.C., la Liga Helénica, de la que formaban parte todos aquellos estados dispuestos a hacer frente a los persas; los estados miembros acordaron acabar con sus rivalidades internas, mandar espías a Persia y embajadores a todas las colonias griegas en busca de refuerzos para la lucha y encomendar a Esparta la dirección de las actividades militares de la Liga. La respuesta a la solicitud de ayuda fue demoledora: Creta se negó, Corcira retrasó la salida de sus efectivos hasta el último momento, Argos se declaró neutral y Siracusa aceptó tras muchos debates; ni siquiera el oráculo de Delos apoyó a la Liga, ya que aconsejaba la huida o la sumisión.

Así las cosas, el ejército persa hizo su aparición. La Historiografía no ha logrado ponerse de acuerdo en lo referente al monto total de tropas que formaban dicho ejército, ya que mientras Herodoto hablaba de 1.700.000 soldados, 80.000 jinetes y 1.000 barcos, cifras a todas luces imposibles; los historiadores más revisionistas hablan de no más de 50.000 soldados en total, lo que carece de sentido igualmente, pues semejante contingente no causaría el pánico de los griegos como ocurrió cuando estos se enteraron del contingente de tropas persas. Sea como fuese, los persas avanzaron, con un ejército inmenso, de forma simultánea por mar y por tierra, de forma que ambas fuerzas se respaldaban mutuamente. Los griegos igualaron la maniobra y lanzaron por tierra una expedición que, comandada por el espartano Leonidas, debía bloquear el desfiladero de las Termópilas y retrasar la llegada de los persas en espera de la batalla decisiva por mar; mientras que por mar eran protegidos por la flota situada en el Artemisión al mando del también espartano Euribiades. La segunda línea se situó en el istmo de Corinto y Salamina. En agosto del 480 a.C. el ejército persa se acercaba a las Termópilas mientras que la flota iba al encuentro de los griegos de Euribiades en Artemisión. El desfiladero de las Termópilas se convirtió en una trampa mortal para las tropas de Jerjes debido a que su superioridad numérica de nada servía allí; por su parte, el combate naval de Artemisión quedó

en empate, pero los persas tuvieron que sumar a los barcos destruidos los que ya habían perdido en un temporal anterior, con lo que su flota quedó fuertemente mermada.

Ante el avance persa Atenas fue evacuada y Temístocles concentró las fuerzas atenienses en Salamina, donde pretendía dar la batalla final. En septiembre del 480 a.C., en la isla de Psitalia, frente a Salamina se produjo el enfrentamiento entre ambas escuadras. Los griegos, hicieron de la desventaja numérica una ventaja, al atacar por sorpresa y de flanco, lo que imposibilitó el movimiento de la inmensa escuadra persa cuyos barcos chocaban unos contra otros. Finalmente los persas tuvieron que darse a la fuga. Con la flota destrozada, Jerjes regresó a Asia, para recuperar sus barcos; no obstante, Mardonio quedó en Grecia al mando del ejército, que se conservaba intacto, pese a las pérdidas de las Termópilas. Mardonio se retiró hacia Tesalia donde pasó el invierno.

En el 479 a.C. la guerra regresó a Grecia de la mano, una vez más, de Mardonio. En esta ocasión Atenas logró la movilización general de las fuerzas griegas contra la amenaza persa. El grueso del ejército griego se colocó bajo las órdenes del espartano Pausanias y estaba integrado por miembros de la Liga del Peloponeso, a los que se unieron los importantes contingentes de Atenas y Platea, en conjunto unos 30.000 hombres. Los persas por su parte contaban con un contingente de unos 50.000 soldados, incluyendo unos miles de griegos aliados. En la llanura de Platea ambos ejércitos se encontraron y allí Mardonio perdió la vida en medio de las acometidas persas y la defensa de los espartanos. El ejército persa, tras la muerte de su general, se desmoronó hasta tal punto que su campamento fue saqueado por las tropas griegas. Poco después de la batalla de Platea, la flota griega, a las órdenes del espartano Laotíquidas, se dirigió a Asia Menor donde arrasó a las tropas de refuerzo que Jerjes estaba reuniendo para socorrer a Mardonio. Con esta acción, las ciudades griegas de Asia Menor fueron liberadas de la presión persa y recuperaron su independencia.

Con la derrota de los persas se puso fin a las denominadas Guerras Médicas, de las cuales los griegos salieron con una fortalecida conciencia de pertenencia a un único pueblo, pero sin llegar a crear una nación que los englobase a todos bajo unas mismas leyes o un mismo gobierno. Los griegos continuaron con su secular independencia, imponiéndose el sentimiento localista sobre la idea de un Estado general, incluso tras haber comprobado como sólo unidos eran capaces de derrotar a sus poderosos enemigos. Un buen ejemplo de este sentimiento fueron las represalias que los vencedores, atenienses y espartanos principalmente, tomaron sobre todos aquellos que apoyaron a los persas, como en el caso de Tebas, cuyos dirigentes fueron ajusticiados públicamente.

La Pentecontecia o el triunfo de Atenas (479-431 a.C.)

La Pentecontecia (literalmente 'cincuenta años') es el nombre que tradicionalmente ha recibido el período de la Historia de Grecia que transcurrió desde el triunfo griego en la batalla de Platea hasta el estallido de la Guerra del Peloponeso y que supuso la época de esplendor del imperialismo ateniense o la hegemonía de Atenas sobre el resto de las polis.

Si bien la derrota de los persas se debía fundamentalmente al genio militar de los espartanos, durante las Guerras Médicas se dejó ver la importancia de un nuevo arma militar, la flota, en la que Atenas tenía una consi-

derable ventaja sobre el resto de las polis. Una vez terminado el conflicto, la secular rivalidad entre Esparta y Atenas resurgió en los términos acostumbrados, lo cual hizo imposible una hipotética unión griega, situación que de todas formas nunca llegó a plantearse.

Atenas disponía de una situación geográfica privilegiada, favorecida con la protección de las montañas por un extremo y dotada de un inmejorable puerto por el otro, la ciudad tenía todo a su favor para convertirse en una gran potencia hegemónica de la Antigüedad, pero, no obstante, la ciudad había sido saqueada y destruida por los persas en el reciente conflicto. Por ello, Temístocles instó a los ciudadanos a aprobar su plan de fortificaciones que consistía en la reconstrucción de una muralla defensiva que acabase de una vez por todas con su debilidad ante los ataques terrestres. Los planes de Temístocles chocaban con la oposición de polis como Egina, ciudad que se encontraba en guerra con Atenas en el 491, cuando la Liga Helénica ordenó la paralización de todos los conflictos entre los griegos; Corinto y Mégara, pero sobre todo con la absoluta negativa de Esparta, que veía como la refortificación de Atenas podía poner en peligro su supremacía militar, por lo que llegó incluso a amenazar abiertamente a Atenas para que no siguiera con las obras. Finalmente, tras una serie de hábiles negociaciones Atenas llevó a cabo, hacia el 478 a.C., la construcción de la muralla, la edificación y fortificación del nuevo puerto de El Pireo, éste más que un puerto era todo un conjunto portuario con varios embarcaderos, almacenes y una inexpugnable fortaleza defensiva. Todo este complejo defensivo se completó entre el 458 y el 456 a.C. con la edificación de los conocidos como *muros largos*, una gigantesca obra arquitectónica consistente en dos anchos muros de 7,5 y 6,5 km respectivamente que bordeaban toda la ciudad hasta El Pireo y que hacían imposible que esta fuese asediada y rendida por hambre.

En la primavera del año 478 a.C. la flota de la Liga Helénica, con una amplia participación ateniense, se puso bajo la dirección de Pausanias con el fin de acabar definitivamente con la amenaza persa sobre territorio griego. La flota se apoderó de Chipre y Bizancio, pero a pesar de estos éxitos, Pausanias era un personaje con demasiados enemigos, una conjura, difamatoria o no, en la que se le acusaba de complicidad con los persas, acabó por costarle el puesto; fue sustituido por Dorcis. Entonces se revelaron los verdaderos motivos de los conjurados, ya que salvo los peloponesios, el resto de los aliados se negó a servir bajo las órdenes del almirante espartano y solicitaron un mando ateniense. Dorcis, humillado, se retiró de la Liga llevándose con él a los barcos peloponesios. Desde ese momento la Liga Helénica pudo darse por desaparecida, máxime cuando en ese mismo año (478 a.C.) se creó una nueva alianza que recibió el nombre de Liga de Delos y que se colocó bajo la dirección de Atenas. De este modo Grecia se dividió entre la Liga del Peloponeso y la Liga de Delos, o lo que es lo mismo entre aliados de Esparta y de Atenas. La sorprendentemente nula respuesta espartana ante la creación de la Liga de Delos pudo deberse a un error de cálculo, la tarea que quedaba por realizar para que los persas dejaran de ser una amenaza, es decir, liberar las ciudades griegas de Asia Menor, exigía de la creación de una poderosa escuadra y la disponibilidad de un ejército que luchase de forma continua en territorios lejanos por una causa que no le concernía directamente. Esparta no tenía los recursos para permitirse construir una flota y además su ejército difícilmente estaría dispuesto a luchar en Asia no estando directamente amenazada la polis. A ello es neces-

rio añadir que Esparta se encontraba con problemas internos en algunas de las polis sometidas bajo su influencia. Por todo, para Esparta, que el liderazgo y por tanto el peso de las operaciones bélicas pasase a Atenas fue visto con satisfacción.

La isla de Delos se convirtió en el centro de la nueva Liga, allí se reunían los representantes de todos las polis aliadas. Todos los estados, incluido Atenas, emitían un único voto por representante y todos tenían un solo representante, pese a lo que Atenas se hizo con el poder absoluto de la Liga al controlar el voto de numerosos estados pequeños que bien por temor bien por afinidad seguían los dictados atenienses. Los gastos se repartían de forma equitativa, de igual manera que los contingentes aportados por cada miembro. Todos los miembros debían contribuir con tropas al ejército de la Liga, contemplándose la posibilidad de retribuir con dinero (*phoros*) al Tesoro de la Liga en caso de no poder contribuir con soldados. El tesoro de la Liga, que llegó a ser inmenso, se puso bajo la custodia del templo de Apolo de Delos, aunque en el año 454 a.C. fue trasladado a Atenas. La Liga se constituyó desde el principio como una alianza a perpetuidad con el fin de combatir contra los enemigos, bárbaros, comunes; pero en ningún momento se estipularon los derechos y condiciones bajo los que una polis en concreto podía abandonar la alianza. Ello motivó que Atenas, como cabeza indiscutible de la Liga, se aprovechara del vacío legal para castigar toda discrepancia o intento sedicioso. Se ignora quienes fueron con exactitud los primeros miembros de la Liga, aunque es de suponer que formaban parte de la misma la mayor parte de las ciudades de las Cicladas, Samos, Lesbos y Quíos, además de algunas de la península Calcídica y Asia Menor.

Parece ser que el primero en dirigir la Liga fue Cimón, hijo de Milcíades, el vencedor de Maratón; y que la primera acción de la misma fue desalojar a Pausanias de Bizancio, el cual, al parecer, jugaba entre la fidelidad a Esparta y a Persia. Lentamente la Liga fue realizando una serie de operaciones militares que, de forma indiscutible, beneficiaban fundamentalmente a Atenas y que llegaron a su punto extremo cuando Caristo fue conquistada y obligada a ingresar en la Liga hacia el 472 a.C. Dos años más tarde (470 a.C.), una vez superado el peligro persa y ante el cada vez más evidente aprovechamiento de la Liga para el beneficio ateniense, Naxos abandonó la alianza. Atenas no podía consentir semejante acción, a riesgo de perder todo su poder y el control sobre la Liga, por lo que se procedió a reincorporar a Naxos por la fuerza. La inclusión de Caristo y Naxos dio el poder absoluto a Atenas y creó una nueva categoría de *asociación*, los estados sometidos, cuyo número creció incesantemente.

En el año 464 a.C. Esparta, tras los desastres de un terremoto y una sublevación general de los ilotas y mesenios, se vio obligada a pedir ayuda a Atenas. Cimón y 4.000 hoplitas atenienses acudieron, tras una dura negociación, por parte de Cimón, con las Asambleas. Pero una vez que pasó el peligro los espartanos expulsaron a los atenienses, lo que supuso la ruptura de las "buenas" relaciones mantenidas entre Esparta y Atenas. El desaire espartano también tuvo importantes consecuencias en Atenas. Cimón fue condenado al ostracismo y el partido democrático se hizo con el poder desplazando al aristocrático. Los nuevos jefes de la política ateniense eran Efiltes y Pericles (462 a.C.). Ambos pusieron en marcha un proceso reformador tendente a desplazar al Aerópago como tradicional fuente de poder, por lo que se privó a esta asamblea de su labor supervisora de los magistrados y se le concedieron a cambio labores meramente ceremoniales. Por

las reformas emprendidas fue asesinado Efiálfes en el 461 a.C., pero Pericles tomó el relevo y llevó la política reformadora, de lo que después se dio en llamar *democracia radical*, hasta sus últimas consecuencias que supusieron conceder al *demos* la total soberanía política y judicial.

Atenas llevó a cabo una política continental tendente a reforzar bajo cualquier medio su posición sobre Esparta, para ello, y aprovechando la debilidad de Esparta como consecuencia de la sublevación ilota, se lanzó a atraerse la fidelidad de los aliados espartanos. De este modo logró la adhesión de Argos, Farsalia, Mégara y Tesalia. Esparta no vio con agrado semejante crecimiento del poder ateniense, pero su situación interna le impedía hacer frente al poderoso enemigo ateniense. No obstante, la incorporación de Mégara a la órbita de Atenas provocó que Corinto, eterno enemigo de Mégara, estrechase sus lazos con Esparta.

A la muerte de Jerjes en el 465 a.C., una serie de sublevaciones independentistas recorrieron el Imperio. Una de ellas fue la del príncipe libio Ínaro, que se levantó en Egipto y llamó a los atenienses en su auxilio. Atenas invadió el Bajo Egipto pero no pudo apoderarse de Menfis, donde se refugiaron los persas y sus aliados. La respuesta persa fue contundente y los griegos, junto con sus aliados, fueron masacrados en Prosopitis.

En el año 458 a.C. la situación en Grecia continental dio un importante vuelco. En esas fechas un ejército espartano penetró en Grecia central, en teoría para defender a sus tradicionales aliados de la Dóride frente a las agresiones de los habitantes de la Fócide. Comenzaba así la que se ha dado en llamar *Primera Guerra Sagrada*. Para semejante operación de castigo Esparta movilizó a 1.500 hoplitas lacedemonios y 10.000 auxiliares aliados, es decir, un inmenso ejército para una operación a priori tan nimia. Detrás de esta maniobra espartana se encontraba la reacción de Esparta ante las continuas provocaciones de Atenas; los espartanos no podían tolerar el aumento de poder de los atenienses entre sus antiguos aliados. Al mismo tiempo, los atenienses no podían permitir una incursión espartana al norte de su territorio y menos en defensa de una potencia hostil como era Tebas. Así las cosas, la guerra parecía inminente. Pericles se encontró con gran parte de su ejército inmovilizado en Egipto y en Egina por lo que reclutó nuevas tropas en Atenas y exigió la ayuda de Beocia. Ambos ejércitos se encontraron en Tanagra, donde la victoria se decantó del lado de Esparta, una vez más su falange fue superior. No obstante unos y otros se retiraron del campo de batalla y ni vencedores ni vencidos sacaron provecho ninguno de ella. Al año siguiente (457 a.C.) los atenienses, ya repuestos de la derrota anterior, atacaron Beocia, esta vez sin la intromisión de los espartanos, con lo que logró que tanto la Fócide como la Lócride se uniesen a la Liga de Delos. Atenas se encargó de alimentar los conflictos internos de Beocia y de apoyar a todos los enemigos de Tebas. En esas mismas fechas Egina, exhausta, se rindió y se unió a la Liga. Las costas del Peloponeso fueron barridas por las incursiones piráticas de Tólmides, que saqueó numerosas ciudades huyendo antes de que llegasen los refuerzos, lo que ponía en evidencia el poderío naval ateniense frente a las tropas de Corinto, incapaces de frenar la rapiña.

Atenas empezaba, no obstante a sus victorias, a dar síntomas de agotamiento, fundamentalmente por el desastre de su expedición a Egipto. Por ello, hacia el 454-453 a.C. Atenas firmó una tregua por cinco años con Esparta. Posteriormente, hacia el 449-448 a.C. firmó la paz con Persia me-

diante el misterioso tratado de Calias, del cual se duda incluso si llegó a existir.

Pese a las sucesivas paces, los conflictos prosiguieron ya que la paz con Esparta no llegó a cumplirse. En el 448 a.C. ambas potencias se enfrentaron de forma indirecta en la denominada *Segunda Guerra Sagrada*. Los focidios atacaron Delfos, provocando la reacción de Esparta que expulsó a los atacantes, pero cuando las tropas espartanas se retiraron, los atenienses volvieron a colocar a los focidios en Delfos. Hacia el 447-446 a.C. exiliados beocios y locrios, apoyados por Tebas, se apoderaron de Ocrómeno y Queronea. Atenas, capitaneada por Tólmides, reconquistó Queronea, pero fracasó en Ocrómeno. En el verano del 446 a.C. se produjo la sublevación de Eubea y casi al mismo tiempo la de Mégara. Todas estas insurrecciones simultáneas pueden indicar la acción oculta de Esparta, como coordinadora de las mismas. Atenas tuvo que evacuar Beocia, al tiempo que en Mégara sufrió una dura derrota. Los espartanos por su parte invadieron el Ática. Entonces, Pericles sobornó al rey espartano, Plistoanacte, y las tropas de Esparta se retiraron. Tras esto Atenas se concentró en recuperar Eubea y una vez logrado firmó una paz con Esparta por treinta años y Atenas se comprometió a la devolución de una serie de polis, entre las que pudo estar Egina.

La Paz de los Treinta Años fijó las fronteras entre Atenas y Esparta, así como sus respectivas áreas de influencia. Las polis que no perteneciesen a ninguna de las dos ligas, es decir, las neutrales, podían adherirse libremente a cualquiera de ellas o permanecer independientes.

De la Liga Ática al Imperio

La transformación de una alianza interestatal encabezada por Atenas, pero en la que todos los países conservaban su independencia, a un imperio ateniense no se produjo de forma brusca o violenta, sino que fue un proceso lento y evolutivo. Desde un primer momento Atenas encabezó la Liga de Delos, y desde un principio estuvieron claros los deseos expansionistas de los atenienses. Es lógico pensar que para el resto de las polis esto pudiera suponer un inconveniente, pero ellos por su parte se beneficiaban de una formidable maquinaria bélica que les mantenía a salvo de los ataques persas, cuya dominación era mucho más odiada que la de los atenienses. De este modo, en la evolución de la Liga en Imperio hubo dos hitos importantes, el primero en el año 454 a.C. cuando alegando motivos de seguridad tras la derrota en Egipto, los atenienses se adueñaron del Tesoro de la Liga y lo transportaron a Atenas, lejos del control de sus aliados; la segunda fecha importante fue la de 449-448, cuando se firmó el Tratado de Calias, por el cual la Liga perdía todo su sentido de existencia, ya que al firmar la paz con Persia no tenía sentido una Liga militar creada para hacer la guerra a los persas. No obstante, la Liga permaneció viva debido al empeño de Atenas, que veía en ella el mejor vehículo para extender su poder por Grecia.

Para afianzar su dominio sobre la Liga Atenas recurrió a la fuerza de su impresionante escuadra que le permitía desplazar sus tropas a gran velocidad. De este modo atacó Naxos y Tasos cuando estas trataron de salir de la Liga; es posible que dicho ataque se realizase con el consentimiento e incluso por orden del Consejo de la Liga; de todas formas, los intentos de abandonar la Liga se repitieron a lo largo de la segunda mitad del siglo V a.C. y fueron igualmente reprimidos, en esta ocasión, de forma unilateral e

independiente por parte de Atenas. Por otro lado, Atenas hizo un próspero proselitismo a favor del establecimiento de instituciones en todos sus aliados, que en algunas ocasiones llegó incluso a la imposición forzosa de asambleas ciudadanas o al derrocamiento de gobiernos autoritarios. Atenas dotó a algunos de sus aliados con guarniciones militares atenienses, en teoría en beneficio de su seguridad, pero en la práctica como método de coerción y control; del mismo modo, enviaron comisarios que vigilaban que se cumpliesen lo ordenado en un principio por la Liga y posteriormente por Atenas directamente. Atenas creó la *proxenia*, institución por la cual un ciudadano de un Estado aliado, al servicio de Atenas, se encargaba de defender y hacer respetar los intereses de Atenas en esa ciudad. Con el mismo objetivo de controlar a sus aliados, Atenas instituyó las cleruquías, esto es, la implantación de colonos atenienses en las ciudades aliadas como propietarios de las tierras confiscadas a los disidentes.

La Liga, una vez convertida en un utensilio al servicio de Atenas, esto es, convertida en el imperio ateniense, adquirió un importantísimo papel económico. La fuerza principal de la Liga, y el objeto que en última instancia mantenía su integridad, era la impresionante flota, que pese a construirse en un principio como arma contra los persas, acabó por constituirse en el mejor medio para poner fin a la piratería en el Mediterráneo oriental y facilitar de ese modo la prosperidad del comercio de todos los miembros de la Liga, aunque los atenienses eran los que salían más beneficiados. Pero para muchos miembros de la Liga, esta seguridad y los beneficios comerciales de ella derivados no compensaban la pérdida de su independencia ni el pago del tributo a la Liga (*phoros*), lo cual explicaría la multitud de sublevaciones que se desarrollaron en su seno. Al constituirse la Liga se estipuló, como ya se ha dicho, el *phoros* como medio de compensar la no prestación de ayuda militar por parte de algunos aliados. Reunidos todos los fondos de la Liga y tras hacer frente a los diversos gastos de defensa, el dinero sobrante se ingresaba en el Tesoro de la Liga, del cual Pericles logró, 450 a.C., que salieran los fondos para reconstruir la Acrópolis de Atenas. La gran beneficiada del uso del Tesoro era invariablemente Atenas, ya fuese directamente o bien por medios indirectos como la contratación de su mano de obra para las diferentes obras sufragadas a costa de los ingresos de la Liga. Un paso muy significativo de la influencia de Atenas sobre sus aliados se dio hacia el 449-448 a.C. o bien hacia 425-424 a.C. y consistió en la unificación de moneda, pesos y medidas de todos los miembros de la Liga según los establecidos en el Ática.

En el 431 a.C. el imperialismo ateniense, en su momento de mayor apogeo, chocó frontalmente con los intereses de las otras dos grandes potencias del momento, Esparta y sobre todo Corinto. Dicho enfrentamiento, que se extendió de forma intermitente hasta el 404 a.C., ha pasado a la Historia con el nombre de la Guerra del Peloponeso. Al final de la Guerra del Peloponeso todos los contrincantes se encontraban exhaustos, pero la gran derrotada fue Atenas, la cual firmó la paz a costa de renunciar a su Imperio, a las fortificaciones de la ciudad y a su flota, la fuente de su poder. La hegemonía pasaba ahora a Esparta, la gran triunfadora del conflicto.

Atenas cayó derrotada precisamente por falta de aquello que la había encumbrado, dinero. Llegó un momento, a medida que fue perdiendo territorios, en que la polis era incapaz de seguir pagando a sus ejércitos, de reponer sus bajas, de movilizar su flota, llegó un momento en suma en que Atenas estaba arruinada. Su retroceso político fue tal que pasó de un siste-

ma ampliamente democrático a reinstaurar la tiranía, fue el período denominado de los Treinta Tiranos, en el cual la ciudad estuvo gobernada por un consejo de treinta oligarcas que ejercieron un poder ilimitado.

Esparta, por su parte, representa el caso contrario, fue la vencedora de la guerra y lo fue gracias al oro de Persia. Pero tuvo que pagar un alto precio, la fractura social que se produjo como consecuencia de la ruptura del equilibrio poblacional entre ciudadanos e ilotas, lo que motivó numerosos conflictos.

Tesalia apenas si sufrió las consecuencias de la guerra, su rico y gran territorio le permitió mantener perfectamente su economía en los valores de antes del conflicto, e incluso se convirtió en uno de los principales proveedores de grano de Grecia; al tiempo que dio refugio a gran número políticos exiliados.

La confederación de Beocia fue quizá la más beneficiada por la guerra, especialmente Tebas, cuya población no dejó de crecer, en un período en el que el resto de las polis perdían habitantes, y cuya economía se benefició de una poderosa mano de obra y un rico suelo que cultivar.

Hegemonía de Esparta (404-371 a.C.)

El siglo V a.C. marcó el ascenso y esplendor de Atenas hasta el punto de relegar a un segundo plano al resto de la polis griegas, pero en el éxito de Atenas se encontraba la semilla de su fracaso. Atenas había logrado imponerse por medio del miedo, en un primer momento miedo al enemigo persa, y posteriormente miedo a los propios atenienses y a sus represalias en caso de ser abandonados por alguno de sus aliados. De este modo, Atenas logró un dominio de cincuenta años en los que fue la potencia hegemónica de toda Grecia, pero lentamente, sus enemigos empezaron a organizarse y sus aliados a cansarse del poder ateniense. Así llegamos a la Guerra del Peloponeso en el que el poder ateniense fue sustituido por Esparta, la triunfadora de la guerra.

Derrotada Atenas, la unanimidad de sus enemigos se deshizo con la misma facilidad con la que se había construido. Esparta y Persia entraron en guerra, y en el 395 a.C. Esparta tuvo que hacer frente a una coalición formada por Atenas, Argos, Beocia y Corinto. Si los antaño aliados de Esparta en su lucha contra Atenas no tuvieron inconveniente en aliarse con Atenas en nuevas luchas con Esparta, fue debido a que los espartanos, tras acabar con el poderío ateniense, trataron de ocupar el papel de Atenas como potencia hegemónica, y someter así a sus aliados a su propio imperialismo.

Lisandro fue el encargado de realizar las reformas necesarias que permitiesen a Esparta ocupar el lugar hegemónico de Atenas. Si ésta había impuesto la democracia entre sus aliados, ahora Esparta sustituía varios gobierno democráticos por sistemas oligárquicos; si Atenas hizo uso de la *proxenia* y las *cleruquías*, Esparta creó las *decarquías*, junta de gobierno de diez personas, afines a Esparta, que fue instaurada en algunos estados aliados; para vigilar a sus aliados establecieron en las polis la figura del *hermostas*, funcionarios militares. Pero la política de Lisandro era excesivamente impositiva, y podía llevar a una sublevación general, por lo que sus métodos fueron, en parte, suavizados con las propuestas del moderado Pausanias, a partir del 403 a.C.

Según los acuerdos políticos firmados por la alianza de Esparta y Persia contra Atenas, los persas tuvieron manos libres sobre las ciudades grie-

gas de Asia Menor, que se convirtieron en fuente de mercenarios para los conflictos internos persas. Así, cuando a la muerte de Darío II (404 a.C.) el imperio pasó a su hijo Artajerjes II, el hijo menor Ciro, se sublevó y contó con el apoyo de los griegos de Asia Menor, e incluso con el de Esparta; el apoyo de los griegos le dio una importante ventaja militar ya que las tropas griegas eran muy superiores al resto; no obstante, Ciro falleció en el campo de batalla de Cunaxa y los mercenarios griegos se retiraron. Los conflictos entre persas y griegos fueron una constante en Asia Menor, en ellos Esparta malgastó gran parte de su poderío militar mientras Persia, que en una guerra de desgaste como aquella lo tenía todo a su favor, mandaba una oleada tras otras, año tras año, de lo que parecían ser interminables soldados. En el año 394 a.C. los espartanos fueron totalmente derrotados en la batalla naval de Cnido, por una importante escuadra de Rodas, Chipre y Fenicia. Esta derrota trajo como consecuencia que las ciudades de Asia Menor dejaran de confiar en Esparta y abrazasen la causa de Persia, al tiempo que los restos del ejército espartano regresaban precipitadamente a Grecia ante las dificultades allí surgidas.

Mientras los ejércitos espartanos se encontraban luchando en Asia Menor, la diplomacia persa se había encargado de emplear el oro persa en comprar las lealtades de numerosas ciudades griegas, con el fin de que estas se sublevaran y restasen fortaleza a los espartanos. Si al soborno persa se suman los deseos de venganza de Atenas y los deseos de recuperar su autonomía de Tebas, Corinto y Argos, la revolución (conocida en la historiografía como la Guerra de Corinto) era un hecho. El pretexto fue una guerra local entre focidios y locrios por motivos fronterizos. Inmediatamente Tebas se colocó del lado de los locrios y los focidios pidieron ayuda a Esparta. Cuando Esparta entró en el conflicto, Tebas solicitó la ayuda de Atenas, deseosa de venganza tras la humillación de la Guerra del Peloponeso, Atenas aceptó. Las tropas espartanas fueron divididas en dos bajo el doble mando de Lisandro y Pausanias II, fueron derrotadas, las de Lisandro, en Haliarto; mientras que Pausanias se retiró. Este triunfo animó a Argos y Corinto, además de varias polis menores, a unirse a la coalición tebano-ateniense. Con el resultado de los enfrentamientos por decidir, llegó el año 394 a.C. y con él el desastre naval de Cnido, en el que los espartanos perdieron su flota. En el 392 a.C., Esparta se encontraba agotada y al borde del desastre por lo que trató de firmar la paz con los persas, pero no logró ningún acuerdo por lo que tuvo que proseguir la lucha. Atenas por su parte, que había creado el espejismo de una falsa y milagrosa recuperación gracias al oro persa, se encontró en una situación desesperada cuando los persas cortaron el suministro de oro. Finalmente hacia el 388-387 a.C. los persas firmaron la paz del Rey (o paz de Antálcidas) con los espartanos, una vez que comprobaron la inviabilidad de utilizar a los atenienses como palanca para deshacerse de los espartanos, decidieron usar a estos para controlar Grecia. Firmada la paz entre Esparta y Persia, Atenas era incapaz de seguir la lucha por sí sola, por lo que firmó un tratado con Esparta que puso fin a las hostilidades, Argos, Tebas y Corinto hicieron lo mismo. La paz del Rey sumía en la ruina a Atenas, desmantelaba la Liga de Beocia, en torno a Tebas, y ponía fin a la unión entre Corinto y Argos; mientras Esparta y la Liga del Peloponeso fueron las grandes beneficiadas del tratado.

Una vez que Esparta recuperó su supremacía sobre Grecia llevó a cabo una serie de venganzas sobre todos aquellos estados que o bien le habían retirado su apoyo o bien se le habían opuesto abiertamente. El primero

de ellos fue Mantinea que en el 385 a.C. fue destruida y fragmentada en cinco aldeas. Posteriormente cayó Fliunte; y en el 382 a.C. las ciudades de la Calcídica con Olinto a la cabeza. En ese mismo año el general lacedemonio Fébidas, cumpliendo órdenes de Esparta, dio un golpe de Estado en Tebas y colocó en el poder a Leontíadas. En el 379 a.C. los opositores tebanos, pagados y organizados por Atenas, dieron un contragolpe y expulsaron de la ciudad a los partidarios de Esparta. A todo este movimiento de alianzas hay que sumar la intensa labor diplomática de Atenas que firmó una serie de tratados bilaterales con multitud de polis. La hegemonía de Esparta estaba en peligro.

Finalmente en el 377 a.C. Atenas, que había reorganizado sus finanzas y construido nuevos barcos, creó la Segunda Confederación Marítima Ateniense, que contaba con un total de 75 ciudades (número mucho inferior al de la Liga de Delos). La nueva Liga ateniense, gobernada por un consejo federal con sede en Atenas, permitió la libertad de los estados miembros a regirse de la manera que creyeran conveniente, al tiempo que se prohibió la imposición de guarniciones o gobernadores de unos estados a otros, se negó también el derecho a establecer compensaciones económicas en forma de *phoros* y a establecer *cleruquías*. No obstante, en el 373 se hizo necesario la creación de un tributo (*syntaxeis*) para hacer frente a los gastos de la Liga.

Tebas por su parte, una vez recuperada su independencia tras la invasión espartana, se ocupó de reorganizar la Confederación Beocia al mismo tiempo que perfeccionaba su maquinaria bélica. De este modo, hacia el 377 a.C., había tres potencias en liza, de las cuales la más poderosa era Esparta cuyo objetivo consistía en deshacer tanto la Liga ateniense como la de Beocia; por su parte, Atenas veía con buenos ojos la recuperación de Tebas ya que podía ser una aliado contra Esparta, al mismo tiempo que le preocupaba que se hiciese demasiado poderosa para que no interfiriese sus futuros planes expansivos; Tebas, por su parte, temía un posible acercamiento entre Esparta y Atenas que la dejase sola ante ambas potencias.

Entre el 377 y el 375 a.C. los espartanos fueron derrotados tanto por la Liga Beocia como por la de Atenas. Pero los temores de Atenas se hicieron realidad en el 373 a.C., cuando Tebas arrasó Platea, tradicional aliada de Atenas. Por este motivo, en el 371 a.C., Atenas firmó la paz con Esparta en la que los primeros reconocían la hegemonía terrestre de Esparta y estos la marítima de Atenas. Sólo Tebas se opuso a la firma del tratado, lo que motivó que el rey espartano Cleómbroto invadiese Beocia; los tebanos presentaron batalla en Leuctra dirigidos por Epaminondas. Para asombro de toda Grecia, Epaminondas, con una agresiva y novedosa táctica, logró un rotundo éxito y causó la muerte de un tercio de los espartanos en edad de combatir, pero aún quedaban dos tercios. Por este motivo, los tebanos buscaron nuevas alianzas para aniquilar definitivamente el poder de Esparta. Atenas rehusó, no así Tesalia. Jasón de Feras marchó desde Tesalia con su poderosa caballería, en teoría para ayudar a Tebas, e impuso un arbitraje, seguido de una paz entre Esparta y Tebas. Jasón pretendía con esta maniobra no contribuir a sustituir un potencia por otra, ya que él mismo tenía planes de hacerse con el control de Grecia. Con este objetivo, de regreso a su patria tomó Heraclea, para usarla como cabeza de puente.

Hegemonía de Tebas (371-362 a.C.)

Tras el desastre de Leuctra, Esparta se replegó a su territorio, mientras que Tebas, el vencedor de la contienda se dispuso a extender sus redes sobre toda la Liga Beocia; sobre todo después de que Jasón de Feras fuese asesinado en el 370 a.C., con lo que se eliminaba a un peligroso aliado que en cualquier momento podía convertirse en un aún más peligroso enemigo. A partir del 370 a.C., los focidios, locrios, malios, acarnienses y otros muchos pueblos, que hasta ese momento formaban parte de la Liga de Atenas, pasaron a la Liga Beocia.

Mientras Tebas se extendía por Beocia y entraba en conflicto con Atenas, en el Peloponeso el debilitamiento del poder espartano estaba provocando una auténtica revolución, ya que multitud de ciudades se sublevaron contra los gobernantes impuestos por Esparta y adoptaron regímenes democráticos. Mantinea por su parte, reunificó su territorio; Argos asesinó a todos los ciudadanos afines a Esparta; en Tegea estalló una guerra civil entre oligarcas y demócratas. Con el apoyo de Epaminondas se creó la Liga de la Arcadia, cuya capital se instituyó en la ciudad de Megalópolis, creada ex procezo con ese fin. Esparta se negó a reconocer esta nueva Liga y Epaminondas lanzó al ejército tebano contra los lacedemonios. Ante la proximidad del ejército enemigo, y debido a la desmoralización de las últimas derrotas, los ilotas desertaron en masa y los periecos se negaron a luchar, sólo la crecida del río Eurotas salvó a los espartanos del desastre, ya que el enfrentamiento no tuvo lugar por esta causa. Pero Tebas no estaba dispuesta a quedarse así. Epaminondas marchó sobre Mesenia, la eterna enemiga y esclava de Esparta, y la liberó; todos los mesenios y descendientes repartidos por el mundo griego fueron invitados a regresar a su patria. Con éste golpe Esparta se hundió definitivamente ya que perdió más de un tercio de su territorio, la mayor parte de la mano de obra y muchos de sus ciudadanos perdieron dicho status al no poder hacer frente a sus compromisos económicos.

Ante la impresionante expedición de Epaminondas, Esparta se vio obligada a pedir ayuda a Atenas, la cual por su parte, estaba deseosa de parar los pies de la arrogante Tebas. Lo que Tebas más temía se hizo realidad con la firma de un tratado entre Esparta y Atenas por el cual se comprometían a defenderse mutuamente. La primera consecuencia de este tratado fue el freno, en el 369 a.C., de las acciones de Epaminondas por la presencia de un importante ejército mandado por Atenas y en el que había un importante contingente de mercenarios siracusanos.

Tras la muerte del tirano Jasón de Feras, Tesalia fue sacudida por una serie de luchas civiles en las cuales los oponentes pidieron por un lado ayuda a Tebas y por otro a Macedonia. Tebas envió un ejército al mando de Pelópidas en el 369 a.C. Éste hizo una incursión en Macedonia en la cual capturó al joven hijo del rey Alejandro II, Filipo. Finalmente en el 364 a.C. Pelópidas murió en combate cuando se enfrentaba al tirano Alejandro de Feras.

A partir del 368 a.C. empezaron diversas reuniones e intentos de acuerdo para alcanzar una paz entre los diversos estados griegos, pero ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo se propuso la mediación de Persia, la cual propuso un tratado que prácticamente dejaba toda Grecia desarmada frente a Tebas, por lo que causó el rechazo de buena parte de los estados beligerantes. En aquellos momentos Atenas se encontraba enfrascada en

complicados juegos políticos por medio de los cuales estaba extendiendo su área de influencia hacia el Quersoneso tracio (actual península de Gallípoli), por lo que no estaba para nada dispuesta a deshacerse de su flota como le exigía el tratado persa. Para contrarrestar el resurgir ateniense, Epaminondas se enfrascó en un doble juego, por un lado se trataba de una lucha diplomática para restar aliados a la Liga de Atenas, lo que consiguió con Bizancio, Rodas y Quíos; por otro, Tebas necesitaba una flota que hiciera frente a la ateniense.

Un conflicto político-religioso en Arcadia desató de nuevo las hostilidades por toda Grecia. Debido a un incidente en los Juegos olímpicos, la Liga de la Arcadia se dividió, por un lado Mantinea que, junto con un numeroso grupo de polis, se alió con Atenas, Esparta, Élida y Acaya; mientras que Megalópolis y Tegea se unieron a Tebas. En el verano de 362 a.C. Epaminondas se dirigió al Peloponeso con la idea de restaurar su influencia sobre la Liga de la Arcadia. En la llanura de Mantinea se encontraron los ejércitos de las dos coaliciones. El resultado de la batalla fue indeciso, pero Tebas perdió a su gran general, Epaminondas, y sin él, su hegemonía no podía prevalecer.

Un nuevo poder: Macedonia

La accidentada parte septentrional de la península Balcánica, surcada de ríos y compuesta por pequeñas llanuras, constituía el territorio de Macedonia. Fueron precisamente estos elementos geográficos los que hicieron de Macedonia un lugar invertebrado políticamente hablando, dividido entre varios poderes, pero con recursos muy abundantes. Era el más extenso de los territorios griegos pero carecía de unidad política e incluso cultural. Los macedonios permanecieron al margen del devenir del resto de los pueblos griegos por lo que, pese a que pertenecían al mismo grupo étnico y hablaban la misma lengua, en numerosas ocasiones fueron considerados dentro de los pueblos bárbaros. Pero desde el siglo V a.C. esta situación empezó a cambiar, gracias principalmente al impulso del primer rey conocido de Macedonia (se sabe que hubo reyes anteriores pero las fuentes historiográficas no han destacado sus nombres), Alejandro I Filheleno (494-454 a.C.). Alejandro I logró que Macedonia fuera reconocida por el resto del estado griego como uno de ellos, al tiempo que reformó el ejército hasta convertirlo en un instrumento adecuado para mantener sus fronteras y consolidar las conquistas; no obstante, supo mantenerse al margen de las Guerras Médicas. Su sucesor, Pérdicas II, continuó la política de neutralidad para con los conflictos griegos y logró mantenerse al margen de la Guerra del Peloponeso. Arquelao I (413-399 a.C.), su sucesor, fue el artífice de la organización económica del reino y del traslado de la capital de Egea a Pella. Tras el caótico gobierno de Amintas III (393-370 a.C.) subió al trono uno de sus hijos, Alejandro II, el cual llegó incluso a enfrentarse al poder hegemónico de Tebas. Pérdicas III (365-359 a.C.) acabó de unificar toda Macedonia bajo su mando y obtuvo importantes beneficios de su alianza con Atenas. En el año 359 a.C. subió al trono de Macedonia Filipo II (359-336 a.C.), el más grande de los reyes macedonios hasta el advenimiento de su hijo, Alejandro Magno.

Filipo II se encontró un reino al borde de la desintegración, ya que tras la violenta muerte de Pérdicas III todos los estados limítrofes se lanzaron sobre Macedonia con la idea de sacar algún tipo de provecho territorial.

Filipo acabó con todos sus enemigos, gracias a la importante reforma del ejército que llevó a cabo y cuyo aspecto más importante fue la creación de la *falange macedonia*, una adaptación de la falange de Epaminondas, pero con mayor fondo; que armada con la temible *sarissa*, pica de cinco metros que Alejandro haría famosa en todo el Mundo Antiguo, formaba una masa prácticamente inexpugnable. Tras acabar con los problemas internos, Filippo se lanzó a la expansión de las fronteras, para ello aprovechó la debilidad de la Segunda Liga Marítima ateniense y los sucesos de la Guerra Social (o de los Aliados) y conquistó Anfípolis, Potidea, Metone y Pidna. Gracias a estas nuevas conquistas, que le conferían buenos puertos, y a los recursos de ellas obtenidos, Macedonia se había convertido en uno de los estados más poderosos de la región; ahora Filippo sólo esperaba la ocasión de lanzarse sobre Grecia. Entre el 355 y el 346 a.C. Grecia se sumergió en la que se conoce como la *Tercera Guerra Sagrada*, esta era la ocasión que esperaba Filippo para imponer la hegemonía de Macedonia. La anficiónía de Delfos fue el origen de la disputa. Tebas, enemistada con Fócide desde la batalla de Mantinea, acusó a esta de cultivar terreno sagrado de Delfos, pero dicha acusación también afectaba a Esparta; la reacción de los estados acusados consistió en la ocupación de Delfos con tropas de Fócide subvencionadas por Esparta. A consecuencia de estos hechos, el Consejo de la anficiónía de Delfos declaró la guerra sagrada en el 355 a.C. En el 353 a.C., bajo la excusa de ayudar a las ciudades de Tesalia contra los tiranos de Feras, Licofrón y Pitolao, Filippo II penetró en Tesalia al mando de su poderoso ejército, pero fue expulsado por el fócido Onomarco. Al año siguiente Filippo regresó sobre Tesalia con nuevas y más numerosas tropas, a las que unió las de la confederación de Tesalia; frente a él, de nuevo Onomarco, apoyado por la ayuda de la flota de Atenas. En la batalla del Campo de Azafrán Filippo arrasó a sus enemigos y Tesalia quedó bajo su control. Posteriormente se dirigió a las Termópilas, pero un fuerte ejército le esperaba y Filippo decidió retirarse sin presentar batalla.

Durante el verano del año 349 a.C. un nuevo conflicto vino a demostrar el poder de Filippo, la Guerra Olíntica, en la cual, el rey macedonio haciendo uso de su impresionante diplomacia preparó una sublevación en Eubea que mantuviese ocupados a los atenienses, el tiempo suficiente para que sus ejércitos se hicieran con Olinto y destruyeran la ciudad. El año 346 a.C. supuso la gran consagración del poder de Filippo II, por un lado firmó un ventajoso tratado con Atenas, la paz de Filócratas, al mismo tiempo acabó por controlar la totalidad de la Fócide y logró ser nombrado presidente de la anficiónía de Delfos y de los Juegos Píticos. Ante la cada vez más imparable importancia de Filippo II de Macedonia, y debido a una serie de incidentes de carácter diplomático, Atenas acabó por declarar de nuevo la guerra en el año 340 a.C. Filippo penetró en Grecia y se adueñó de Anfisia, Quereto y Naupacto; posteriormente, en el 338 a.C. los ejércitos macedónico y ateniense se encontraron en la batalla de Queronea, donde las fuerzas de Atenas sufrieron una estrepitosa derrota, pese a la cual, Filippo se mostró magnánimo y firmó una paz muy ventajosa para Atenas.

En la primavera del 377 a.C. se reunió el Congreso de Corinto, al que asistieron todas las polis griegas a excepción de Esparta. El Congreso eligió a Filippo como general en jefe de todos los ejércitos griegos y le dio plenos poderes para realizar su gran sueño, la invasión de Persia por parte de una unida Grecia. Pero Filippo fue asesinado por Pausanias al año siguiente, sin poder cumplir su sueño.

Las colonias griegas de Occidente

Las colonias griegas de Sicilia y la Magna Grecia, formaban parte de la unidad cultural del mundo griego, permanecían conectadas con sus respectivas metrópolis, y con el resto de las polis, tanto en el ámbito cultural como económico o político.

Sicilia, debido a que su impresionante riqueza y lo mal distribuida que se encontraba, estableció como modelo de gobierno la tiranía, precisamente, como la única forma de evadir el poder de las oligarquías. Todo ello favorecido por la continua amenaza de Cartago. Entre el 491 y el 466 a.C. Sicilia estuvo gobernada por los Deinoméidas, los cuales lograron mantener a Siracusa fuera de las Guerras Médicas, siendo como era su gran problema la amenaza de Cartago y no la de Persia, no obstante, investigaciones recientes apuntan la posibilidad de que en el año 480 a.C. se produjese un pacto entre Persia y Cartago para atacar de forma conjunta al mundo griego. Contextualizada dentro de estos conflictos entre cartagineses y sicilianos se encuentra la figura del tirano Dionisio de Siracusa, que alrededor del 406 a.C. fue elegido *strategos autokrator* para hacer frente a una invasión cartaginesa. Dionisio logró la paz con Cartago y posteriormente se lanzó a una serie de conquistas a costa de los restantes estados griegos de la isla, que dotaron a Siracusa de un extenso imperio al conquistar la zona oriental de Sicilia y algunas ciudades de la península Itálica, también se le ha hecho responsable de la fundación de ciudades costeras en la Galia. Posteriormente intervino repetidamente en Grecia continental en apoyo de Esparta, gracias a su poderosa flota, con la cual controlaba el Mediterráneo de un extremo al otro. El caótico gobierno de su sucesor, Dionisio II (367-357 a.C.), motivó la sublevación de Timoleón y con ella el fin de la tiranía siracusana que fue sustituida por una serie de gobierno a medio camino entre la democracia y la oligarquía. Finalmente en el 337 a.C. las ciudades siciliotas se aliaron en una Liga bajo el liderazgo de Siracusa.

Economía, sociedad y cultura en la época Clásica

Existe una gran dificultad para hacer un estudio sobre las densidades demográficas de la Grecia Clásica, debido a la escasez de datos de las fuentes del período. De forma orientativa, y sin perder de vista que se trata de un estudio estadístico, presentamos los datos ofrecidos por V. Ehrenberg. Según éste investigador, la población ateniense total para el período 480-360 a.C. variaría entre los 120.000 y los 250.000 individuos (de los cuales no más de 45.000 serían ciudadanos libres, unos 100.000 serían esclavos y el resto metecos); para período 480-371 a.C. en Esparta la población total fluctuaría entre los 190.000 y los 270.000 individuos (de los que menos de 10.000 serían ciudadanos de pleno derecho, entre 40.000 y 60.000 serían periecos y entre 140.000 y 200.000 ilotas); finalmente, para Beocia (siglo V-IV a.C.) los datos sería de 110.000-165.000 individuos (de ellos algo más de 100.000 serían ciudadanos libres y sus familias, unos 10.000 metecos y unos 30.000 esclavos). Estas cifras de población son indicativas de los desastres demográficos que conflictos como las Guerras Médicas o la Guerra del Peloponeso pudieron producir.

Los ciudadanos lo eran por nacimiento y reconocimiento paterno, se definían por su participación en la vida política y por la exclusividad sobre la posesión de la tierra. Las personas libres no ciudadanos, sólo en casos excepcionales podían llegar a alcanzar la posesión de la tierra o de una casa, mientras que a los esclavos les estaba totalmente vedada dicha posibilidad. Tan sólo la asamblea popular podía conceder la ciudadanía a un no ciudadano y en casos extremadamente excepcionales, al no ser que por motivo de una guerra fuese imprescindible ampliar el número de ciudadanos, momento en el cual se concedía la ciudadanía de forma masiva. En Esparta los ciudadanos conformaban una casta guerrera, dedicada en exclusiva a las actividades militares, por lo que eran mantenidos por el resto de los grupos sociales que trabajaban las tierras de los ciudadanos; los ciudadanos espartanos estaban obligados a participar y proveer los banquetes de ciudadanos y en caso de que no pudieran contribuir a las comidas de ciudadanos perdían inmediatamente la condición de tales. En el caso de Beocia para que un ciudadano pudiese participar de la vida política se le exigía un mínimo de fortuna personal; en Atenas, por el contrario, todos los ciudadanos participaban de la actividad política independientemente de sus rentas, pero existía una clara diferenciación según la riqueza entre una clase dirigente aristocrática y una masa de pequeños productores o artesanos.

En la totalidad de los estados griegos la mujer estuvo subordinada a la autoridad masculina, primero al padre y luego al esposo. Carecía de representatividad política y de hecho su situación social era inferior a la de los esclavos, pues estos podían en un momento determinado acceder a la ciudadanía y adquirir derechos políticos. Por el contrario, las mujeres tenían un papel muy activo en el mundo religioso y en las festividades, y en el caso concreto de Atenas eran imprescindibles para transmitir la ciudadanía, ya que desde el siglo IV a.C. era necesario que ambos padres fuesen ciudadanos para que su descendencia tuviera tal status. La mujer ateniense tenía incluso prohibido salir de casa sin el consentimiento de su marido; por el contrario, en Esparta, éstas tenían libertad de movimientos y se sabe que practicaban ejercicios gimnásticos y recibía cierta formación.

En el caso de que no se pudiesen cumplir los requisitos que cada Estado establecía se perdía la condición de ciudadano y se pasaba a ingresar en un grupo intermedio, el de los *no ciudadanos libres*. En Esparta, y en otros muchos estados como Tesalia o Creta, existía un grupo especial, el de los periecos, miembros de comunidades autóctonas sometidas muy tempranamente. Estos vivían en sus propias comunidades, las cuales gozaban de una cierta autonomía supeditada a los intereses del Estado. En el caso concreto de Esparta, el término lacedemonio hace referencia a la unión de los espartanos y los periecos, pero estos carecían de voz y voto en los asuntos políticos estatales. Frente a los periecos se encontraban los metecos, grupos de desplazados que pululaban por toda Grecia debido tanto a las actividades comerciales como a las constantes guerras. Los metecos, ya fuesen griegos o no, carecían de derechos políticos por ser considerados extranjeros, pese a que estuviesen residiendo en una ciudad determinada. En Atenas los metecos, que tenían la obligación de registrarse una vez que llevasen un mes residiendo en la ciudad, debían de hacer frente al pago de una serie de impuestos por su condición de extranjeros, pero podían participar de la vida ciudadana e incluso en el ejército, y estaban protegidos por el Estado. Los metecos se ocupaban fundamentalmente de las actividades comerciales, por lo que su importancia económica fue cada vez mayor.

La categoría jurídica de los no libres variaba de un Estado a otro dependiendo de su desarrollo, de modo que en los estados más desarrollados el número de esclavos era muy elevado, la excepción era Esparta, donde el número de esclavos propiamente dicho era muy reducido, ya que los espartanos contaban para realizar el trabajo con la mano de obra ilota, los cuales no eran esclavos sino población indígena sometida por medio de la conquista militar. Para los estados que no contaban con estas poblaciones sometidas, el esclavo-mercancía se convirtió en una pieza económica fundamental ya que durante la Época Clásica no hubo actividad económica o doméstica en la cual los esclavos no estuviesen presentes, lo que hizo que su número aumentase sin cesar. El esclavo carecía de cualquier tipo de derecho y era propiedad bien del Estado bien privada, siendo considerado, en uno y otro caso, como un bien mueble del que se podía disponer a antojo.

En prácticamente la totalidad de los estados griegos la posesión de la tierra no era solo una fuente de ingresos económicos, además era una fuente de prestigio social. El ideal ciudadano, y en esto Esparta era el paradigma, consistía en vivir de las rentas de sus propiedades sin tener que trabajar, habitualmente se despreciaba el trabajo frente a las actividades políticas o culturales, quizá la salvedad más importante sea Atenas, donde por una ley de Solón todos los ciudadanos estaban obligados a enseñar un oficio a sus descendientes. El trabajo agrícola estaba considerado como el más digno de cuantos existían y de hecho, a lo largo del período Clásico, Grecia vivió una época de desarrollo agrícola, basado en los monocultivos de cereales, vid y olivo, que permitió por primera vez que la producción agraria no se destinase únicamente al consumo inmediato y pudiera emplearse parte de ella en la exportación. En los estados griegos existía una dicotomía importante entre el campo y la ciudad, en el ámbito rural las familias solían ser autosuficientes en sus necesidades, mientras que la ciudad era el mercado de exportación por excelencia de la producción rural. En conjunto, la máxima aspiración del Estado era la autarquía, producir todo lo necesario sin tener que depender de aprovisionamientos exteriores, pero esto no era más que un sueño utópico que ninguna polis fue capaz de alcanzar. De hecho, los problemas de abastecimiento de algunas de las más importantes polis griegas, como el caso de Atenas, fue un continuo foco de conflictos que en numerosas ocasiones estuvo detrás de importantes guerras.

Los oficios artesanales en Grecia se encontraban ya desarrollados con anterioridad a la época Clásica, pero fue durante esta cuando se singularizaron y se diversificó el trabajo. Surgieron los talleres, aunque nunca fueron demasiado grandes, especializados en la manufacturación de un producto determinado, pese a lo cual continuó siendo habitual el trabajo de los artesanos de forma individual e incluso, la realización de oficios artesanales en el propio hogar, lo que contribuyó a que los talleres no adquiriesen mayores dimensiones. El funcionamiento normal de los talleres incluía la mano de obra esclava. No se produjeron avances tecnológicos debido a que salía más barato adquirir más esclavos que arriesgar el capital en invertir en desarrollo. De toda la producción artesanal, el elemento más destacado fueron las cerámicas, debido a que la arcilla era un elemento muy abundante en Grecia, las cuales eran omnipresentes en la vida cotidiana griega; las cerámicas de lujo se elaboran para la exportación y para una muy limitada clase social rica dentro de la propia Grecia. Algo semejante ocurría con la industria textil, casi todos los estados poseían en mayor o menor abundancia cabañas ganaderas y plantaciones textiles, en ambos casos la producción se realiza-

ba en pequeños talleres e incluso, a nivel particular, en los propios hogares. Los recursos mineros por el contrario eran muy escasos en Grecia y los pocos estados que disponían de los mismos los suministraban al resto de las polis, con lo que era una actividad altamente productiva, máxime si se tiene en cuenta que el trabajo pesado era realizado por mano de obra esclava. Las actividades extractivas se complementaban con las metalúrgicas, normalmente eran las propias familias las que realizan sus utensilios, aunque existían talleres de fundición; el cliente más importante de la industria metalúrgica era la industria bélica, en continuo crecimiento dado la multitud de guerras de la Época Clásica.

Sin lugar a dudas, de todas las actividades comerciales de los griegos, la que rindió mayores beneficios y en la cual los griegos se convirtieron en consumados especialistas, fue el comercio. El comercio al por menor se realizaba en los mercados urbanos de cada polis, hasta donde el pequeño productor, que normalmente gozaba de muy mala reputación debido a su baja ascendencia social, llevaba sus productos que vendía a sus vecinos, era un mercado local, de gran importancia, pero de limitadas dimensiones. Por otro lado se encontraban los grandes comerciantes dedicados a la exportación, usualmente marítima dadas las dificultades de los transportes por tierra, de sus productos. Atenas fue la ciudad más destacada en cuanto al comercio se refiere, hasta el punto de que a lo largo del siglo V a.C. se convirtió en el principal centro comercial del Mediterráneo. Pero a pesar de la importancia de las relaciones comerciales para el mundo griego, ninguna polis alcanzó un desarrollo financiero relevante. El dinero tuvo no pasó de un desarrollo incipiente, en parte debido a que la importancia social no dependía tanto del dinero como de otros valores, tales como la ciudadanía o la tenencia de tierras. Los estados griegos carecían de los más rudimentarios sistemas de previsión, no tenían de un presupuesto estatal, y vivían sus finanzas al día, lo que fue especialmente grave durante los períodos de guerras, ya que los estados tenían tendencia a arruinarse en cuanto recibían los primeros reveses importantes. Cuando los ingresos superaban a los gastos el superávit resultante era bien repartido entre los ciudadanos, bien empleado en donaciones religiosas o bien en gastos suntuarios. Lo más parecido a un fondo de reserva que desarrollaron los estados griegos fueron los tesoros de las diferentes ligas supraestatales, por lo que era común que en momentos de necesidad el Estado dominante se adueñase de dichos fondos con la promesa, frecuentemente incumplida, de devolverlos en tiempos de paz.

Grecia Helenística

El término *Hellenismus* ('Helenismo'), que se debe al alemán J.G. Droysen hace referencia a un período temporal que abarca los tres siglos que van desde las conquistas realizadas por Alejandro Magno hasta la batalla de Actium en la que la última descendiente de los diádocos, Cleopatra VII de Egipto, perdió su reino a manos de Roma.

Durante este período se produjo una ingente cantidad de literatura que no ha llegado hasta nuestros días y que sólo nos es conocida por las referencias de autores posteriores, siendo éste el principal problema para su estudio.

Un Imperio: Alejandro Magno

La figura de Alejandro Magno está semienterrada por su propia leyenda debido, precisamente, a la desgraciada pérdida de los textos contemporáneos que antes citamos. Todos los hechos del período se conocen por las versiones de autores griegos o latinos varios siglos posteriores a los acontecimientos que narran. De todos ellos, el autor que ha contado con más crédito es Arriano, autor de la *Anábasis*, sin embargo, Arriano, al igual que el resto de historiadores, tiene como principal defecto que se dejó cegar por la impresionante figura de Alejandro Magno y no prestó atención a lo que acontecía en su entorno.

Alejandro nació en Macedonia en el 356 a.C., hijo de Filipo II estaba destinado a sucederle a su muerte, como así ocurrió en el 336 a.C. no sin tener que hacer frente a una serie de problemas derivados de los intentos por parte de los opositores a su padre de situar en el trono a Amintas IV. Alejandro, haciendo gala de su impresionante genio militar y su brillante determinación, logró hacerse con el poder e iniciar el que sería el proyecto de su vida, conquistar el Imperio Persa. En su persona aunó los títulos de rey de Macedonia, general de la Liga Tesalia, *hegemón* de Grecia por la anfictionía de Delfos y *strategos autokrator* de la Liga de Corinto, con lo que el estaba en posesión de todo el poder de Grecia.

Se ignoran los verdaderos motivos que lanzaron a Alejandro a su lucha contra Persia, pero probablemente se tratase de asegurar el dominio macedonio sobre Grecia por medio de un ataque al único poder que podía desestabilizarlo. Persia se encontraba gobernada por el incapaz Darío III que subestimó la capacidad de los griegos hasta que fue demasiado tarde para su Imperio.

En la primavera del 334 a.C. Alejandro desembarcó en Asia Menor al frente de su ejército, allí se dirigió a Troya donde según la leyenda rindió honores en la tumba de Aquiles. En la Tróade tuvo lugar el primer enfrentamiento contra las tropas persas, la batalla de Gránico que acabó con la total victoria de Alejandro. Posteriormente se dirigió hacia el sur, conquistando ciudades a su paso, en las cuales sustituía el sistema oligárquico filopersa por gobiernos democráticos. En el invierno del año 334-333 a.C. Alejandro avanzó hacia el interior de Asia, estableciendo su cuartel de invierno en Gordión, tras el famoso episodio del nudo gordiano. En el otoño del 333 a.C. tuvo lugar el primer enfrentamiento directo entre Alejandro y Darío III, en la llanura de Isos, en la frontera entre Anatolia y Siria. El triunfo de Alejandro en Isos fue total ya que Darío III tuvo que huir hacia el interior tan precipitadamente que el campamento del Gran Rey, en el que se encontraban la madre, esposas e hijos de Darío, cayó en manos del macedonio. Las noticias de las continuas victorias de Alejandro animaron a los estados griegos, a excepción de Esparta, a prestar su ayuda al general macedonio, de forma que los persas perdieron el control del Egeo y las ciudades fenicias se entregaron al conquistador, con la única excepción de Tiro, que fue reducida tras ocho meses de asedio. Ante estos hechos Darío III, asustado, trató de firmar la paz con Alejandro, pero éste que ya contemplaba, o que siempre contempló, la conquista íntegra del Imperio Persa rechazó todas las tentativas. Tras Fenicia Alejandro se dirigió a Egipto, donde fue recibido como un libertador del yugo persa e investido por los sacerdotes de Menfis con la doble corona de los faraones. En Egipto Alejandro fundó Alejandría, en el delta del Nilo; y realizó una simbólica visita al oasis de Siwa, sede del oráculo de

Amón. En Siwa, Alejandro, fue reconocido como el hijo de Amón, creándose así un provechoso aura sobrehumana que sería la base de la monarquía teocrática desarrollada en los años posteriores. En la primavera del año 331 a.C. Alejandro abandonó Egipto para proseguir con la conquista de Persia, se dirigió a Mesopotamia. Darío, mientras tanto, había concentrado un gigantesco ejército que esperaba la llegada de Alejandro. Ambos volvieron a encontrarse en la llanura de Gaugamela, en las cercanías de Nínive. De nuevo, la victoria fue para Alejandro y de nuevo Darío III tuvo que huir hacia el interior de su imperio. Tras Gaugamela Alejandro conquistó Babilonia y Susa, que se entregaron sin lucha, y arrasó Persépolis, la ciudad santa del Imperio Persa, que había decidido prestar resistencia. La destrucción del complejo palacial de Persépolis fue presentada como la venganza griega por los sacrilegios de Jerjes durante las Guerras Médicas. Alejandro se convirtió entonces en Rey de Asia, legítimo heredero, por derecho de conquista, del Imperio aqueménida. En la nueva formación política, Grecia y Macedonia eran sólo una parte del imperio universal de Alejandro, pero faltaba capturar a Darío y conquistar la zona oriental del Imperio. Con este propósito en la primavera del año 330 a.C. el ejército de Alejandro reemprendió la marcha. Darío fue asesinado por el sátrapa de Bactriana Bessos, que asumió el poder bajo el nombre de Artajerjes IV. Alejandro se propuso entonces vengar la muerte de su enemigo, al que enterró con todos los honores. En aquellos momentos, la corte de Alejandro fue adoptando el ceremonial oriental y alejándose progresivamente del modelo macedonio.

En el 330 a.C. los viejos generales macedonios, compañeros de Filipo II, protestaron ante esta orientalización de las costumbres y Alejandro respondió renovando la cúpula militar de su ejército, asesinando a su lugarteniente Parmenión e incluyendo en él a contingentes orientales. Entre el 330 y el 327 a.C. Alejandro se empleó en la conquista de la zona oriental del Imperio, al tiempo que crecían las ideas despóticas y orientalistas del conquistador, ejemplo de lo cual fue su matrimonio con la sogdiana Roxana. El intento por parte de Alejandro de incorporar al ceremonial de su corte el rito de la *proskynesis* ('genuflexión ante el soberano'), motivo la conocida como *Conjura de los Pajes*, que provocó el cruel asesinato de Calístenes y de Clito. En el 327 a.C. Alejandro se dispuso a conquistar India, ante la perplejidad de su exhausto ejército. En el Punjab Alejandro derrotó al rey Poros y su formidable ejército, lo que llevó a Alejandro hasta el río Hifasis (Beas-Sutlej), el confín del mundo conocido por los greco-macedonios. El ejército, tras ocho años de lucha continuada en los que recorrió 18.000 km por territorio hostil, no estaba dispuesto a traspasar la *frontera del Mundo*, por lo que se plantó y obligó a Alejandro a emprender el regreso, no antes de erigir allí doce altares a los dioses olímpicos, en señal de sus conquistas. En el 326 a.C. Alejandro inició su última campaña, en la que conquistó el Valle del Indo. A comienzos del año 324 a.C., tras una dura marcha de doce meses, Alejandro pudo alcanzar Susa y al año siguiente, tras aplacar diversos intentos de sublevación, Babilonia, la nueva capital del Imperio. En la primavera de ese mismo año Alejandro Magno falleció repentinamente por causas nunca aclaradas, dejando un inmenso imperio, una ingente labor administrativa y organizativa pendiente y el mayor de los problemas, una sucesión nada clara.

El Imperio tras Alejandro

La muerte de Alejandro abrió un período de cincuenta años (323-273 a.C.), marcado por las continuas luchas entre sus generales por hacerse con el poder. Dicho período ha sido conocido como la *Época de los Diadocos* ('sucesores').

Las guerras continuas entre los antiguos generales de Alejandro por hacerse con el control del Imperio dieron paso a los intentos de cada uno de ellos de asegurarse un territorio que convertir en reino y donde poder asegurarse un gobierno permanente. Mientras el Imperio, carente aún de un sistema organizativo y privado de una cabeza visible que dirigiese sus designios, se descomponía a la misma trepidante velocidad a la que fue conquistado. Finalmente, la batalla de Ipsos del 301 a.C. decidió la fracturación del imperio y su división en distintos reinos. Tres dinastías quedaron constituidas *Época de los Diadocos*, los Seléucidas, en Asia; los Lágidas o Tolomeos, en Egipto; y los Antigonidas, en Macedonia.

Las colonias griegas de Occidente en la época de los diadocos

Mientras los antiguos compañeros de Alejandro se disputaban los diversos territorios de su inmenso imperio, los griegos de Sicilia y Magna Grecia atravesaron un período de crecientes dificultades. Roma se había convertido en la máxima potencia de Italia central, mientras el resto de los pueblos de la península itálica empujaban a los griegos hacia el mar por el que habían llegado siglos antes. En Sicilia mientras tanto, la muerte de Timoleón había sumido a las polis griegas en una serie de guerras fratricidas que fueron aprovechadas por Cartago para conquistar nuevas posiciones en la isla. En este complicado contexto político surgieron dos grandes figuras, Agatocles de Siracusa y Pirro, rey de Epiro.

Agatocles de Siracusa se hizo con el poder en el año 316 a.C. e instauró un nuevo período tiránico que logró reunificar las polis griegas bajo Siracusa y detener de forma temporal el avance de Cartago. En el 311 a.C. siracusanos y cartagineses iniciaron una nueva guerra, que en territorio siciliano se volvió a favor de Cartago desde un primer momento, por ello, Agatocles decidió llevar la guerra a África y con un ejército de 14.000 soldados trató en varias ocasiones de tomar Cartago, pero fracasó en todas ellas y tuvo que regresar a Sicilia (307 a.C.), dejando tras de sí su ejército al mando de su hijo, Arcagato. Agatocles logró firmar la paz en el 306 a.C. y a imitación de los diadocos se proclamó rey. Los últimos años de su vida transcurrieron en continuas campañas en el sur de Italia para tratar de detener el avance de los pueblos itálicos. Finalmente, en el 289 a.C., Agatocles, ante las ambiciones de su propia familia, reinstauró la democracia, poniendo así fin a la efímera monarquía siciliana. Sicilia quedaba sumida de nuevo en serios problemas políticos a la muerte, poco después, de Agatocles, justo en vísperas del primer gran enfrentamiento entre Roma y Cartago, la Primera Guerra Púnica (264-241 a.C.), que tuvo a Sicilia como escenario y que supuso, tras su derrota, el fin de la presencia cartaginesa en Sicilia y el control de la isla por parte de Roma. En el 227 a.C. Sicilia se convirtió en provincia romana y en el 212 a.C. Siracusa fue incorporada a la provincia, con lo que se puso fin a la independencia griega.

En Italia, tras la Tercera Guerra Samnita (298-290 a.C.), Roma recuperó la iniciativa en la expansión hacia el sur, por lo que fue vista por las

polis griegas como un posible aliado frente a los pueblos itálicos que las acosaban. No obstante, la creciente influencia de Roma sobre las polis griegas despertó los recelos de Tarento y en el 281 a.C. estalló la guerra entre ambos. Tarento pidió ayuda a Pirro, rey de Epiro, el cual desembarcó al frente de un poderoso ejército en el año 280 a.C. Las Guerras Pírricas se caracterizaron por las continuas victorias de Pirro, pero por los nulos resultados que de las mismas lograron los griegos, incapaces de invertir la situación de influencia de Roma. Hastiado, Pirro pasó a Sicilia en el 278 a.C., mientras Roma y Cartago firmaban un tratado de ayuda mutua. Tras el absoluto fracaso de Pirro en Sicilia, éste regresó a Italia en el año 275 a.C. y posteriormente, ante las dificultades para obtener una victoria frente a Roma, regresó a Epiro. Sin Pirro, Tarento capituló en el 272 a.C., con lo que la Magna Grecia pasó a situarse bajo la sumisión hegemónica de Roma.

El fin del Mundo Griego: Roma y la descomposición de los reinos helenísticos

Fue en Iliria donde el mundo griego se encontró por primera vez con la potencia expansiva de Roma, en el episodio conocido como las Guerras de Iliria (229-219 a.C.). Las continuas actividades piráticas de los ilirios acabaron motivando la intervención de Roma, como potencia defensora de los pueblos itálicos, que en el 230 a.C. envió una embajada diplomática, que al no ser recibida provocó el estallido, al año siguiente, de la Primera Guerra Iliria (229-228 a.C.); pese a la victoria romana, la piratería continuó siendo un problema, por lo que entre el 221 y 219 a.C. tuvo lugar la Segunda Guerra Iliria. La actuación de Roma se saldó con el establecimiento de un protectorado sobre Iliria. Posteriormente, Roma tomó parte en la Primera Guerra Macedónica (215-205 a.C.) en contra de Macedonia y por petición de los aliados griegos de la Liga Etolia.

Tras la intervención en Iliria, Roma se convirtió en un recurso militar al que los siempre beligerantes estados griegos recurrieron para dirimir sus disputas, ya fuese por medio de su mediación política, ya fuese empleando sus ejércitos como anteriormente se había hecho con los mercenarios. Pero en esta ocasión el mundo griego cometió un fatídico error, ya que Roma no era una fuerza mercenaria interesada únicamente en el dinero, Roma era un creciente poder, con increíbles deseos expansionistas y hambre de nuevas conquistas, por lo que su participación en los distintos conflictos fue convirtiéndose no en una solicitud de ayuda sino en una imposición por parte de Roma, hasta que lentamente se fue haciendo con el control de todo el mundo griego.

Una vez que Roma puso fin, tras la victoria de Zama (202 a.C.), a la Segunda Guerra Púnica, se convirtió en la dueña absoluta del Mediterráneo occidental, con lo que tuvo las manos libres para intervenir en los asuntos griegos. El mundo helenístico se encontraba, entonces, en una complicada situación política ante la inminente ruptura del equilibrio entre los Lágidas y los Seléucidas motivado por el creciente poder del reino sirio frente al egipcio. Como consecuencia de la Cuarta Guerra Siria (221-217 a.C.), en la cual, ante todo pronóstico, Egipto logró derrotar a Siria, provocando con ello un torbellino de rebeliones en el seno del reino seléucida, ambos reinos quedaron profundamente debilitados, aunque Siria logró recuperarse más rápidamente. Con el reino seléucida recuperado tuvo lugar la Quinta Guerra Siria (202-200 a.C.), que se extendió por el resto de Grecia. Filipo V de Ma-

cedonia atacó el norte del Egeo, Tracia y los Estrechos; en el 201 a.C. llevó la guerra a Asia Menor, y allí Rodas y Pérgamo solicitaron la ayuda de Roma. Roma envió una embajada diplomática a la que Filipo V ignoró, por lo que Roma envió un ejército a Iliria con lo que dio comienzo la Segunda Guerra Macedónica (200-197 a.C.). La intervención de Roma parecía una absoluta temeridad, ya que aún estaban muy frescas las heridas de la Segunda Guerra Púnica, y al menos en teoría, Roma aún no era lo suficientemente poderosa para hacer frente a los griegos, pero por unos u otros motivos, lo cierto es que Roma inició aquí su intervención en Oriente declarando la guerra a Macedonia. En el 198 a.C., ante el estancamiento de las operaciones, Roma puso al cónsul Tito Quincio Flaminio al frente del ejército, y éste le dio la victoria a Roma gracias a sus buenas dotes militares y diplomáticas. En el 197 a.C. la paz de Tempe suponía el triunfo de Roma, el fin de Macedonia como potencia y la conversión de estos en aliados de Roma. En el 196 a.C., en los Juegos Ístmicos, Tito Quincio Flaminio pronunció un brillante discurso en el que nombraba a Roma protectora y garante de la libertad de Grecia. Mientras tanto, en el 197 a.C., Antíoco III de Siria aprovechó la derrota de Macedonia para ocupar numerosas plazas en Asia Menor, pero cometió el error de atacar plazas que pertenecían a Rodas y Pérgamo, aliados de Roma. Se creó entonces una tensa situación diplomática entre Roma y el reino Seléucida, que se acentuó dos años más tarde, cuando Antíoco dio asilo al cartaginés Aníbal Barca. En el 192 a.C. estalló la guerra en Grecia entre Roma y Antíoco III, que se saldó con la derrota del sirio. La guerra fue llevada a Asia Menor por Lucio Cornelio Escipión que en el 189 a.C. arrasó por completo a las tropas sirias en Magnesia. Un año más tarde se firmó la paz de Apamea que significó el fin de Siria como potencia mediterránea y la pérdida de Asia Menor, que pasó, por decisión de Roma, a dividirse entre Pérgamo y Rodas. Las derrotas de Siria y Macedonia, y el caos interno de Egipto, convirtieron a Roma en la potencia hegemónica del Mediterráneo Oriental y en la dueña de Grecia.

Desde la firma de la paz de Apamea (188 a.C.) Roma fue intensificando su influencia en Grecia a base de aprovechar los conflictos internos para imponer su autoridad. La ciudad de Roma ocupó entonces el papel que en otras épocas había correspondido a Atenas como centro del mundo helenístico. La intervención de Roma en los asuntos internos de cualquier estado griego se hicieron frecuentes y beneficiaron de forma sistemática a las burguesías acomodadas en el poder, en perjuicio de los grupos más desfavorecidos. Esto provocó que entre los desfavorecidos surgiera un fuerte sentimiento contra Roma imbuido de nacionalismo, el cual marcó el último período del mundo griego.

En el 179 a.C. Filipo V falleció y fue sustituido por su hijo Perseo, el cual no gozaba del apoyo del Senado de Roma. Perseo reconstruyó el prestigio de Macedonia beneficiándose del sentimiento contra Roma. Eumenes de Pérgamo, veía con preocupación el renacer de Macedonia, de forma que en el 172 a.C. presentó ante Roma una larga serie de reclamaciones contra Perseo. Era el motivo que estaba esperando el Senado para autorizar una actuación sobre Macedonia. Tras tres años en los que los romanos fueron incapaces de batir a Perseo, Roma envió a Macedonia a Lucio Emilio Paulo, el cual aplastó a la falange macedónica en la batalla de Pidna del 168 a.C. Macedonia y sus aliados fueron arrasados y 150.000 hombres convertidos en esclavos. En toda Grecia se persiguió a aquellos que habían mostrado su descontento con Roma, ahora dominadora absoluta de Grecia; la Liga Etolia

fue disuelta; Rodas fue castigada, por su intento mediador en el conflicto, con la pérdida de Delos, lo que provocó su ruina comercial; ni siquiera Pérgamo, su fiel aliado, se salvó de la política romana, los gálatas fueron declarados por Roma independientes en el 166 a.C., lo que supuso un duro golpe territorial para Pérgamo. En el año 133 a.C., tras la muerte de Atalo III y por el testamento de éste, el reino de Pérgamo fue legado a Roma, que lo transformó, en el 130 a.C., en la provincia de Asia. Siria, por su parte, vivía hipotecada a consecuencia de la elevada suma que desde la derrota de Apamea debía pagar como indemnización a Roma.

La Sexta Guerra Siria (170-168 a.C.), en la que Egipto se convirtió en un protectorado de Antíoco IV de Siria, fue el motivo de una nueva intervención romana que obligó a Siria a devolverle la independencia a Egipto. Siria languidecía bajo el peso de la deuda, la imposibilidad de hacer frente a Roma y los continuos conflictos dinásticos, hasta que el reino sirio se deshizo en multitud de estados independientes que volverían a ser unificados por el poder de los partos; Egipto, por su parte, se había convertido en protectorado romano, que se transformó en provincia, tras los famosos episodios protagonizados por Julio César, Marco Antonio, Cleopatra VII y finalmente Octaviano; en el año 31 a.C., cuando Marco Antonio y Cleopatra fueron derrotados por Octaviano en Accio.

En el 149 a.C. Andrisco se hizo proclamar rey de Macedonia, empezando así una sublevación contra el poder de Roma. Quinto Cecilio Metelo fue el encargado de acabar con Andrisco, en Pidna en el año 148 a.C. Macedonia, junto con Epiro y parte de Iliria, fue declarada provincia romana y se construyó la vía Egnatia para unir el Adriático con el Bósforo y el Mar Negro. Al año siguiente, la Liga Aquea cayó bajo el poder de Roma, con lo que Grecia quedaba, aún sin llegar a convertirse en provincia, bajo la autoridad de Roma.

El último gran episodio helenístico se produjo en Asia Menor de la mano de Mitrídates VI, rey del Ponto, que trató de unificar la península y hacer frente a Roma en las conocidas como Guerras Mitridáticas, a las que puso fin Pompeyo que convirtió a la región en provincia en el 64 a.C. Oriente quedó así dividido entre las provincias de Asia, Bitinia y Cilicia.

Estructura política

La innovación política más importante del Helenismo consistió en la creación de monarquías de carácter absolutista, que se sustentaban en la fuerza de sus ejércitos, en los estados surgidos tras la descomposición del Imperio de Alejandro Magno. El rey era el único dueño de la tierra y acumulaba todo el poder sobre los habitantes del reino. Las diferencias entre los ciudadanos las marcaba la decisión regia, sólo el soberano podía decidir el ascenso o la caída en desgracia de sus súbditos. El rasgo común para todos estos reinos fue la gran extensión y el número de sus habitantes, lo que chocaba con el sistema tradicional de las polis griegas, de reducido tamaño y con escasa población. Así, el reino seléucida, en sus mejores momentos, se extendía por 3.000.000 km² y contó con una población aproximada de treinta millones de habitantes; Egipto alcanzó los 100.000 km² y contó con siete u ocho millones de habitantes.

En el camino de la transformación política del concepto de la monarquía griega, fue vital la estancia de Alejandro en Egipto y su importantísimo

viaje al oasis de Siwa; así como su permanencia en el imperio aqueménida y su titulación como sucesor de Darío. De esta forma confluyeron en Alejandro los ideales teocráticos aqueménidas, con la deificación de los faraones egipcios y la idea griega de la mística de la victoria, es decir, las proezas militares como símbolo de la descendencia divina. Los diadocos continuaron y consolidaron estos ideales en sus respectivos estados, haciendo uso de la filosofía cínica y estoica (son las capacidades superiores de un individuo lo que justifica su papel preeminente sobre el resto y por tanto su poder como rey) para legitimar su posición y el carácter hereditario de su poder. El culto al soberano se convirtió, para los Lágidas y Seléucidas, en la mejor arma para vincular a los súbditos con la monarquía y dar, al tiempo, mayor autoridad a sus decisiones. El culto al rey se convirtió así en el fundamento de la monarquía y en la máxima expresión del poder absoluto. El carácter hereditario de la monarquía se justificó por el derecho de conquista, es decir, el reino pertenecía al soberano que lo había conquistado y como tal posesión individual, éste podía cederlo a quien considerase oportuno.

En torno al rey se creó una corte ('aule') constituida por los hombres de confianza del soberano, en un principio sus compañeros de armas. Alrededor de la corte surgió todo un ceremonial destinado a ensalzar la figura del rey sobre el resto, al mismo tiempo, el rey concedió una serie de títulos honoríficos entre la corte, que contribuyó a crear una nobleza personal (ya que los títulos no eran hereditarios). La corte residía en la capital, frecuentemente una ciudad de nueva construcción en la que los monarcas invirtieron grandes sumas de dinero en embellecerla al estilo griego, dando con ello lugar a uno de los aspectos de lo que se ha dado en llamar la Helenización de Oriente.

Dentro de la organización del Estado se conservó un elemento del período macedónico, las Asambleas del Ejército, cuya función no está clara, pero que a medida que las monarquías fueron haciéndose hereditarias fueron perdiendo importancia.

La ley emanaba directamente del rey, sin que ningún tribunal o corte pudiese oponerse a los deseos regios. Pero la imposibilidad de controlar todos los aspectos de la Administración hizo que los reyes descargaran parte de sus responsabilidades sobre personas de su confianza que ocuparon así puestos de ministros y consejeros. No obstante, los monarcas se reservaron para sí el sumo sacerdocio y la dirección del ejército. El ejército no evolucionó desde los tiempos de Filipo II y Alejandro Magno, lo que explica la imposibilidad de hacer frente a las legiones de Roma; la unidad fundamental del mismo era la falange macedónica, apoyada por escuadrones de caballería, infantería ligera y mercenarios.

Sociedad

El mundo helenístico se caracterizó por la mezcla entre diferentes pueblos y culturas, siendo precisamente el fruto de esta lo que se entiende por Helenismo. La cultura fue primordialmente griega, aunque con fuerte influencias orientales. En cuanto a la población, pese a que en los primeros momentos se trató de evitar la fusión para preservar la identidad de la minoría greco-macedonia dominante, por un lado, y por otro, para preservar los rasgos culturales de los derrotados; con el tiempo fue inevitable que ambas sociedades se fusionasen. Siguiendo la costumbre griega, los estados helenísticos se llenaron de nuevas ciudades, construidas básicamente al

estilo griego; la excepción fue Egipto, donde no hubo una gran actividad urbanística. Las nuevas ciudades se ordenaron al estilo de las polis, salvo que por encima de su autonomía local se situaba el poder central del soberano.

La sociedad helenística se caracterizó por el colonialismo, donde el criterio étnico determinaba, en gran medida, la posición social. En un principio, el poder estuvo reservado a los conquistadores greco-macedonios, pero con el tiempo, y la evolución de la fusión étnica anteriormente comentada, se impuso el criterio de riqueza sobre el étnico para acceder al poder. En todo caso, los indígenas que asumieron altos puestos administrativos se vieron obligados a dominar el griego, ya que esta era la lengua oficial administrativa de todos los estados helenísticos. Debido al gran tamaño de los estados, a los contingentes de población sobre los que los monarcas ejercían su autoridad y al relativo choque cultural entre conquistadores y conquistados, los funcionarios de la administración central tuvieron un destacado papel social, ya que sin ellos hubiese sido imposible el gobierno de semejantes estados. El sistema administrativo fue tan eficaz que posteriormente los romanos lo usaron como modelo para desarrollar su propia administración.

Quizá la clase social más típica del Helenismo sean los artesanos, comerciantes y financieros enriquecidos, los cuales poseían no sólo una considerable riqueza, sino además un nivel cultural muy elevado. Fue entre esta clase social donde nació la cultura helenística que posteriormente se exportó a Roma y a través de ella se convirtió en una de las bases culturales del mundo moderno occidental. Pero sin duda, el principal factor helenizador fueron los soldados, con el paso del tiempo cada vez más mercenarios formaron parte de los ejércitos de las potencias helenísticas, y a medida que estos entraban en contacto con los viejos soldados greco-macedónicos fueron adquiriendo la cultura helenística, que por medio de ellos pasó al pueblo, con el que estaban en contacto desde que los estados, arruinados, no pudieron pagarles unos sueldos superiores a los de los grupos sociales más desfavorecidos; no obstante, el soldado marcaba la frontera entre los grupos privilegiados y los no privilegiados. En el mundo helenístico se extendió la mano de obra esclava, aunque la mayoría de los trabajadores eran ciudadanos libres. Los campesinos se encontraba ahogados entre las excesivas exigencias de los poderes locales y centrales, por lo que arrastraban unas míseras condiciones de vida.

Economía

La agricultura continuó siendo el factor básico y motor de la producción, sin embargo apenas presentó evoluciones desde la Época Clásica. La mayor parte de la tierra correspondía, por derecho de conquista, al rey, el cual la ponía en cultivo por medio del arrendamiento. La propiedad privada fue creciendo lentamente, a medida que las crecientes necesidades económicas del Estado obligaban a los soberanos a enajenar parte de las tierras reales.

El comercio sufrió un auge espectacular debido a que las conquistas de Alejandro habían abierto nuevos e inmensos mercados a las producciones griegas. Al mismo tiempo, el perfeccionamiento en las técnicas de navegación, las mejoras en los puertos y en las rutas terrestres, las ventajas inherentes de la unificación territorial y sobre todo, el crecimiento desenfre-

nado de la demanda, hicieron del comercio la mayor fuente de riqueza del mundo helenístico. El comercio se vio favorecido por la generalización del uso de la moneda, la cual fue consecuencia de la gran cantidad de metales que las conquistas de Alejandro pusieron en circulación. La difusión de la economía monetaria estimuló las actividades bancarias, en un primer momento a nivel privado, pero posteriormente se desarrolló a nivel público y religioso. El comercio estuvo favorecido por el incesante crecimiento de las ciudades, la vida urbana aumentó el consumo de todo tipo de bienes.

La abundancia de mano de obra esclava puede explicar el motivo por el que la técnica se estancó. Si el trabajo lo hacían esclavos, sólo era necesario aumentar el número de ellos para aumentar la producción, además, salían más baratos y el sistema era menos arriesgado que invertir en el desarrollo. Sólo en los terrenos naval y militar se produjeron innovaciones.

El ejemplo más brillante que llegó a producir el Helenismo, como fenómeno socio-cultural, fue, sin duda, la ciudad de Alejandría, fundada por Alejandro Magno en el delta del Nilo. La ciudad se convirtió durante el período lágida en el principal centro comercial y primer puerto del Mediterráneo, al tiempo que alcanzó unos niveles de desarrollo cultural muy superiores a los del resto de las ciudades contemporáneas, incluyendo a la propia Atenas. Algunos investigadores estiman que Alejandría llegó a superar el medio millón de habitantes, lo que la convertiría en una de las ciudades más populosas de su tiempo. Alejandría fue la sede del centro científico más importante de la Antigüedad, el Museo; de la mayor biblioteca del mundo antiguo, y de una de las Siete Maravillas, el Faro.

Grecia Antigua: Literatura

El hombre moderno está más o menos habituado a distinguir una novela de una comedia o de un libro de poesía. En nuestra cultura esto no ha sido desde siempre así. Los distintos géneros literarios no coexistían. Han sido una creación de la literatura griega, y su aparición y florecimiento se produjo en un determinado orden y en una secuencia concreta. Primero fue la épica, luego vendría la lírica, más tarde el teatro, el diálogo filosófico, la historia y la novela. Cada uno de ellos fue convencionalmente respetando unas determinadas leyes, que aunque nunca escritas ni redactadas, se mantuvieron largo tiempo vivas en la colectividad cultural, y así, por ejemplo, el poeta que deseaba componer un poema épico o una tragedia debía atenerse a ciertas formalidades.

Diversas razones socioculturales y hasta antropológicas influyeron en su aparición: la oralidad/la escritura, el recurso al mito/la razón, el descubrimiento de la personalidad/el concepto de autoría, el ritual/la dramatización mimética, la preocupación "histórica"/la observación empírica, y hasta el binomio autor/destinatario social. De ahí que se pueda hablar de una especial singularidad cuando se afirma que la mayoría de los géneros literarios nacieron en Grecia, lo que permitirá además examinar las circunstancias socioculturales en que cada uno de ellos fue eclosionando. Se habla de que los conceptos de lo lírico, lo épico y de lo dramático son términos de la ciencia literaria para representar con ellos posibilidades fundamentales de la existencia humana en general; y hay una lírica, una épica y una dramática porque las esferas de lo emocional, de lo intuitivo y de lo lógico constituyen ya la esencia misma del hombre. Desde una óptica más lingüística, los tres grandes géneros se asociaron con las principales funciones del lenguaje. Al

género épico, en tanto que se centra sobre la tercera persona, le cuadra más que a ningún otro una función referencial. A la función emotiva le corresponde lo lírico, mientras que el drama se vincula a la segunda persona y a la función incitativa.

La épica

La literatura griega, lo que equivale a decir la literatura occidental, comienza con Homero, autor de la *Ilíada* y también de la mayor parte de la *Odisea*. Ambos poemas tienen que ver con la Guerra de Troya (ca. 1184), aunque en clave bien distinta. Según el relato mitológico-épico la guerra se desencadenó por el *Juicio de Paris*. A la celebración de la boda entre Tetis y Peleo no fue invitada la Discordia, quien, enojada, dejó caer una manzana con la leyenda "para la más hermosa". Tres diosas se consideraron merecedoras de dicho galardón, y ante la falta de acuerdo se decidió que fuera el bello pastor Paris quien hiciera de juez de tan fatídica contienda. En realidad las tres diosas, Hera, Atenea, y Afrodita simbolizan las tres fuerzas primarias de la naturaleza: el poder, la sabiduría y el éxito en el amor. Paris fue seducido por Afrodita, quien le otorgó como premio tener éxito en los asuntos del amor y así hizo que la bella Helena quedara prendado de él. Las otras diosas, enfadadas, iban a jurar odio a los troyanos y su apoyo a los griegos. Paris raptó a Helena, la esposa del rey de Esparta, Menelao, quien promovió la expedición de los griegos contra Troya.

La *Ilíada* comienza con la querrela entre Agamenón, hermano de Menelao, y el héroe Aquiles. La obra no necesita prólogo, pues los precedentes ya parecían sabidos. En realidad estos poemas épicos han emergido de una tradición doble: unos antecedentes de origen indoeuropeo que se vuelven a encontrar en otras sagas épicas (los conceptos de venganza, de gloria, la retirada del combate de un héroe, etc.) y unas influencias orientales (la secuencia de los tres principales dioses, Urano, Crono, Zeus); ambas tendencias confluyen en Homero.

La *Ilíada* concentra, en un solo año, el asedio de los griegos contra Troya, y es un poema esencialmente heroico. La acción está enfocada en la cólera de Aquiles, quien ve preterido su sentimiento del honor y renuncia a participar en la guerra con sus compatriotas griegos. No le doblegan las embajadas de sus amigos ni los ruegos de los ancianos. Su sentimiento del honor ha quedado herido por el rey Agamenón y no está dispuesto a volver al combate. Sólo al final, cuando su amigo Patroclo encuentra la muerte ante Troya se decidirá a tomar venganza de su fiel amigo. Sólo entonces acude a la lucha y da muerte a Héctor, príncipe defensor de Troya. En realidad Homero, que vivió en el s. VII, es el heredero de una larga tradición de recitadores que han ido transmitiéndose oralmente una serie de relatos o cantos de motivo épico. Incluso la lengua refleja diversos estratos dialectales como consecuencia de este largo proceso de transmisión oral. Se trata de un tipo de poesía en versos hexamétricos. Homero ha articulado en un todo unitario y en un largo y extenso poema diversos relatos de antaño. Aquí reside probablemente su mayor valor, en haber sabido organizar en su narración retazos de antiguas tradiciones. Por tratarse de poemas recitados de memoria, el aedo se auxilia mnemotécnicamente con una serie de fórmulas y versos repetidos que reproducen epítetos o incluso escenas típicas sin duda complejas. En estas fórmulas abundan las expresiones del tipo: "*Ulises rico en ardides*"; "*Aquiles de pies ligero*"; "*Agamenón, pastor de hombres*";

"las cóncavas naves"; "el mar que brama sonoro", etc. Por su parte, los dioses van y vienen entre griegos y troyanos. Parecen sus hermanos mayores aunque, cuando lo desean, saben marcar perfectamente el abismo que separa la naturaleza divina de las limitaciones humanas. A veces se burlan cruelmente de los hombres.

La *Odisea* transcurre diez años más tarde, y a diferencia de la *Ilíada*, que es una obra trágica, la *Odisea* es un relato de aventuras con final feliz. Se enmarca dentro de una serie de narraciones que contaban cómo se había producido el regreso de los héroes de Troya. La crítica no cree que el autor de la obra fuera sólo Homero. Hasta el libro IV el protagonista es Telémaco, el hijo de Odiseo/Ulises, que emprende viaje a Pilo (al palacio del viejo Néstor) y a Esparta (a la corte del rey Menelao) en busca de noticias de su padre, que lleva diez años errabundo desde que acabó la guerra de Troya. Hasta el libro V no aparece la figura de Ulises.

Literariamente es una obra de estructura más compleja y elaborada. El poeta muestra una gran habilidad cuando hace a Ulises relatar al pueblo de los feacios (libros IX al XII) sus propias pasadas peripecias: con el Cíclope Polifemo, las aventuras con la maga Circe, que metamorfoseó en cerdos a los compañeros del héroe, etc. Estos encuentros mágicos inciden directamente en la concepción del nuevo héroe. Ulises no es Aquiles. Es un tipo de héroe distinto: es sagaz, engañador, y ante todo quiere sobrevivir. Las cualidades que para ello necesita son también distintas de las de Aquiles; necesita ingenio, astucia, disfraz, fraude y aguante. Ulises sabe guardar silencio y llorar solo, sabe disfrazarse (desde el libro XVII al XXI) a fin de no ser identificado prematuramente por los pretendientes de su esposa, Penélope. Si Aquiles es un héroe monolítico, de una sola palabra, Ulises es un 'héroe' de múltiples matices.

En la *Odisea* encuentran cabida los sirvientes y criados. Cuando Ulises regresa a Ítaca acude a visitar a su porquerizo, Eumeo, y en su cabaña y con sus perros transcurren tres cantos. También los mendigos son tratados con simpatía, e incluso la pobre sirvienta que ha de acudir al molino a moler el trigo. Las mujeres juegan en la *Odisea* un papel que no podían desempeñar en la *Ilíada*; no es de extrañar que incluso alguien haya sugerido que su autor fue una mujer. También aparece el mundo del comercio, de los piratas, los mercaderes fenicios, etc. De todo ello se deriva un especial interés por el mundo circundante, por los viajes, por lo novedoso y novelesco. Un especial rasgo literario de la *Odisea* es el empleo de la ironía. Abundan los personajes disfrazados o de incógnito que hablan con otros desconocidos. Atenea se aparece a Telémaco disfrazada como un viejo amigo de su padre. Esta ironía es un precedente de la que el teatro griego va a utilizar en la presentación de un personaje como Edipo.

En conclusión, ambos poemas son dos de las mejores obras literarias de la Antigüedad. Bajo la apariencia de relatos épicos meramente antiguos, hay en ellos una cierta sofisticación, ingenua pero al mismo tiempo refinada. Durante siglos actuaron como textos en los que se educó la cultura griega. Homero fue el gran educador de Grecia y de muchas otras generaciones posteriores.

Una nueva modalidad de poesía épica es la que representa Hesíodo, poeta nacido en la mísera Beocia, región vecina del Ática. Compone sus obras también en hexámetros como los de Homero, aunque su poesía se puede considerar más bien como una épica didáctica, que probablemente hundía sus raíces en una tradición continental. Al morir su padre, discute

con su hermano Perses a propósito de la herencia: en *Trabajos y Días* proclama la justicia y el trabajo como soportes de la sociedad y reconviene a su hermano acerca de la necesidad de trabajar. Este interés por la justicia es la mayor novedad de la épica de Hesíodo, quien inicia así una poesía de preocupación social que continuarán Solón, Esquilo, etc. En otra de sus obras, *Teogonía*, Hesíodo se declara frente a Homero depositario de la verdad que le han inspirado las musas.

En *Trabajos y días* trata una serie de temas conexos en torno al motivo fundamental de la justicia y del trabajo. Hesíodo recurre al mito para recordar los pasados tiempos en que los hombres no tenían que trabajar. Las razas humanas se han sucedido en un proceso de deterioro y degradación casi continuo. La primitiva raza de la Edad de Oro conoció una generación de hombres justos a los que la tierra les brindaba automáticamente sus cosechas; no tenían que trabajar y estaban exentos de penalidades. Posteriormente los dioses crearon una raza inferior, de Plata, de hombres injustos, que no respetaban a los dioses y que vivían una infancia de cien años; luego apareció la raza de hombres de Bronce, amantes de la violencia, pues "*bronceas eran sus armas, bronceas sus moradas, y bronceas hasta sus entrañas*". Hesíodo introduce ahora -innovando cierta tradición- la raza de los Héroes, guerreros justos que al morir acudían al campo de los bienaventurados; y al final llegaba la raza de la edad de Hierro, la peor de todas, la de los días del propio poeta, quienes habían de vivir agobiados por innúmeras penalidades. También narra Hesíodo el bello relato mítico de la creación de la primera mujer, Pandora, como castigo para los mortales. La obra termina con una serie de recomendaciones sobre el calendario agrícola y mariner; los mejores días para arar, sembrar, casarse, navegar, etc.

Su segunda obra, la *Teogonía*, es un largo catálogo sobre la generación de los dioses. Desde el Caos primigenio todo el poema se orienta a la afirmación de Zeus como introductor del nuevo orden moral del mundo. En esta sucesión genealógica la Tierra es el soporte material, el Caos el elemento donde ella yace y Eros es el principio creador y genésico. Luego se desdoblan en tres grandes subgrupos:

Noche (nacida del Caos)
Urano-Gea
Mar-Gea

En cuanto al origen de estos mitos hesiódicos hay que hacer notar la influencia de ciertos relatos babilonios, hurritas y hetitas.

Finalmente, dentro de la rica tradición de la antigua épica hay una serie de *Himnos*, que la tradición ha denominado convencional, aunque injustificadamente, *Himnos homéricos*, dedicados a algunos de los principales dioses del panteón olímpico griego: a Afrodita, a Apolo, a Démeter, a Dioniso, a Hermes.

La lírica

Formalmente tiene que ver no ya con la modalidad de recitación del aedo de la épica, sino con el canto, acompañado de un instrumento musical, ya solo ya en coro (lírica monódica, lírica coral). Ahora no interesan las largas tiradas de versos, basta con dos de ellos, un dístico, para decir lo que uno siente, ama u odia. La lírica es la concisión de la brevedad. Pero es el

trasfondo más que la forma lo verdaderamente importante: el poeta (*poietés, poíesis*) es un creador, es el descubridor de la personalidad, el inventor del "yo", alguien que empieza a saber expresar los vericuetos del propio sentimiento. Aparecen conceptos hasta entonces desconocidos: la alternancia de los momentos de la vida, unida a la idea de que nada es permanente; la experiencia de la subjetividad del gusto; la conciencia de lo efímero "*cuales las hojas de los árboles es la vida de los mortales*"; el desdoblamiento del yo, una suerte de esquizofrenia que permite que una parte de nuestro yo dirija la palabra a la otra parte de nuestro mismo yo; un nuevo código de valores más humanos, más modernos, como el amor y los motivos eróticos; la ingratitud en la amistad; la invectiva y el escarnio; la consolación o la incitación al motivo del *carpe diem*; pero también del destino oprobioso, de la vejez y de la muerte. Desde Homero se sabe de himnos en honor de doncellas (partenios), cantos nupciales (epitalamios e himeneos). Más tarde surgen los ditirambos, en honor del dios Dioniso, así como cantos para celebrar o adular a los hombres (encomios y epinicios).

Aunque se ha perdido la música antigua, la lírica fue poesía cantada con acompañamiento de la lira. Debe destacarse también la gran variedad métrica de los poemas líricos (a excepción de la elegía y del yambo, que en sentido estricto no deberían entenderse como poesía lírica desde el punto de vista métrico). Dentro de la tradición denominada eólica, poetas como Safo o Alceo organizan su poesía en estancias o estrofas: sáfica, formada por tres versos de once sílabas más un cuarto verso llamado verso adonio; la estrofa alcaica, de dos versos de once sílabas, un eneasílabo más un decasílabo. Por otra parte, las grandes odas se componían en una estructura estrófica de dos miembros (estrofa más antístrofa) o en forma de tres miembros, a la que se había añadido un epodo o estribillo de carácter ástrofo.

Los estudiosos que trabajaban en la Biblioteca de Alejandría fijaron a partir del s. II a.C. un canon o antología de los mejores nueve poetas líricos: Alcmán, Safo, Alceo, Estesícoro, Íbico, Anacreonte, Simónides, Píndaro y Baquílides -al que algunos añadieron a la poetisa Corina. Una clasificación de estos poetas, atendiendo a criterios como el tipo de verso que utilizaron u otras razones dialectales o formales, los cataloga de la siguiente manera: poesía yámbica y elegíaca (porque usan el ritmo yámbico o una estrofa de dos versos dactílicos), poesía lírica monódica (cuya ejecución corre a cargo de un solo cantante) y poesía lírica coral (compuesta para ser cantada en coro). Entre el grupo de yambógrafos y autores de poesía epigramática sobresalieron algunos autores como Arquíloco, Semónides, Mimnermo, Solón, Hiponacte o Teognis. Los motivos que les interesaban fueron fundamentalmente: la fugacidad de la juventud, la vejez triste, el amigo ingrato, el destino inevitable, etc.,

Arquíloco escribió los versos:

"Corazón, corazón, de irremediables penas agitado, álzate [...] Y ni al vencer, demasiado te ufanes, ni, vencido, te desplomes a sollozar en casa.

En las alegrías alégrate y en los pesares gime sin excesos. Advierte el vaivén del destino humano".

De Mimnermo son los siguientes:

"¿Qué vida, qué placer hay al margen de la áurea Afrodita? Morirme quisiera cuando ya no me importen el furtivo amorío y sus dulces presentes y el lecho, las seductoras flores que da la juventud a hombres y mujeres [...]"

¡Tan horrible implantó la divinidad la vejez!"

Singular fue Solón, el legislador. Un poeta socialmente comprometido que abolió la esclavitud por deudas, hizo un reparto de tierras y redactó una nueva constitución democrática. Y todo ello lo dejó dicho para la posteridad en versos. Por su parte, Jenófanes escribe sobre la excelencia intelectual y sobre los dioses:

"[...]Pues mejor que la fuerza de los caballos y los hombres es nuestro saber.

Pero todo eso se juzga con mucho desorden; injusto es preferir al saber verdadero la fuerza corpórea.

Pues, aunque en el pueblo se encuentre un buen luchador [...] por eso no va la ciudad a tener un buen gobierno.

No todo al comienzo enseñaron los dioses a los hombres, mas, con el tiempo, buscando ellos logran hallar lo mejor."

Dentro del apartado de la lírica monódica destaca Safo, "la décima Musa". La poetisa del amor femenino regentaba en la isla de Lesbos una especie de "residencia de estudiantes", con alguna de las cuales mantuvo relación de amores. Pero su fama se debe a ser la principal representante de la feminidad poética. En su *Himno a Afrodita* invoca a la diosa para que acuda como aliada en su lucha amorosa por una joven. Al dirigirse a la diosa a veces la llama 'dolóplokos', un adjetivo no documentado en griego antes de Safo, y que se suele traducir por 'artera, dolosa, engañosa, urdidora de engaños, tejedora de ardides, trenzadora de engaños'; otras veces dice de ella que es 'sonriente, amante de la sonrisa'. Su trato con la diosa parece ser de una delicada familiaridad, un lúdico jugueteo de alusiones, confesiones veladas y una confabulación muy femenina. En otros fragmentos Safo describe el estremecimiento, el sudor frío que se apodera de ella al recordar con nostalgia a su amada. Pero quizá su más bello poema referido al amor es el siguiente:

"Otra vez Eros, el que afloja los miembros, me atolondra, dulce y amargo, irrestistible bicho".

Al poeta Alceo cierta tradición lo asoció personalmente con la poetisa Safo, aunque no está clara dicha relación. Se conserva un poema que alude a ello: "*Pura Safo, de corona de violetas, de sonrisa de miel*".

En otros fragmentos reaparece el tema *in vino veritas* o lo efímero de la juventud. Bajo el nombre de Anacreonte se han transmitido además de sus obras un conjunto de poesías denominado *Anacreónticas*, algunas de las cuales fueron compuestas varios siglos después de la muerte del poeta. Junto al tema del *carpe diem*, está el de los placeres del vino, la queja ante la vejez, el miedo ante la muerte y el amargo camino de bajada al Hades.

Bajo la rúbrica de lírica coral destacan el poeta Alcmán de Esparta, autor de un bellissimo *Partenio* o canto de un coro de muchachas. Estesícoro, poeta del que los nuevos hallazgos papiráceos están permitiendo reconstruir algunas de sus obras, tuvo que retractarse en su famosa *Palinodia de Helena*. Es también uno de los primeros autores que habla de la península ibérica en la antigüedad. Con Íbico de Regio nuevamente reaparece el tema del paso del tiempo y la fuerza del amor, y con Simónides se recuerda que la virtud también conoce sus límites. Pero de este grupo de líricos corales sobresalen Baquílides y sobre todo Píndaro de Tebas (522-448). Autor de múltiples composiciones (epinicios) en honor de los vencedores de los Juegos, la tradición ha conservado cuatro colecciones: *Olímpicas*, *Píticas*, *Ístmicas* y *Nemeas* (sedes de los grandes lugares de culto y de juegos). La de

Píndaro es una poesía aristocrática y de encargo, escrita para ensalzar la victoria del ganador, su familia y su patria, todo ello mezclado con alusiones al mito y las sentencias gnómicas que ennoblecen aún más las hazañas del vencedor. La inspiración poética procede de las Musas, y la fama del vencedor es redoblada por el canto del poeta. Formalmente son composiciones ampulosas, en unidades triádicas de estrofa, antístrofa y epodo, a veces repetidos, compuestas en metros líricos complejos: eólicos, dáctilo-epítritos, etc. El vigor de sus metáforas, el brillo y la luminosidad de sus adjetivos dotan a la poesía de Píndaro de una rara elegancia, no exenta de dificultad, que alcanza las cimas de la lírica antigua.

Los presocráticos

Reunidos convencionalmente bajo esta denominación los pensadores que vivieron antes de Sócrates (469-399), lo que a todos ellos verdaderamente les une es su común interés por alumbrar un método racional para intentar explicar y comprender el mundo. Tales de Mileto, Anaximandro, Anaxímenes, Heráclito, Pitágoras, Anaxágoras, Parménides, Zenón y Demócrito son en orden cronológico sus principales representantes. En su mayor parte eran oriundos de la región de Jonia y fueron los auténticos 'maestros de verdad' en el ámbito de la especulación cosmológica, científica y filosófica. Ni las ciencias ni los saberes estaban aún fragmentados, de ahí que bajo todos ellos fluye el interés por dotar al incipiente quehacer científico del instrumento conceptual y lingüístico mínimo que les permitiera expresar sus nuevas ideas. Así se acuñan o adquieren nuevas significaciones términos como los de *sophía*, *gnóme*, *historía*, *máthema*, *epísteme* y otros tantos. Una tarea fundamental de los presocráticos fue, pues, establecer los nexos lingüísticos entre pensamiento y expresión. Se atribuyen a Tales algunos hechos espectaculares. Supo predecir un eclipse de sol e intentó dar una explicación racional (aunque incorrecta) y no mítica de las crecidas del Nilo. No menos importantes fueron sus elucubraciones matemáticas, como su propuesta de demostrar que el diámetro divide al círculo en dos mitades iguales; que los ángulos de un triángulo equilátero son iguales, etc. En el ámbito de sus preocupaciones cosmogónicas destacó su tesis de que todos los seres se generan en el agua o en un ambiente húmedo. Es probable que algunas de estas ideas sean herencia de otras culturas orientales, pero lo singular de Tales fue su esfuerzo por encontrar una explicación o demostración racional a las mismas.

También se interesaron por la cartografía y confección de mapas en los que reflejar mares y tierras, como fue el caso de Anaximandro, quien sostendría que el principio del que todo lo material surge es un elemento indeterminado, el *ápeiron*, del que por un juego de equilibrios y tensiones de contrarios se han generado lo frío y lo caliente, lo pesado y lo ligero, el aire y la tierra, etc. Ingenuidad y espíritu crítico son precisamente los dos polos sobre los que giran, en definitiva, las reflexiones de estos presocráticos. Hay que citar, finalmente, algunas frases emblemáticas, que tanta tinta han hecho fluir posteriormente, y en las que bajo una forma enigmática se atisban destellos de estas grandes inteligencias. A Hecateo se atribuye un fragmento que dice: "*El aprender muchas cosas sueltas no proporciona sabiduría*"; o "*la guerra es el padre y rey de todas las cosas*"; "*este mundo, el mismo para todos, ninguno de los dioses ni de los hombres lo ha hecho, sino que siempre existió, existe y existirá como fuego siemprevivo, que con-*

forme a medida se enciende y se apaga conforme a medida"; o aquella otra frase que le hizo granjearse el epíteto de 'Heráclito el oscuro': *"el señor cuyo oráculo está en Delfos no dice ni oculta nada, sólo indica por medio de signos"*.

Muy singular personaje fue Pitágoras, cuya vida y obra se vieron envueltas en leyendas y anécdotas innúmeras. De hecho parece que ni siquiera escribió nada, aunque los seguidores de su secta le atribuyeron infinitas teorías. Destacan sus creencias en la inmortalidad y la transmigración de las almas; el alma está prisionera en el cuerpo y su tendencia es liberarse de estas ataduras para unirse al alma de la divinidad, aunque antes debe purificarse mediante la observancia de los preceptos de Pitágoras. Algunos de ellos son cuando menos herméticos y oraculares: *"Hay que abstenerse de comer habas"*; *"no hay que orinar orientados hacia el sol"*; *"no hay que atizar el fuego con el hierro"*. Pero hay otro método más directo para lograr la purificación, que es aprender las enseñanzas (*mathémata*) secretas que sustentan la estructura del mundo. Finalmente, también destacó por sus preocupaciones musicales, vinculadas al estudio de los números y su simbolismo, hasta el extremo de concretar que el número diez es el número sagrado, por el que los pitagóricos juraban. El famoso teorema matemático 'de Pitágoras' se encontraba en cambio ya en textos babilónicos de casi mil años más antiguos.

Finalmente Parménides se ocupó durante algún tiempo en comprender las diferencias lingüísticas que hay entre el uso predicativo del verbo 'ser' y su uso existencial 'existir, haber'. No encontrando salida a su atolladero, se vio impelido a negar la multiplicidad y el cambio, y por consiguiente el movimiento. Sólo existe una única realidad que podamos captar racionalmente. El germen de esta discusión ha tenido un desarrollo largo y fructífero en el pensamiento occidental. El mismo Platón y Aristóteles, por atenernos sólo a los antiguos, se ocuparon en desarrollar estas ideas seminales.

El teatro

El drama es un género que se circunscribió históricamente casi por completo a la Atenas democrática del s. V. Puede decirse que su esplendor coincidió con los momentos en que la vida de la ciudad alcanzó su mayor desarrollo. En cualquier caso se puede afirmar que estamos un nuevo género. Se trata ahora de *drama-tizar*, de representar mediante recursos miméticos el planteamiento de una situación problemática que afecta a algún personaje noble de la antigua saga épica. La tragedia griega refleja a menudo el sufrimiento del protagonista, un sufrimiento violento, que se representa en la escena como un dolor personal, existencialmente intransferible, aunque sí sea dramáticamente trasladable a los espectadores. La comunicación que se establece durante la representación de una tragedia hará que el auditorio se sobrecoja ante lo que ve en escena. Por otra parte, la tragedia antigua está muy enraizada en el mito, y no sólo como recurso para sus temas o motivos, sino por la riqueza simbólica que los antiguos conjuntos míticos poseen. La comedia va a desarrollarse en otras claves, por supuesto, más atenta a la cotidianidad de la vida de la ciudad, a sus alegrías y miserias concretas. Aunque el teatro va a depender incluso en lo formal de los dos géneros anteriormente vistos (de los mitos y personajes del ciclo épico troyano o tebano para sus argumentos, y de la herencia de los coros de la

lirica para los polirrítmicos cantos de la tragedia) las nuevas creaciones dramáticas van a necesitar de unas técnicas de representación más complejas: unos actores, un coro, el escenario de un teatro, etc.

Se postulan diversas teorías respecto al origen del teatro. Algunos estudiosos han querido encontrar los precedentes del antiguo drama en las lamentaciones funerarias, trenódicas, que tenían lugar cuando moría un héroe, celebradas en torno a su tumba. En el transcurso de dichas celebraciones se representaban miméticamente algunas de las principales gestas de dicho héroe, o alguna de sus hazañas más famosas. En cambio, según otros, los orígenes del drama hay que buscarlos en un cierto tipo de cantos jocosos de campesinos, que se hicieron seguir también de un elemento mimético y de emulación. Hay incluso quienes acuden al testimonio del propio Aristóteles para propugnar la idea de que la tragedia derivaría de antiguos cantos en honor del dios Dioniso conocidos bajo el nombre de ditirambos. Lo cierto es que la crítica no es unánime a la hora de afirmar un origen común para la tragedia y para la comedia antiguas.

a) la tragedia. En cuanto al contenido ya hemos adelantado que tiene que ver normalmente con el planteamiento de una situación problemática vivida por alguno de los héroes del mito, unido a la nobleza del argumento y a una cierta solemnidad de la acción, que suelen estar vinculados bien al ciclo de lo sucedido en Troya (el final trágico que aguardará al rey de Micenas, Agamenón; el fatídico destino de la anciana reina Hécuba) o lo que acaeció en Tebas (la infausta figura del infeliz Edipo, el trágico final de Antígona, el funesto desenlace de los *Siete contra Tebas*, etc.). Otro núcleo temático suele ser el del castigo de la desmesura o la insolencia (*hybris*) del hombre que pretende igualar o superar a los dioses, y el valor ejemplarizante de dicha medida. Desde antiguo subyace, pues, en el teatro una función educadora y liberadora (catártica) sobre el espectador. Rara vez, en cambio, tiene el argumento que ver con la religión, si se exceptúa el singular caso de la obra de Eurípides *Las bacantes*.

Desde el punto de vista de la forma, una tragedia griega consta de una parte recitada, es decir, los diálogos que mantienen los actores en un tipo de verso que se llama trímetro yámbico (Ē-Ē- es un yambo) y de una parte cantada normalmente por el coro, de más alto nivel poético y en un lenguaje más elevado. Estas partes corales se conocen también con el nombre de pasajes líricos, y se estructuran basándose en una correspondencia de estrofa y antístrofa. A diferencia de lo que sucede en el recitado, en los coros el poeta utiliza una notable diversidad de ritmos, artísticamente dispuestos, aunque los aspectos métricos del refinamiento de los pasajes líricos resultan imposibles de percibir en una traducción.

Habitualmente una tragedia se abre con un prólogo, donde se anuncian los precedentes del argumento de la pieza que se va a leer o ver. A continuación suele aparecer la *párodo*, que es el momento en que entra el coro, bailando y cantando, hasta ocupar su provisional espacio en la *orquestra*. Los coros estaban formados por doce o quince miembros. Acto seguido vuelven a intervenir los actores (dialogando, utilizando la forma de recitado) para hacer avanzar progresivamente la acción del drama. Son los llamados *episodios*. Se ha de recordar que en época clásica el número máximo de actores que podían intervenir en la escena era de tres, y siempre varones y ciudadanos atenienses, denominados 'protagonista', 'deuteragonista' y 'tritagonista'. Naturalmente podían representar caracteres femeninos y algunos de ellos se veían obligados a desempeñar el papel de más de un perso-

naje. A su vez entre los diversos episodios se iban intercalando nuevas intervenciones del coro, cantando y bailando *in situ*, sobre sus propios pasos. Estas actuaciones corales reciben el nombre de *estásimos* y presentan nuevamente las secuencias de estrofa más antístrofa, a las que ocasionalmente se les suma un estribillo o epodo. Así se plantea, se desarrolla y se resuelve la acción dramática, hasta que ya finalmente el coro empieza a abandonar la *orquestra*, salida solemne que ejecuta también cantando y bailando. Es la parte denominada *éxodo*. Esta estructura aquí elementalmente expuesta puede complicarse con otras subunidades más específicas, *esticomitías*, *antilabaí*, *amebeos*, etc.

En cuanto a otros aspectos materiales y más concretos de los concursos trágicos hay que señalar que los certámenes tenían lugar durante la celebración de las fiestas religiosas llamadas *Grandes Dionisias Urbanas*, en el mes 'elafebolión', nuestro marzo, cuando el rigor del invierno había pasado y la calma volvía a los mares. La sesión de teatro era larga, una jornada completa, pues incluía la representación de tres tragedias seguidas de un drama satírico, pieza ésta de contenido mucho más liviano y alegre. El decorado era sin duda austero, la utilización de efectos especiales muy escasa, reducida a una elemental tramoya o grúa y artefactos (*mechane* y *ekkuklema*). De hecho no puede hablarse de teatros estables ni de construcciones de piedra hasta bien pasada la época clásica. Grandes autores como Esquilo, Sófocles, y aun el propio Eurípides debieron de ver representadas sus inmortales obras sobre tinglados y escenarios móviles. Sólo a partir de la época helenística se empezaron a construir los impresionantes teatros que se pueden hoy día contemplar (en la Acrópolis, en Epidauro, etc.). La asistencia a los festivales de teatro estaba reservada a los hombres, al menos hasta época helenística. El aforo oscilaba, y las fuentes antiguas hablan de un máximo de hasta 12.000 a 15.000 espectadores. En Atenas, el estado sufragaba mediante el llamado *teórico*, 'fondo de espectáculos' la entrada a los ciudadanos. Según la tradición fue Pericles quien fijó dicha cantidad en dos óbolos, aunque a raíz del empobrecimiento de las arcas ciudadanas tras la derrota de la Guerra del Peloponeso (año 403), hubo que suprimirlo temporalmente, para luego rebajarlo a un óbolo. En cambio los gastos de la representación, la preparación de los ensayos, etc., corría a cargo de los ciudadanos acaudalados que contribuían mediante un impuesto denominado 'liturgia', bajo la supervisión del arconte epónimo (que daba nombre al año). Los festivales se celebraban en forma de competición o concurso desde los antiguos tiempos del tirano Pisístrato. Se seleccionaban tres autores entre todos los candidatos, y el arconte les asignaba un coro, a expensas de los coregos o ciudadanos ricos. Cinco jueces, elegidos por sorteo, debían decidir sobre la obra que mereciera el primer premio, y su autor era galardonado con una corona de yedra y el reconocimiento de la ciudad.

Esquilo, creador de la tragedia (525-456 a.C.)

Dejando atrás venerables nombres como el de Tespis, Esquilo pasa por ser el auténtico fundador de la tragedia; fue él quien amplió el número de actores (es decir, del diálogo y de la acción dramática) en detrimento relativo del canto del coro. La tradición le atribuye hasta noventa obras, de las que se han conservado siete, entre ellas la trilogía *Oresteia* (*Agamenón*, *Coéforos*, *Euménides*). Según los testimonios antiguos obtuvo con sus obras en veintiocho ocasiones el premio de los festivales dramáticos. Algunos de

los conceptos esenciales de que está imbuido su teatro son el convencimiento de que la Justicia divina (de Zeus) preside el orden del mundo; que el orgullo y la demasía (*hybris*) del hombre le conducen a la obcecación y la ceguera (*ate*), y que ello arrastra su inexorable castigo, sobre sí o sobre sus herederos (culpa hereditaria). La solemnidad y grandeza de estas nociones y de los personajes que las impostan van acompañadas de la grandiosidad e impresionantes imágenes verbales de su lengua.

En los *Siete contra Tebas* se dice que la acción transcurre en Tebas, y que el coro está integrado por mujeres jóvenes de la ciudad. La ciudad - defendida por Eteocles- aparece sitiada por las tropas de su hermano Polinices y sus aliados venidos de Argos. Eteocles es el rey que rige los destinos de la "nave del Estado", metáfora muy arraigada posteriormente. Sus otras obras son: las *Suplicantes*, cuya acción transcurre en Argos. Si el rey da acogida a las jóvenes suplicantes ello implicará la guerra automática con las tropas de Egipto, pero rechazarlas supone atentar contra la hospitalidad de quien pide asilo. Prometeo encadenado, el titán benefactor de la humanidad, ha de purgar encadenado el castigo por el robo del fuego y su donación a los hombres. De argumento histórico es su obra más austera, los *Persas*, aunque no haya que descartar que la puesta en escena de esta pieza tuviera sus intenciones políticas, concretamente de los intereses de Pericles..

La soledad del héroe de Sófocles

Sófocles (c.496-406/5 a.C.) fue el más clásico de los dramaturgos atenienses. La tradición le hace autor de ciento treinta obras -de las que se conservan siete tragedias-. Obtuvo el premio en los certámenes veinticuatro veces y nunca quedó en último lugar. Incorporó el tercer actor -lo que le iba a permitir desarrollar y enriquecer la función que correspondía a la trama de los personajes-, incrementó de doce a quince los miembros del coro (*coreutas*), y abandonó finalmente la práctica esquílea de componer trilogías sobre un mismo núcleo temático. Fue desde luego un auténtico maestro en el empleo de la ironía trágica, por la que el hombre que parece haber alcanzado el culmen de su fama se precipita de inmediato en las más míseras desgracias físicas o morales. El poeta recomienda, por ello, que nadie debe considerarse feliz hasta haber conocido el último de nuestros días. La nobleza de sus protagonistas, de tallas más humanas que las descomunales figuras de Esquilo, atraen la simpatía del espectador, aunque a veces parezca desproporcionada la fatal atracción con que se ven compelidas a ejecutar el destino. También merece la pena destacar como singular en su teatro la soledad con que algunos de sus héroes han de enfrentarse al dolor, a un dolor frecuentemente más moral que físico, y que es para el protagonista inevitable. En su *Antígona*, la heroína encarna el ideal de la *sororidad*, es la hermana decidida a cumplir con el deber moral de la ley natural, que le lleva a desoír las órdenes del tirano (Creonte) y dar sepultura a su hermano Polinices-. *Edipo Rey* sobresale como la obra más granada de todo el teatro clásico antiguo. Plantea el éxito inicial del ser humano que lo logra todo gracias a su mérito personal, pero que no tiene escape ante el destino. Edipo no será culpable sino víctima de una fortuna infausta que le derribará en la más cruel desgracia. El argumento de su *Ayante* es el del juicio de las armas de Aquiles. Ayante fue derrotado ante la verbosidad de Ulises. Atenea se burla -homéricamente- de él. En *Las Traquinias* Deyanira aguarda en Traquis el

regreso de Heracles. Éste viene acompañado de Yole. Deyanira recuerda el filtro amoroso del centauro Neso, a quien Heracles había matado con una flecha emponzoñada con la sangre de la hidra de Lerna. El hombre/héroe no es víctima pasiva de su destino, sino que intenta huir de él y sin embargo lo que hace es acercarse. *Filoctetes* es tal vez una obra menos lograda, aunque no carezca de la grandiosidad de la soledad.

Eurípides, el filósofo de la escena (c. 485-406 a.C.)

Eurípides fue el trágico más influido por el movimiento racionalista de la sofística -es anécdota que Protágoras leyó en casa del poeta su famosa declaración de agnosticismo sobre los dioses-; divulgaron estos librepensadores la creencia en el carácter convencional de la ley (*nómos*), norma relativa, sujeta a revisión, de acuerdo con las costumbres y conveniencias sociales. Sin embargo, mientras los sofistas extraen de estos postulados un optimismo racionalista, Eurípides no comparte esa visión del mundo, pues en el hombre esta falta de criterios genera desasosiego y angustia. Se ha dicho de él que es el "filósofo de la escena". En torno al 408, algo hastiado de su Atenas natal y denostado por algunos de los autores de comedias, acudió a la corte de Arquelaos de Macedonia, donde representó algunas de sus últimas obras. Del total de noventa y dos que le atribuye la tradición, se han conservado diecinueve. A su teatro -excesivamente moderno para su tiempo- le interesan singularmente los conflictos psicológicos en que se debaten sus personajes. Con Eurípides aparecen en el teatro las pasiones humanas, los elementos irracionales de la persona, aunque el autor sabe encontrar en estas facetas de la psicología determinados elementos positivos que pueden conducir al protagonista de sus obras a los más nobles actos de abnegación, altruismo, generoso sacrificio, etc. Características de su teatro son también el antibelicismo (*Hécuba*, *Suplicantes*, *Troyanas*), los conflictos amorosos (*Hipólito*), el tema de la mujer (*Alceste*, *Medea*, *Ifigenia*), el teatro religioso (*Bacantes*), la intriga y la truculencia (*Helena*, *Ión*), etc.

En *Medea* la protagonista, repudiada por Jasón, maquina, duda, calcula -según la conveniencia que le dicta su razón o el impulso de sus sentimientos- asesinar o no a sus propios hijos. Bellísimo es *Hipólito*, a pesar de que el joven cazador se equivoque al no querer pagar su tributo a la diosa Afrodita. De motivo antibelicista es *Heraclidas*. *Hécuba* versa sobre el dolor de la reina madre de Troya, abatida por las desgracias de la guerra y que ha vivido la muerte de sus hijos. Hay también en la obra una especial sensibilidad del poeta por el tema de la libertad, de la esclavitud, de la violencia como secuela de la guerra. En *Andrómaca* nuevamente aparecen los horrores de la guerra de Troya. Las *Suplicantes* pertenecen al ciclo tebano. Las madres de los héroes argivos acuden al rey Teseo de Atenas para que interceda por ellas ante Argos y para que les devuelvan los cadáveres de sus hijos, muertos en Tebas. Entre Teseo y el heraldo tebano se suscita un vivo diálogo en el que hallamos un cálido elogio del sistema democrático ateniense. *Heracles loco* narra la locura del héroe al regresar victorioso de sus *Doce Trabajos*. *Troyanas* (fecha en el 415) reproduce también los horrores de la guerra. Algunos de sus versos parecían presagiar el propio final de Atenas el 403. *Electra* representa el castigo que Orestes y Electra hacen pagar a Clitemestra; esta versión eurípidea es más humana que la homónima de Sófocles. En *Helena* aparece la intriga, lo exótico y lo novelesco; el tra-

tamiento dado al mito es muy libre, pues Helena nunca estuvo en Troya, sino en Egipto, donde la encontrará Menelao a su regreso. *Ifigenia entre los Tauros* es una obra llena de peripecia; 'drama barroco' y 'tragedia romántica' se la ha denominado. Hecha venir al puerto de Aulide, la joven Ifigenia es salvada en el último momento e ingresa como sacerdotisa cuidadora del Paladio. También en *Ión* abundan la intriga y los cambios de escenarios. Se ha dicho que es una obra romántica o tragicómica. *Las Fenicias*, representada ca. 412, tienen el mismo argumento que los *Siete contra Tebas* de Esquilo. Es decir, la lucha fratricida. *Orestes* fue la última obra representada por Eurípides en Atenas, antes de irse al destierro macedonio. Pertenece a la saga troyana-micénica. *Ifigenia en Aulide* fue puesta en escena por el hijo homónimo del autor. Muestra la grandeza de la joven Ifigenia. De *Bacantes* ya se ha afirmado más arriba que posee una singularidad temática: el triunfo de Baco y el castigo del impío rey de Tebas, Penteo. Fue representada en Macedonia y refleja una vuelta de Eurípides a la experiencia religiosa. Finalmente, el *Cíclope* es un drama satírico. Narra las aventuras de Ulises burlándose de Polifemo. El coro del drama satírico está constituido por sátiros o silenos con rasgos zoomórficos. Aún queda el *Reso*, obra de autenticidad dudosa.

b) la comedia, la otra modalidad dramática. Al igual que la tragedia, también fue una manifestación artística vinculada a la vida de Atenas, de la polis, en especial con ocasión de las fiestas llamadas Leneas. Cada año se presentaban cinco comedias a concurso, excepto en ocasiones especiales. El autor de tragedias no solía escribir comedias, ni viceversa. En cuanto a sus orígenes, dice Aristóteles en su *Poética* que hay dos antecedentes: a) a partir de unos grupos de cantantes que entonaban obscenidades de connotaciones fálicas, cuyos cabecillas intercambiaban denuestos con los espectadores; de ahí la pretendida etimología de *kôme* "aldea" como base de "canto de aldeanos", y b) influencias del drama de origen siciliano. Por otra parte hay autores modernos que postulan un común origen tanto para tragedia como para la comedia, y que ambas modalidades sólo se especializarían en una fase ulterior.

Su estructura es similar, aunque con alguna innovación, a la de la tragedia: incorpora un *agón* o debate en el que dos adversarios defienden puntos de vista contrarios. El argumento perdedor es el que suele iniciar el debate. Otra novedad de la comedia es la *parábasis*; en ella los personajes abandonan el escenario y el corifeo o jefe de coro interpela al público sobre cuestiones de rabiosa actualidad; se introduce entonces un motivo ajeno al desarrollo de la obra que se está representando; la *parábasis* se cierra con un *pnigos* o sistema de dímetros recitados a gran velocidad. Las máscaras grotescas del coro son más importantes que en la tragedia, aunque no la función del coro.

El argumento suele ser por definición antiheroico, la consecución de un objetivo en el que se combinan por igual fantasía y realidad, ironía y socarronería. Se practica la crítica de las instituciones, de los tribunales de justicia, del sistema educativo, del belicismo; se traen a escena la lucha de sexos, las utopías sociales; se hace uso de una mayor libertad de expresión, sin restricciones ni tabúes. El poeta hace gala de una riqueza de lengua sorprendente; a veces recurre a las más poéticas metáforas, mientras que otras no tiene el menor empacho en descender al lenguaje más fuertemente escatológico de su malhablada musa. Es la famosa *parresía* que a tantos censores iba a escandalizar en siglos venideros.

Aristófanes, representante de la Comedia Antigua

Se han conservado once de sus obras, pero se conocen además una treintena de títulos y algunos fragmentos. De entre los rasgos más destacables de Aristófanes como comediógrafo (c.445-c.385) destacan el colorido de su fantasía y su irrefrenable imaginación, a cuyo servicio pone el humor, la ironía y la parodia cómica. Distorsionando la realidad, se burla de ella con un propósito casi siempre didáctico, pues en realidad el poeta busca que su auditorio lo pase bien y que también se instruya (*delectare et prodesse*). Su antibelicismo parece connatural al género literario que cultiva, y cuando llega a hastiarse de los defectos de la incorregible sociedad de su época (lo que en ocasiones le valió ser etiquetado de tibio simpatizante de la democracia) se evade al mundo de la utopía, buscando solaz en las artísticas creaciones de su fantasía. No pudiendo adherirse de lleno a las ideas que representa la forma en que la democracia/demagogia de la época se ejecuta, manifiesta su estima por algunos de los valores tradicionales bajo la forma de evasión cómica. Se ha dicho -con razón- que la comedia es una mezcla de realismo, fantasía y crítica política: tres buenos ingredientes para llevar a la escena la lucha de sexos (*Lisístrata, Asambleístas y Tesmoforias*), los conflictos entre la antigua y la nueva educación, (*Nubes*), la crítica al sistema político y judicial y a los filósofos (*Caballeros, Avispas*), el antimilitarismo de los pacifistas (*Acarnienses, Paz*), y hasta la crítica literaria (*Ranas*). *Aves*, por ejemplo, es una bella comedia de evasión, en la que dos atenienses fundan, ellos mismos transformados en aves, una ciudad en el éter, en la que los pájaros se reputan los más antiguos señores del universo, obligando a que el propio Zeus tenga que negociar y pactar con ellos. A su vez *Pluto/Dinero* trata el asunto del reparto de la fortuna.

La Comedia Nueva de Menandro

Emparentado con Teofrasto, el discípulo de Aristóteles, Menandro (342-292 a.C.) fue un autor muy prolífico. Su obra, en cambio, se ha perdido en buena medida. El hecho de no haber utilizado el dialecto ático puro es una de las principales razones que se aducen a la hora de explicar el porqué se dejaron de copiar sus obras ya en época antigua. Sólo las favorables condiciones climatológicas de los arenales de Egipto han devuelto algunos fragmentos papiráceos que contienen partes de el *Escudo*, el *Arbitraje*, la *Trasquilada*, la *Samia*, etc. Con todo, el hallazgo más notable lo supuso el llamado Papiro Bodmer que ha restituido una de sus obras virtualmente completa, el *Misántropo* -también conocida bajo el título de el *Díscolo*. Con ella obtuvo el primer premio en los certámenes del año 316. Trata de la parodia de un viejo gruñón y cascarrabias, Cnemón, que acabará no obstante con el final feliz en que se produce la integración social de este viejo misántropo. Característica de la Comedia Nueva es que la acción se desarrolla en cinco actos con una escasísima intervención del coro. De otro lado, la trama y argumentos de las obras giran en torno a la vida privada y las múltiples peripecias y enredos familiares de su época, y los personajes prototípicos son en gran medida convencionales: el soldado fanfarrón, el viejo arisco, el esclavo astuto, etc., tan gratos luego para la Comedia latina de Plauto y Terencio.

La historia

Los primeros escritores que utilizaron la prosa para recoger sus antiguas tradiciones locales, leyendas de la memoria de sus ancestros o informaciones generales sobre sus vecinos, sus costumbres y sus territorios, recibieron en Grecia el nombre de *logógrafos*, 'escritores de relatos'. Aún no era posible distinguir entre genealogías reales y relatos míticos, tradición y fabulación. En un principio la historia nace en el caldo de cultivo que se va preparando en la región de Jonia, en Asia Menor, como inquietud mental en la que en paralelo va a ir apareciendo la primitiva prosa científica y el pensamiento filosófico. En realidad es un momento de viva curiosidad por la 'investigación', que es el sentido primitivo del término historia. Los primeros logógrafos empiezan a mirar hacia el pasado con los mismos ojos de admiración que sus contemporáneos 'científicos' contemplan absortos los fenómenos naturales. Lo singular, en el siglo VI a.C., es que les mueve la pretensión de racionalizar el mundo en que viven o en el que ha vivido la comunidad.

Uno de los primeros nombres del que la tradición ha dejado constancia fue Hecateo, que vivió en la ciudad de Mileto, gran viajero por el Imperio persa y las siempre atractivas tierras de Egipto, autor de una ingenua *Periegesis*, guía o descripción de la tierra; es decir, un mapa comentado. Compuso también una *Genealogía*, en la que retrotraía sus informaciones hasta el feliz tiempo de los mitos. Por ser el auténtico pionero -y porque tendrá una trascendencia enorme- citaremos su comienzo: "*Escribo estas cosas según me parecen, porque los relatos de los griegos son muy diversos y -en mi opinión- muchos de ellos ridículos*". Pero propiamente hablando, el verdadero 'padre de la historia' fue Heródoto de Halicarnaso (490-425 a.C.), autor de nueve libros de *Historias* sobre el conflicto entre griegos y medo-persas en los ss. VI-V. En la antigüedad a cada uno de dichos libros se les dio como título el nombre de una Musa. Lo que movió al autor a componer su obra fue querer "*evitar que cayeran en el olvido las grandes gestas de griegos y bárbaros, y cómo llegaron al conflicto armado*". Como Heródoto vivió aproximadamente una generación después de la mayor parte de los hechos que narra, hubo de servirse como fuentes de información del testimonio de lo que otros le contaron: sacerdotes que tenían acceso a los archivos oficiales, políticos, etc. En todo caso, Heródoto no transmite sistemáticamente sus fuentes de información, lo que le ha hecho sospechoso de una cierta "frivolidad" ante sus críticos. Entre dicho cúmulo de material, pues, se le infiltran anécdotas, creencias religiosas, relatos etnográficos, noticias arqueológicas y rumores, sin acertar a discernirlos críticamente. Los dioses deambulan por su obra interviniendo en los asuntos humanos como últimos garantes de una providencia moral. Pero no se sería justo con él si no se dijera que tampoco está ausente la preocupación por distinguir las causas que provocan los procesos históricos, aunque una cierta ingenuidad hace que el escritor navegue a la deriva y casi zozobre en el océano de la excesiva credulidad. El conjunto del relato sigue el hilo de los acontecimientos históricos de la invasión de Grecia por los persas (Ciro, Cambises, Darío, Jerjes) y su posterior expulsión por los griegos tras las conocidas batallas de Maratón (490) y Salamina (480). Hay, no obstante, notables digresiones. Por ejemplo el libro II es realmente un *excursus* sobre Egipto, plagado de anécdotas, curiosidades y leyendas.

Las *Historias* de Heródoto fueron compuestas para ser oídas en sesiones de lectura, no para ser leídas individualmente; esto ha debido influir sin duda en ciertas concesiones que el autor está dispuesto a hacer al auditorio y que le valió por cierto la crítica de algún posterior colega. La historiografía moderna se ha interesado vivamente por el proceso que va de la oralidad a la escritura. Otros núcleos de interés que recientemente atraen la atención de los estudios sobre el autor son sus ideas sobre la ficción/verosimilitud en la historia; las relaciones entre historia y retórica, y en el fondo la auténtica cuestión de la verdad/falsedad del historiador.

Sin embargo, la historia que podemos llamar "moderna" nace de la mano de Tucídides (458-399 a.C.), autor de la *Historia de la Guerra del Peloponeso*. En este caso, el autor y los acontecimientos objetos de su narración son estrictamente contemporáneos. En Tucídides se cumplen plenamente como en pocos historiadores los conceptos de haber sido testigo ocular y partícipe de algunos de los hechos históricos. Intervino en el propio conflicto, hubo de sufrir destierro de Atenas por una cierta negligencia militar en el mismo, y tras veinte años de exilio (que le permitieron entrar en contacto con fuentes de información del otro bando, lo que dará ocasión para hablar de la imparcialidad) regresó a Atenas una vez concluida la guerra. El conflicto estalló entre Atenas y sus aliados y los espartanos y los suyos. Duró los veintisiete años que van del 431 al 404, con algunas breves treguas, y terminó con la derrota militar y política de Atenas. Un asunto interesante para la crítica literaria e histórica fue la llamada "cuestión tucididea" que se refiere a cuándo comenzó el autor a redactar su obra, si es íntegramente suya, cómo la estructuró, qué posibles reelaboraciones o retoques le pudo dar, y si la consideró definitivamente concluida tal como a ha llegado a nuestros días. Es un asunto sin duda complejo, pero por las incoherencias internas que se advierten en algunos pasajes, ciertos anacronismos, expansiones textuales, etc., es de sumo interés para conocer mejor la evolución espiritual y literaria de Tucídides.

Lo más importante en Tucídides, sin embargo, no es el relato de la Guerra del Peloponeso sino su papel como historiador. Lo que le interesó fue la creación de un método historiográfico, que se asentara sobre bases críticas rigurosas, como búsqueda de la verdad, que distinguiera a través del concepto de verosimilitud lo que son causas reales de puros pretextos. Aquí, en suma, va a residir la contribución de Tucídides: importa más su método que su narración. Pretendía que su historia fuera una "adquisición para siempre, más que una obra de concurso para un auditorio circunstancial". Por su concepción investigadora, por su rigor terminológico se halla muy próximo intelectualmente a los médicos, filósofos y científicos de la Atenas del siglo V. En este contexto no tienen cabida los fenómenos paranormales, ni validez, los oráculos, ni espacio, los mitos ni los dioses. Es una historia racionalista, explicable y comprensible en términos estrictamente humanos. Si acaso algo se escapa, será una parcela del "destino".

La otra dimensión de su obra son sus enseñanzas políticas. El relato de los acontecimientos discurre mansamente durante los ocho libros, pero a ratos se ve interrumpido por la presencia de ciertos "discursos". En ellos el autor dice reproducir las conversaciones entre embajadores, generales o políticos de uno y otro bando. Están escritos en una florida lengua poética, muy conceptual, sin concesiones al lector, y en ellos se recogen las ideas políticas de su autor. Sus postulados claves versan sobre la naturaleza del poder y el miedo al poderoso. En la Atenas de Pericles y de Tucídides, está

muy difundida, al menos entre la clase política, la idea de que el poder se asienta en tres elementos esenciales: el poderío naval de la ciudad, la talasocracia ateniense, la estabilidad política de las instituciones, y la acumulación de capital. El objetivo de los políticos de la ciudad deberá ser lograr que en Atenas confluyan simultáneamente y en la mayor proporción posible estos tres elementos, como garantía de sus intereses y de los afanes expansionistas en que se halla a la sazón embarcada. Estos presupuestos políticos se ven refrendados por otros de carácter psicológico. Para él la comprensión del hecho histórico tiene raíces más profundas, que se ubican en la propia esencia de la naturaleza humana y de la naturaleza del cuerpo social; para nuestro historiador (V 105.2) es una ley natural la que lleva al poderoso a mandar, y corresponde al historiador conocer las leyes psicológicas que explican, no sólo los acontecimientos concretos que se producen, sino el motivo por el que acontecen y si es posible prever que puedan volver a sucederse en forma análoga.

En cuestión de método, por tanto, se ha dado un paso enorme. Algunos de sus principales logros son: a) jerarquiza los hechos y elabora categorías universales a partir de datos singulares; la maestría de Tucídides consiste básicamente en saber extraer del análisis de la realidad particular y concreta unas ciertas categorías de carácter universal; b) moderniza la historia o crea la historia moderna, y acuña además una terminología técnica. Representa Tucídides en este sentido también un nuevo hito, pues el historiador adquiere la competencia necesaria para aproximarse al conocimiento de la verdad del pasado y colaborar en interpretar más lúcidamente el futuro. Hay al menos dos fases en este proceso. En primera instancia deberá registrar con rigor los hechos; pero Tucídides no se detiene en esta fase. Más adelante "piensa" la historia.

Al filo de los ss. IV y IV aparece la figura del también ateniense Jenofonte, quien también hubo de partir al amargo y fecundo país del exilio, primero con Ciro el Joven y más tarde con el rey espartano Agesilao. Dada su admiración y amistad con Sócrates, compuso algunas obras en su recuerdo, las *Memorables*, la *Apología* y el *Banquete*, de contenido más biográfico que filosófico. En realidad también sus obras históricas están tintadas de sus propias experiencias vitales y políticas. Así, la *Anábasis* y la *Ciropedia* fueron el fruto de sus años pasados al servicio del rey. El *Comandante de la caballería*, la *Caballería/Arte ecuestre* y el *Cinegético* con otros tantos aspectos de sus actividades militares y cinegéticas. Otro grupo corresponde más de cerca a aspectos de su vida política, *Las Helénicas* (que es la continuación de la historia de Grecia a partir del inconcluso final del texto de Tucídides), el *Agesilao*, la *Constitución de los lacedemonios*, el *Hierón* y los *Recursos*. La tradición ha transmitido también bajo su nombre una *Constitución de los atenienses*, aunque la crítica moderna está segura de que no es obra suya. El balance que hay que hacer de Jenofonte como historiador es el de un hombre benévolo, mejor escritor que historiador, aunque naturalmente en sus obras se encuentren aspectos de la intrahistoria de Grecia y Persia que fueron desatendidos por otros autores más rigurosos.

La filosofía

Siempre resulta metodológicamente un problema decidir si la Filosofía antigua debe encontrar acomodo en la Literatura o si debe emanciparse como entidad propia. Dicho problema se vuelve aún más arduo cuando las limitaciones de espacio disponible constriñen como en la presente ocasión. O tal vez, quizá facilite su solución. En todo caso, hay que hacer una breve introducción general y presentar a Platón más desde su perspectiva literaria que filosófica, y apenas se dedicarán unas pinceladas a Aristóteles. Ya se vio en el apartado dedicado a los presocráticos que la aparición del pensamiento filosófico surgió como búsqueda o intento de explicación racional, científica, del mundo. Sólo algo más tarde se suscitó la especulación ética, política, de teoría del conocimiento y la especulación metafísica. Desde el punto de vista de la literatura apenas cabe hablar de Sócrates, partidario de la modalidad de enseñanza viva, directa, oral, alguien que en toda su vida no dejó escrito nada, pues descreía del valor de la letra como algo muerto. Sus enseñanzas éticas, su método mayéutico y el ejemplo de su vida han llegado a través de las obras de su discípulo Platón, así como por medio de algunas páginas memorables del historiador Jenofonte. Se interesó como pocos por distinguir entre el conocimiento verdadero y la mera opinión que el hombre se pueda formar, por la definición de los principales conceptos éticos (¿qué es la virtud, el bien, la belleza?). Proverbiales fueron de un lado su modestia no exenta de socarronería, 'sólo sé que no sé nada', y su convencimiento de que puede ayudar a los demás a conocer la verdad, y sobre todo su coherencia moral.

Platón fue sobre todo un pensador, el primer filósofo que desarrolló el empleo del diálogo filosófico como expresión del antidogmatismo, de suerte que se puede afirmar que el platonismo puede ser cualquier cosa excepto un credo rígido. Hubo algunos episodios en su vida que le alejaron de cualquier apetencia de participar en la vida política de su ciudad, hasta el extremo de que se puede aseverar que le hicieron tomar la decisión de abandonar la carrera política a la que le habían impelido hasta entonces su tradición familiar y sus propias inclinaciones, y centrar sus esfuerzos intelectuales y vitales en fundar una "escuela" de filosofía. Él mismo lo dice en la Carta VII: *"Allá en mi lejana juventud, experimenté lo que sucede a tantos otros jóvenes: pensé, tan pronto fuera dueño de mis propios actos, dedicarme de lleno a la política. (324b-c) [...] Llegué a la conclusión de que la totalidad de los Estados actuales están mal gobernados, en tanto que su legislación se encuentra en un estado prácticamente de desahucio a menos que se apliquen con fortuna unos remedios espectaculares. Me vi por consiguiente obligado a hacer público elogio de la auténtica filosofía, en la idea de que a mi juicio sólo a partir de ella podemos reconocer dónde reside la justicia en los asuntos públicos y en la vida privada. Por tanto, la humanidad no pondrá coto a sus desdichas hasta que, o bien la casta de los honestos y auténticos filósofos acceda al poder, o bien que los que gobiernan en las ciudades -con la ayuda de cierta participación divina- reflexionen como auténticos filósofos. Tal era mi disposición de ánimos cuando emprendí mi primer viaje a Italia y Sicilia [...]"* (326a-b).

El acontecimiento más importante en su vida intelectual tal vez fuera la fundación de la Academia, dedicada -según los datos- al estudio de las ciencias y de la filosofía, y de la que se puede hoy afirmar que, aunque no se conozca mucho sobre la organización, la estructura ni los fines de esta

institución, está claro que uno de sus objetivos -y quizá nuestra mayor deuda hacia ella- fue reordenar la doctrina del pensamiento de Platón de una forma coherente y eliminar así las contradicciones internas que le echaban en cara las escuelas de retórica (especialmente la ya recién abierta escuela de Isócrates). Antes de la fundación de la Academia no existían en Atenas instituciones dedicadas a la enseñanza "superior", tan sólo quizá las clases ocasionales impartidas por algunos sofistas que se encargaban de adiestrar a sus alumnos en las habilidades de la retórica, de las discusiones erísticas y de los discursos, fueran éstos políticos, forenses, etc. A diferencia, pues de la escuela de Isócrates, la Academia platónica ofrecía un currículum más abierto y continuo (se cree que los diez primeros años se explicaban matemáticas y otras ciencias, y los cinco siguientes filosofía) y contaba con un "claustro" de profesorado más variado y completo. En ella impartió clases el matemático Teeteto, y también se enseñó medicina, astronomía, zoología, anatomía, filosofía, etc. Se trataba por tanto de una institución auténticamente "académica" y no sólo una escuela de abogados, políticos u oradores; tampoco se ajusta a la verdad que en ella enseñara sólo Platón ni, como se ha visto, sólo filosofía. Aún sigue siendo muy debatida la fecha de la fundación de este centro del saber, aunque hoy día se acepta la del año 386 como muy probable. La Academia, en fin, supuso un intento de profunda "renovación pedagógica", frente al sistema educativo isocrateo en boga en la Atenas de esta época.

El corpus platónico

Ahora una vez más, Platón es en extremo paradójico. Platón practicó un tipo de enseñanza directa, presencial. Sus doctrinas no fueron redactadas por escrito y por consiguiente no han sido transmitidas. La mayor paradoja es, pues, la propia existencia de lo que tradicionalmente se denomina corpus platónico. Estos diálogos de Platón, tal y como hoy se leen, son -salvo algunos opúsculos espurios- los textos de más escaso valor filosófico. Así, en la llamada escuela de Tubinga estuvieron convencidos de que los *Diálogos* conservados de Platón, representan tan sólo la adaptación literaria de la parte de su pensamiento de menor interés, la más fácilmente asequible al gran público, menos culto o no especialista, mientras que el eco del auténtico filósofo Platón, el que de viva voz transmitió a sus discípulos su más elaborado pensamiento, (las *ágrapha dógmata*) sólo se puede oír a través del reflejo que se encuentra en Aristóteles. A esto último se le ha venido denominando también 'doctrina oral' o 'doctrina no escrita' de Platón. Para todo lo relativo a esta doctrina no escrita estamos a expensas, por razones obvias, del testimonio posterior que de ellas se pueden rastrear en Aristóteles. En todo caso, lo cierto es que la versión escrita de los *Diálogos* es cuanto hay, Platón reservó la enseñanza especializada de la filosofía a sus discípulos de la Academia, transmitida, debatida, discutida de viva voz, oralmente. En cambio, ha recurrido a la escritura como sucedáneo de la oralidad, para difundir en forma de ensayos dialogados algunos aspectos asistemáticos de su doctrina. Es sabido, por otra parte, que Platón heredó de Sócrates su preferencia por el tipo de enseñanza/comunicación oral y directa entre maestro y discípulo, y que en no pocos lugares ha dejado constancia de su prevención contra la escritura. Destaca por su fragancia el pasaje del *Fedro* 275d-278e, en donde se presenta el texto escrito como si de un cuadro o una pintura se tratase, siendo siempre uno mismo en su in-

mutable belleza, e incapaz de contestar a las preguntas que le dirige quien se planta extasiado ante él. El texto escrito es para Platón algo rígido e inmóvil, empobrecedora foto fija frente al diálogo directo. Sin embargo, habiendo tenido Platón que recurrir a la forma escrita, ha optado por presentar sus opiniones y su doctrina filosófica en la forma escrita más icónica y menos gráfica posible: bajo el molde del "diálogo filosófico", porque todo diálogo es interrupción, matización sutil y sosegado refinamiento, y no escritura al dictado. El diálogo es un viaje de ida y vuelta, un saber hablar y saber escuchar. Lo que realmente sucede es que Platón se encuentra históricamente en un momento singular, de transición, en la frontera de una cultura oral (que hunde sus raíces en las sagas épicas y los ancestrales relatos míticos, esos ricos retazos de "experiencias no tenidas y de alusiones no comprobadas") y el despertar de la revolución de la escritura, que de manera irreversible iba a condicionar el desarrollo de la historia y de la filosofía. Un doble sentimiento parece embargar, pues, a Platón; vive de un lado con nostalgia el recuerdo de la vitalidad del discurso oral de su maestro, pero de otro lado recurre a la escritura y a escribir precisamente sobre filosofía.

Globalmente considerado, el corpus de los escritos de Platón representa algo más de un par de docenas de títulos, redactados casi todos en forma de diálogos. El propio Diógenes Laercio afirma que ya en la antigüedad circulaba una lista de al menos diez títulos de obras falsamente atribuidas a Platón. Además de los *Diálogos*, la tradición ha legado una colección de "*Cartas*", la mayoría de las cuales han de considerarse espurias, por razones conceptuales, incoherencias estilísticas, etc.). Más que los *Diálogos*, pues, han sido las *Cartas* las que se han atraído sobre sí las sospechas de ser falsas. Antes de proseguir, no obstante, convendrá presentar primero las obras de Platón en orden alfabético:

Apología: no tiene forma de diálogo, es más bien el relato que hace Platón del juicio y muerte de Sócrates el año 399. Platón trata en ella sobre la "ignorancia socrática", acerca de que "es mejor sufrir el mal que provocarlo", y sobre ciertas reservas que parecen aconsejar que el "filósofo no debe participar en la política".

Banquete (Simposio): bella reflexión sobre el amor/amores (discursos de Fedro, Pausanias, Erixímaco, Aristófanes...) hasta que Sócrates cuenta la versión que del amor le dio la sabia Diotima: Eros no es un dios ni un mortal, sino un *demon*. Eros representa el amor por la belleza.

Cármides: trata sobre la naturaleza de la virtud de la templanza, la *sophrosyne*. Se ensayan hasta seis definiciones provisionales de esta virtud, partiendo de la base de que quien posee cualquier virtud debe conocer en qué consiste.

Cartas "I a XIII": noticias autobiográficas (en especial interesa la famosa *Carta Séptima*) y relaciones con los amigos (la mayor parte de ellas no fueron escritas por Platón).

Cratilo: estudia el complejo nexo y la mayor o menor adecuación que existe entre lengua y realidad; ¿qué clase de realidad constituyen las palabras (*onómata*) enfocadas desde la doble oposición *nómos/physis*? Primeros escauceos filológicos (casi siempre irónicos) sobre las etimologías. ¿Es posible desvelar la verdad por medio de palabras?

Critias: diálogo inacabado; retoma el tema de la Atlántida del *Timeo*.

Critón: complementa muchos datos de la *Apología*. En nuestro interior alienta algo que es muy superior a nuestro cuerpo; es un discurso sobre el deber cívico.

Eutidemo: crítica humorística de las logomaquias de algunos sofistas; contiene el primer ejemplo de "discurso protréptico", de exhortación a la filosofía.

Eutifrón: sobre la virtud de la piedad. Intentos de alcanzar una definición de la piedad.

Fedón: la muerte supone la separación de la *psyché* del cuerpo; diversos argumentos acerca de la inmortalidad del alma; primera exposición de la teoría de las Formas o Ideas; ¿Es también el alma una Forma/Idea?

Fedro: hermosa discusión sobre las diversas clases de "locura divina", en torno a la naturaleza del alma, de acuerdo con el célebre argumento de que "el alma es inmortal, pues algo que está en continuo movimiento debe ser inmortal", "*quod semper movetur aeternum est*".

Filebo: discusión sobre el placer (*hedoné*) y el bien (*agathón*). Posibilidades y dificultades de identificar ambos conceptos. Análisis psicológico del placer, el dolor y el deseo. Una vida "completa" participa de "inteligencia, placer y realidad".

Gorgias: crítica inteligente y despiadada contra los sofistas y rétores, que pretenden enseñar los trucos del orador, verdadero "artesano de persuasión". Desde la antigüedad se han querido ver dos polos de interés en este discurso: una discusión sobre la retórica, o una conversación sobre el concepto de justicia. Interesa notablemente el "Mito escatológico de las almas".

Hippias mayor: trata de una discusión sobre el concepto de la belleza, (*tò kalón*) siguiendo el conocido método socrático.

Hippias menor: diálogo muy controvertido, se le ha aplicado el título de "*Apología del pecado*". ¿Quién es el mejor de los hombres, Aquiles o Ulises, y en qué sentido?

Ión: sobre la inspiración poética, que -como el frenesí báquico- es de origen divino y no un arte. El diálogo es una conversación dramatizada entre Sócrates y un rapsoda.

Laques: diálogo sobre el valor, y sobre cómo hay que educar a la juventud; buen ejemplo del método dialéctico del Platón de los primeros años.

Leyes: extensa obra de vejez en doce libros; los tres primeros dedicados a la educación; lecciones de la historia, y diversos modelos de Constitución política; luego se expone la ciudad de las Leyes (la educación en la ley y el castigo), y la vida en la ciudad platónica (población, régimen de propiedades, esclavitud, conducta ética y religión, etc.).

Lisis: cuyo tema central es un debate sobre la amistad y la atracción recíproca que los amigos experimentan; la *philía* como amistad será luego matizada en el *Banquete* con el concepto de "amor" (*éros*).

Menéxeno: un convencional discurso fúnebre al estilo del de Tucídides; desde el punto de vista de la fecha dramática del discurso, es decir del supuesto momento en que lo que se cuenta ocurrió, no deja de ser paradójico que sea Sócrates quien "recita" el discurso, dado que los hechos históricos sucedieron doce años después de su muerte.

Menón: trata sobre el concepto de virtud en general y sobre la teoría de la reminiscencia. ¿Cómo podemos adquirir la virtud? ¿Es un don natural,

es cuestión de practicar, puede enseñarse? Exposición de la doctrina de la anámnesis.

Parménides: diálogo ontológico en que se estudia la teoría de la participación y de la predicación: si el Uno es uno; si el Uno es; si el Uno es y no es; si el Uno es, ¿qué serán los otros?...; también aparece parcialmente formulada (y cuestionada mediante cinco objeciones) la teoría de las Formas.

Político: es la continuación del diálogo *Sofista*; versa sobre la naturaleza del gobierno y de los estadistas, el papel de la ley en los gobiernos; por otra parte (debido a la presencia en él del mito) se ha dicho que es un variegado "tapiz filosófico".

Protágoras: hay que tener claro si la virtud es o no conocimiento y si es o no enseñable. Es un diálogo literariamente bellísimo, filosóficamente provocador, aunque "in-concluso, sin conclusiones". Enlaza con el *Menón*.

República: la obra más extensa de todo el corpus platónico; debates sobre los orígenes del orden social; el Estado ideal y sus posibilidades de implantación práctica; los jóvenes ciudadanos deben ser cuidadosamente educados; hay que llegar a descubrir la Justicia; el filósofo debe ser el gobernante del Estado ideal.

Sofista: discute ciertos precedentes de lo que será la Lógica; ¿qué clase de entidad y qué predicación pueden tener las cosas inexistentes? Utilización de la *diaíresis* como método dicotómico que, aplicado sin error, pertenece a la habilidad dialéctica del filósofo.

Teeteto: nueva discusión sobre la naturaleza del conocimiento cuando Platón ya había madurado algunas ideas al respecto; sólo si conocemos qué es la Justicia (en el sentido de ser capaces de dar de ella una definición) nos garantizaremos poder observar una vida justa. Diferencias entre *epísteme* y *dóxa*.

Timeo: un diálogo sorprendente; la concepción geométrica del universo que en él se considera (aun ausente por completo el método experimental) supone una profunda inmersión en la estructura de la materia, las causas del movimiento pre-cósmico, el concepto de tiempo y creación, etc. También trata sobre el desaparecido continente llamado *Atlántida*, sobre astronomía, anatomía y otras ciencias naturales.

Obras espurias: Desde tiempos de Diógenes Laercio se tienen por dudosas las siguientes obras: *Alcibíades I y II*, *Clitofonte*, *Epínomis*, *Hiparco*, *Minos*, *Rivales*, *Teages y Trasímaco*; se consideran a su vez espurias *Axíoco*, *Demódoco*, *Erixias*, *Sísifo*, *Sobre la Justicia* y *Sobre la Virtud*. En cuanto a las *Cartas*, del total de trece, sólo tienen visos de poder ser auténticas las numeradas III, VII, VIII y XIII.

Es en forma de diálogo como Platón ha decidido hacer llegar su filosofía. Se ha dicho que a él se le debe el haber inventado el diálogo filosófico, y desde entonces ya se sabe que dialogar significa respetar el punto de vista de nuestro interlocutor. Los *Diálogos* son de lectura supuestamente fácil, aunque, sea por la ironía del juguetón Sócrates o de otro cualquier interlocutor, o por el hecho de que el propio Platón no desea aparecer en el escenario como personaje de sus diálogos, no se puede estar seguro de haber entendido siempre lo que se cree haber leído. Son piezas literarias de decorado muy austero, y su topografía es francamente ilusoria o tan estilizada como suelen estar los acontecimientos históricos; en suma, algunos de los diálogos son a ratos obras de formato poco agraciado (hay que recordar, por ejemplo, los constantes incisos e interrupciones del tipo: *dijo, dijo que*

dijo, dijo que le contaron que dijo), aunque literaria y psicológicamente amenos. Platón maneja la ironía como nadie, su vocabulario es coloquial y poco enrevesado, ágil y flexible. Sobre todo en las obras de primera época, la conversación es muy personalizada, muy "caracterizada", dramatizada entre los dos personajes agonistas. En las obras más tardías, en cambio, el diálogo desaparece en buena medida. Pero la característica común a todos ellos y la definitoria es que se trata de diálogos abiertos, tanto en su comienzo como, sobre todo, en su final. La conversación se origina algo súbitamente, como si no se exigieran preparativos ni previas presentaciones; pero es que también concluyen un tanto abruptamente, bajo la apariencia y provocando la impresión de haber quedado inconclusos, como si la conversación se hubiera aplazado cordialmente para reanudarla en otro mejor momento. Esto puede verificarse tanto en los breves diálogos de pocas páginas, como en las veinte horas de lectura aproximadamente que llevaría *La República* o *Las Leyes*.

Baste poner como ejemplo lo que ocurre en el diálogo *Protágoras*: en los antiguos tiempos de la aristocracia homérica, la excelencia era connatural, innata en la clase dirigente, algo que se transmitía endogámicamente entre familias. Pero con la aparición de la nueva sociedad participativa, el relativismo intelectual de la sofística y la invención de la democracia, se presupone que es posible "llegar a ser, llegar a hacerse excelente". No es de extrañar por tanto que, sentida la necesidad, aparezca alguien que se considere capacitado para transformar al hombre de la calle, enseñándole las destrezas y habilidades retóricas necesarias para destacar en la asamblea y en la participación de la vida política. Este es el ambiente que se respira en el *Protágoras*. El esquema del diálogo es sencillo, aunque paradójicamente las consecuencias resultan las contrarias a las que se esperarían. Al comienzo Sócrates sostiene, con total convencimiento, que no es posible llevar a cabo la tarea que Protágoras promete: enseñar a los hombres el arte de la virtud política. En cambio Protágoras afirma que la virtud política es común a cualquier ciudadano, pero en tanto que no es innata, debe ser enseñable, y que sus mejores maestros son precisamente los sofistas: maestros de virtud. Pero al llegar al final del diálogo se han vuelto las tornas: Platón defiende que si la virtud es conocimiento, en tanto que conocimiento debe ser enseñable, mientras que Protágoras sostiene que la virtud es cualquier cosa menos conocimiento, de donde debe inferirse que consecuentemente no puede ser enseñable. El diálogo acaba, al modo socrático, abierto, inconcluso, con solución aplazada para mejor ocasión y quizá ante otros interlocutores, quizá buscando llegar hasta nosotros mismos y nuestros herederos.

Ya en el s. IV aparece la descomunal figura de Aristóteles, el más ilustre discípulo de Platón, preceptor de Alejandro Magno y fundador, algo más tarde, en Atenas del Liceo. En la antigüedad se le atribuyeron hasta cuatrocientas obras sobre las más diversas materias, de las que han llegado hasta la actualidad sólo unas ochenta. Curiosamente los escritos que se han conservado son en realidad las obras no destinadas al público general, sino la redacción de sus reflexiones o apuntes que comentaba con sus discípulos más directos en el Liceo. Su inmensa producción cubría un amplísimo espectro, prácticamente una enciclopedia del saber de la época.

Así, sus obras constituyen una serie de círculos, no necesariamente concéntricos pero sí parcialmente coincidentes -el conocimiento, la lengua, su mismo Liceo- como un movimiento que alcanza a sus libros de Lógica,

posteriormente denominada *Organon*, es decir, 'herramienta'. Aristóteles inventa la lógica y el silogismo, las proposiciones, las premisas mayor y menor, los conceptos de universal y particular. Dichos conceptos constituyen seis libros o tratados cuyos títulos corresponden a *Categorías*, *Sobre la interpretación*, *Primeros y Segundos analíticos*, *Tópicos* y *Refutaciones sofísticas*. Desde él hasta nosotros, pasando por la escolástica medieval, la terminología del método lógico ha quedado en buena medida acuñada. En segundo lugar vendrán los tratados referidos a cuestiones de Metafísica, denominación por cierto que no se remonta a su autor, quien solía denominar estos estudios con el nombre de 'filosofía primera'. Son catorce libros de estudio sobre la realidad y ontología del ser, sobre los conceptos de materia, sustancia, forma, movimiento y sus diversas causas, para acabar en su idea del 'motor inmóvil', realidad que el *estagirita* asemeja al principio divino. Un tercer gran apartado de su producción versa sobre las más variadas cuestiones científicas. En primer lugar su *Tratado de Física*, en el que aborda entre otros asuntos cuestiones como el tiempo, el espacio y el movimiento, así como una categorización de las diversas clases de causas: material, formal, eficiente y final. En su *Sobre el cielo* expresa sus ideas acerca de los cuerpos celestes, sus relaciones de dependencias y su ubicación respectiva. Temáticamente conexo con estas cuestiones está también su libro dedicado a los fenómenos atmosféricos, llamado *Meteorológicos*. Sigue luego un ensayo titulado *Sobre la generación y la corrupción*, que enlaza con una serie de escritos acerca de la vida animal, su clasificación, así como ciertas ideas relativas a la evolución biológica de los mismos. La obra lleva el expresivo título de *Historia de los animales*. En tres libros, titulados *Del alma*, expone sus opiniones sobre el alma y el cuerpo como elementos constitutivos del ser vivo. Dentro aún de este apartado hay que citar una obra miscelánea denominada *Parva naturalia* en la que aborda diversas cuestiones de fisiología, psicología, sobre el sueño y la vigilia, sobre la memoria, sobre las sensaciones, y otros asuntos.

Por otro lado hay que citar los escritos de carácter político y social. Preocupado por la ética y la educación, compuso dos tratados, *Ética a Nicómaco* y *Ética a Eudemo*. Ambas comparten ciertos pensamientos, por ejemplo, el convencimiento de que la finalidad y el sentido de la vida humana es lograr la felicidad, la *eudaimonía*. Reclama para esta norma de conducta el sometimiento a la moderación, a un cierto equilibrio, una *aurea mediocritas*, que equidista de los excesos. Esta conducta ética es algo específicamente humano, tanto en un plano individual como social. El hombre es por naturaleza un 'animal cívico' un individuo que necesita vivir en comunidad, en la polis. Y aquí enlazamos con su tratado denominado *Política*. Aborda en ella los diversos regímenes políticos de su tiempo. Admite ciertas ventajas en el sistema democrático de Atenas, pero no repara en proponer como sistema ideal de gobierno la monarquía, y en su defecto una aristocracia de los mejores ciudadanos. Al hombre moderno aún sigue escandalizando encontrar entre sus páginas la defensa de la institución de la esclavitud como institución griega. No obstante, matiza también sus expresiones, pues defiende la idea de que el amo no debe abusar de sus esclavos, ni éstos deben perder nunca la expectativa de su emancipación.

Aún queda decir algo sobre sus obras, *Retórica* y *Poética*. Intelectualiza en la primera los métodos y recursos de los anteriores rétores, y da una serie de recomendaciones prácticas de cómo debe un orador componer sus discursos para conseguir la persuasión. En la *Poética* expone sus ideas so-

bre teoría estética. Hace hincapié en el valor de la mimesis o imitación como concepto superior; teoriza sobre los orígenes de la tragedia y de la comedia, así como el fin que cada una de ellas persigue.

Por la universalidad de sus conocimientos, Aristóteles quedó consagrado como la suma del saber en la antigüedad, y durante siglos sus escritos de lógica dominaron la escolástica y terminó modelando buena parte de la mente del hombre renacentista.

La oratoria

Quizá convenga distinguir desde el principio los términos de oratoria y retórica, que aunque usados en ocasiones sinonímicamente, admiten una nítida distinción. Mientras que por retórica se entiende el arte del bien hablar en tanto que conjunto de recomendaciones teóricas con vistas a su enseñanza, por oratoria debe entenderse la aplicación práctica de dicha teoría. De modo que rétores son los profesores que enseñan las destrezas para hablar bien, para practicar la oratoria. En cualquier caso, bien se ve que ambas modalidades son virtualmente inseparables, y así lo fueron desde luego en la antigua Grecia. La oratoria gozó desde siempre de un gran atractivo entre los griegos, interesados en el dominio del uso de la palabra en público, fuera en el ámbito político, forense, o de mero lucimiento o exhibición.

Históricamente conoce su esplendor coincidiendo con la libertad política que el sistema democrático de finales del s. V favoreció, y sólo conocerá su ocaso en los años postreros del s. IV, cuando se canceló la libertad de expresión en Atenas. Los primeros maestros de retórica fueron los sicilianos Córax y Tisias, pero sin duda el más afamado fue el también siciliano Gorgias, natural de la ciudad de Leontinos, que impartía sus costosas enseñanzas en el círculo ilustrado de Atenas en torno al 427. Algunos de estos rétores eran al propio tiempo conocidos como sofistas, y contribuyeron en gran medida al desarrollo de la lengua, de los estudios de semántica y las figuras del lenguaje. Cultivaban una prosa cuidada que recibió el nombre de prosa poética, por su elegancia y sus meditados matices sonoros y de eurythmia. El virtuosismo de sus antítesis, paralelismos, paronomasias, términos isosilábicos, etc., transforma estos *schémata* gorgiana en auténticos juegos de palabras, brillantes pero completamente vacuos. Valdrá la pena traer un ejemplo:

"Armonía es para una ciudad el arrojamiento de sus héroes; para un cuerpo, la belleza; para la mente, la intuición; para una acción, la destreza; y para un discurso, la verdad. Y falta de armonía son sus contrarios".

"A un hombre, a una mujer, un discurso, una acción, una ciudad, es necesario, si se trata de un asunto merecedor de elogio, con elogio alabarlos, y si inmerecedor, cargarlos de reproches. Pues idéntica falta e ignorancia es reprochar lo que es elogiado, cuanto elogiar lo reprochable".

Desde el punto de vista ideológico los sofistas se mostraban partidarios de un notable relativismo moral, en tanto que su objetivo era conseguir desarrollar entre sus pupilos la destreza necesaria para imponerse verbalmente sobre sus adversarios. Uno de sus más famosos lemas fue el de 'hacer fuerte el argumento débil' mediante sus habilidades dialécticas. Su concepto clave es el de la 'persuasión mediante la palabra'. La influencia de este esplendoroso uso de la lengua fue inmensa en el historiador Tucídides (según se observa en su famoso *"Discurso fúnebre"* en el libro II, 35-46, de

su *Historia de la Guerra del Peloponeso*), y en los oradores del siglo IV. Por contra, despertó en Sócrates y Platón una equivalente aversión, pues para éstos los métodos de los sofistas eran intrínsecamente perversos, pues no pretendían el conocimiento de la verdad, sino conseguir convencer y persuadir.

Pero hay que esperar al s. IV para hablar propiamente de oratoria en Grecia. Lisias, Isócrates, Demóstenes y Esquines componen el auténtico plantel de oradores antiguos. La oratoria de Lisias es, sin embargo, realmente austera. Propiamente hablando fue un logógrafo, es decir, un escritor profesional que redacta discursos por encargo de alguien que ha de efectuar su autodefensa ante un tribunal. Consta su extraordinaria habilidad para dicho cometido. Lisias se pone mental y psicológicamente en la situación de quien ha de memorizar el discurso que habrá de recitar el día de su comparecencia. Estudia la personalidad de su 'defendido', sus circunstancias familiares, su temperamento, su edad, y hasta sus dotes oratorias, con vistas a componer el texto solicitado que pueda resultar más verosímil en boca del encausado. La tradición le atribuye la autoría de más de doscientos de estos discursos de encargo. Algunos de los famosos son: *Contra Eratóstenes* (contra el asesino del hermano del propio orador), *Sobre la muerte de Eratóstenes* (este personaje no tiene nada que ver con el anterior homónimo), o su *Contra Alcibíades*, el hijo del famoso político tráfuga Alcibíades.

Isócrates aprendió sus destrezas oratorias con Tisias y Gorgias, y al igual que Lisias comenzó componiendo discursos para otras personas, aunque poco a poco fue evolucionando hacia los de carácter político en los que se decantó por la opción de aglutinar a todos los griegos como comunidad panhelénica contra los persas, primero bajo la hegemonía del rey espartano Agesilao y a continuación bajo el emergente caudillo del norte, Filipo de Macedonia, padre de Alejandro Magno (*Panegírico* y *Filipo*). También cultivó el género epidíctico, así como otros discursos menores en los que defendía las orientaciones y métodos de su propia escuela de retórica. Para un maestro de la Literatura Griega como Albin Lesky, la figura de Isócrates destacó en los tres planos de educador profesional en su escuela de retórica, como publicista político partidario de resucitar el concepto de panhelenismo, y finalmente como estilista, no tanto con el barroquismo de la prosa poética de su maestro Gorgias, sino en un diapasón de oratoria más austera y de mayor sobriedad. Como cultivador de un género orientado a preparar a los jóvenes para su mejor desenvolvimiento ante los avatares políticos y de la vida pública, hubo de hacer algunas concesiones al más severo propósito ético de Platón, orientado prioritariamente a la educación en búsqueda del Bien, de ahí que entre ambos sistemas educativos se suscitaran algunos celos y hasta fricciones.

Pero el orador griego por antonomasia será Demóstenes. Aunque de familia acaudalada, fue arruinado por sus tutores, contra quienes hubo de pleitear para recuperar los restos de su menguada herencia. Sus comienzos como orador público ante la Asamblea fueron poco exitosos por la dificultad que al parecer tenía para pronunciar la erre, lo que le valió el *epodo de batálos 'tartamudo'*, defecto que corrigió practicando con un guijarro en la boca, si se da crédito a las anécdotas que circulaban. El caso es que pronto pasó a ocuparse en la redacción de discursos de encargo, esto es, a ejercer de logógrafo. Su confirmación como autor de discursos políticos le vendría por su tozuda oposición a la política macedonia de Filipo y luego de Alejandro Magno. El año 352 compuso su *Primera Filípica*, en la que con arrebatada

do estilo propone a sus conciudadanos resistir contra el macedonio. Este argumento lo retomaría en sus tres discursos *Olintíacos* en los que proponía a los habitantes de la ciudad de Olinto que aguantaran el ataque de Filipo. A pesar de su brillantez oratoria, nada pudieron las palabras de sus alegatos frente al poderío militar del nuevo dueño del mundo griego. Unos años más tarde redacta sus *Segunda y Tercera Filípicas*, con resultados tan poco halagüeños como sus anteriores discursos. Parece que intervino personalmente en la batalla de Queronea (en la que participó sin duda el joven Alejandro) en el año 338, que supuso la victoria definitiva de los nuevos señores de Macedonia. Su enfrentamiento político con otro orador contemporáneo, Esquines, le dio pie a redactar la que es quizá su mejor pieza oratoria, *Sobre la corona*. Se había solicitado para Demóstenes la concesión de una corona por los servicios prestados a favor de Atenas, premio al que se opuso Esquines alegando ciertas ilegalidades de Demóstenes. Este reaccionó escribiendo una soberbia pieza oratoria en su propia defensa, con la que derrotó dialécticamente a Esquines. Más tarde, se vio envuelto en un turbio asunto de dinero, cuando el tesorero de Alejandro Magno, un tal Hárpalo, se fugó llevándose una inmensa suma del tesoro. Hárpalo recaló en Atenas, entró en contacto con el partido antimacedonio y, naturalmente, con Demóstenes, que fue juzgado y condenado por haberse enriquecido con parte del dinero de Hárpalo. Tras estos fracasos políticos, Demóstenes fue condenado a muerte, aunque él mismo se suicidaría en la ciudad de Calauria antes de que sus enemigos pudiesen ejecutarlo.

La crítica literaria ha venido clasificando sus aproximadamente sesenta escritos en:

-Discursos destinados a los Tribunales, tanto referidos a casos privados (reclamación de préstamos, hipotecas, falsificaciones, deudas) como públicos (entre los que destacan algunos como *Contra Timócrates*, *Contra Leptines*, etc.). Demóstenes muestra en ellos un manejo muy preciso de la terminología jurídica y económica, propias de alguien que como él había recibido una sólida formación de jurista.

-Un segundo gran grupo lo constituyen los denominados Discursos Públicos, recitados ante la Asamblea de Atenas en defensa o en oposición a ciertas cuestiones de estado y de política exterior. Así, el titulado *Sobre las simmorías*, en el que Demóstenes aboga por modificar el sistema según el cual los ciudadanos más acaudalados de Atenas deben contribuir con un impuesto para equipar las naves de la armada. *En favor de los megalopolitanos* y *Sobre la libertad de los rodios* se refieren a otras tantas recomendaciones para que Atenas intervenga en apoyo de los habitantes de la ciudad de Megalópolis y a restituir en la isla de Rodas a la facción democrática que había sido desalojada del poder y enviada al exilio.

Demóstenes logra en sus discursos un feliz encuentro entre los efectos psicológicos con que sabe atraerse a su causa los ánimos del auditorio y una prosa fluida y muy cuidada en la que acierta a intercalar expresiones de frescura y gran espontaneidad. Fue el modelo de orador perfecto no sólo para Cicerón, sino para los críticos literarios más prestigiosos de la antigüedad, como fueron Longino o Quintiliano.

Hay, finalmente, dos conceptos que deben ser siquiera mencionados por su importancia en la tradición posterior. El asianismo fue el nombre que recibió un cierto estilo oratorio, extraordinariamente afectado, artificioso y exuberante, cultivado sobre todo en la ciudad de Pérgamo y en la isla de Rodas, tipo de lengua que contrastaba con el habla mucho más austera, pu-

rista y terminológicamente más precisa del estilo aticista, refractario a los excesos del anterior. Ambos estilos coexistirán como modelos contrapuestos hasta alcanzar el movimiento de la llamada Segunda Sofística (s. II d.C.).

Época helenística e imperial romana

Convencionalmente se denomina época helenística al período comprendido entre la muerte de Alejandro Magno, el año 323 a.C., y la conquista de Grecia por Roma en los últimos días de la República y los primeros años del Imperio (en torno al comienzo de la era cristiana). Por entonces se producirá un importante desplazamiento de los centros de decisión política y cultural del mundo antiguo. Tras el ocaso general de Atenas, emergen en la periferia las ciudades de Alejandría, Pérgamo, Antioquía, etc. Surge una nueva realidad, una mentalidad distinta. Parece agotarse en buena medida la inspiración literaria, algunos géneros van a desaparecer casi por completo, y se volverá la mirada hacia el pasado, hacia los antiguos autores y sus mejores obras. Surge así la admiración por el pasado prestigioso, comienzan a coleccionarse sus obras, a copiarse en las grandes bibliotecas y aparece así por primera vez el concepto de 'canon' literario, de autores clásicos, de obras dignas de imitación. Otro fenómeno característico de esta época es la aparición de antologías y florilegios, con el consiguiente naufragio de las obras no seleccionadas. Igualmente gozó de cierta fama la composición de *carmina figurata* en las que el propio poema adquiere forma de flauta de pastor, de siringa, de hacha de doble filo, etc. No hace mucho tiempo podía leerse en libros y ensayos epítetos como 'frívola y decadente' para referirse a esta época helenística en oposición a la esplendorosa edad dorada. Hoy día la estética parece haber cambiado, y la poesía helenística interesa por sí misma como manifestación de una sensibilidad propia, vigorosa y autónoma.

Algo más tarde, cuando ya la literatura latina comenzaba a producir sus primeras manifestaciones, surge un relativo renacimiento de literatura escrita en griego, por autores tanto griegos como latinos. Durante unos siglos coexisten ambas lenguas de cultura, hasta que tiene lugar la división política entre Oriente y Occidente a la muerte del emperador Teodosio (año 395).

La poesía helenística

-la épica. Desde los antiguos poemas de Homero, cualquier autor que quisiera componer poesía épica debía seguir el molde del ciego de Quíos. La misma forma hexamétrica, el mismo colorido dialectal, similares fórmulas y epítetos, y un cierto sabor mítico arcaizante. Pero también habrá diferencias. Frente a la homérica, la épica helenística es un tipo de poema culto y erudito, formalmente más refinado. Del s. III a.C. es Apolonio de Rodas, autor de un extenso poema en cuatro libros titulado *El viaje de los Argonautas/Argonáuticas*. Apolonio nació en Alejandría, de cuya Biblioteca fue director a la muerte de su maestro/rival Calímaco. La obra narra el viaje de la nave Argo que, a las órdenes de Jasón, parte con los Argonautas -entre los que iban Orfeo, Heracles, Peleo y Telamón -padres los dos últimos de los dos más famosos guerreros que intervinieron en Troya-) a la región de Cólquide para conseguir el *vellocino de oro*. Desde el punto de vista de la cronología relativa el poema cuenta, pues, 'sucesos' acaecidos al menos una

generación antes de lo ocurrido en Troya. Con la ayuda de Medea, Jasón consigue su empresa y regresa a Yolco. Jasón muere en Corinto. La obra consta de tres partes claramente diferenciadas:

- a) la expedición a la región de Cólquide;
- b) las hazañas de Jasón y el enamoramiento de Medea; y
- c) la recuperación del velloicino y regreso a Yolcos: por el Danubio, el Eridano, el Ródano, etc...

Sus héroes épicos son más humanos que los homéricos. Así, el Ulises homérico es un viajero, mientras que Apolonio ha hecho de su Jasón un caballero cortesano. Se ha dicho que Jasón "*no tiene la alegría matinal del héroe homérico, sino la paciencia del héroe resignado de las novelas*".

En este relato épico se encuentran dos temas típicos del cuento popular y del mito: enviar a alguien al destierro a que ejecute una tarea imposible con la esperanza de que no regrese con vida, y el inesperado auxilio que el héroe encuentra a la hora de ejecutar la tarea que se le ha encargado, con la ayuda de expedientes mágicos (Medea). Se trata de una saga muy antigua, anterior a Homero, conservada por Píndaro, *Pítica IV*, y la *Medea de Eurípides*, además de esta de Apolonio. No obstante, este último hace que su obra concluya (aunque sus lectores conocían el final trágico de Medea y Jasón por el drama de Eurípides, cronológicamente anterior) con un final feliz convencional.

Una modalidad de poesía específicamente helenística es la bucólica. La vida de los pastores en el campo en contacto con la naturaleza, el primer despertar al amor de los jóvenes, la ingenuidad serena de una vida sana al abrigo de las intrigas de las grandes ciudades, todo ello despierta nuevos intereses y nuevas formas de expresión poética. Por lo general se trata de composiciones de reducida extensión, muchas veces en hexámetros, en los que un poeta, por ejemplo Teócrito, recrea un paisaje arcádico, no de una Arcadia real, sino ficcionada, utópica. Algunos de sus poemas llevan títulos tan sugerentes como "La hechicera", "El cortejo", "El cabrero y el pastor de ovejas", "La rueca", "A un doncel", etc. Teócrito también cultivó pequeñas obras dramáticas, en forma de diálogo o monólogo, conocidas con el nombre de *Mimos*. En ellos se combinan a la par discurso y acción, es decir elementos narrativos y dramáticos. Este género de los mimiambos tuvo otros cultivadores como Licofrón y Herodas. Nuestro conocimiento de los mimiambos de Herodas se ha debido al feliz descubrimiento de ciertos fragmentos de papiros en el año 1890.

Pero de entre todos los autores de esta época sobresale Calímaco de Cirene, un poeta sin duda erudito, bibliotecario aunque no director de la Biblioteca de Alejandría, remilgado, anticuario y filólogo. La tradición le atribuye la autoría de cerca de 800 obras, si bien se ha conservado un reducido número. Poeta de la concisión extrema, a él se le atribuye el famoso dicho 'un gran libro es una gran calamidad', con el que proclama su código de concisión estética contra las verbosidad de su rival Apolonio. En sus *Himnos* consagra su mejor poesía a algunos de los principales dioses del Olimpo: *Himnos a Zeus, Apolo, a Artemis, a la isla de Delos, Baño de Palas* (en éste utiliza una forma de composición llamada dístico elegíaco, pequeña estrofa formada por un hexámetro más un pentámetro dactílicos, y se narra en él el incidente que costó la ceguera al adivino Tiresias. Involuntariamente contempló el augur a la diosa en el baño y ella, encolerizada, le castigó con la ceguera) e *Himno a Démeter*. También se han conservado una serie de Epigramas; se trata de breves composiciones, en las que el poeta aborda te-

mas como la vida y la muerte, el tema del vino, las celebraciones festivas, etc. Incompletas se han transmitido otras dos obras, los *Aitia/Orígenes*, que trataban en cuatro libros de costumbres y fiestas, además del famoso poema denominado la 'Cabellera de Berenice', en honor de la reina, así como el pequeño poema (epilio) titulado Hécale, obra que versa sobre las aventuras del rey ateniense Teseo, camino hacia Maratón, donde deberá dar muerte a un descomunal toro, y que dejaría una notable impronta en la posterior literatura latina.

No se ha de dar por concluido este apartado sin mencionar la importancia que para la poesía helenística están teniendo los descubrimientos de fragmentos de papiros que desde finales del siglo pasado están proporcionando textos, en general breves, de algunas obras de las que apenas se conocía poco más que el título.

La filosofía

Tras la desaparición del ámbito cívico de la pequeña pólis clásica, la filosofía de época helenística va a iniciar nuevos rumbos y se va a interesar por cuestiones hasta entonces menos atendidas. Cesarán las especulaciones relativas a la cosmovisión de un mundo inexplicable, se abandonarán las preocupaciones metafísicas y lógicas, y empezará un nuevo interés por los comportamientos éticos de la felicidad en el ámbito de lo privado, de lo individual. Quizá no resulte muy preciso calificar a los cínicos de escuela filosófica, ya que propiamente no desarrollaron ni una lógica, ni una física ni una metafísica, etc; más bien se trata de una actitud vital de rechazo a la sociedad. Predicaban la radical libertad del individuo frente a las normas y convenciones sociales. Su fundador fue Antístenes, discípulo del mismo Sócrates, aunque la figura más emblemática fuera Diógenes de Sínope. Desde el año 307 en que fijó su residencia en Atenas, Epicuro va a concitar un grupo de discípulos y admiradores en torno a su Jardín, nombre que por antonomasia designará a la escuela. Dada la heterodoxia de su pensamiento y sus hábitos de vida, algunos pretendieron enseguida denigrar a los miembros de esta comunidad, sobre los que hicieron recaer las más severas acusaciones de ser cultivadores del más irreverente hedonismo. El ideal humano, sin embargo, era para Epicuro alcanzar una 'vida moderadamente placentera', en la que debería perseguirse como objetivo la búsqueda del placer, pero bajo la disciplinada batuta del equilibrio, del goce comedido. El placer es el principio y el fin de una vida verdaderamente feliz. No obstante, como algunos inmediatos placeres acarrear a la larga dolor, el hombre de espíritu deberá sopesar los extremos para alcanzar la tranquilidad de alma, la ataraxia o imperturbabilidad que le asegure la auténtica libertad. El mejor método para conseguirlo será dedicarse al estudio de la naturaleza y de su última realidad, la muerte, ante la que el filósofo no debe sentir miedo sino indiferencia. Nada es la muerte antes de que llegue, y nada es también una vez que ha llegado. También deberá el hombre feliz apartarse de los negocios públicos, en tanto que son fuente continua de perturbaciones emocionales y psíquicas.

Es lógico que a ojos de los cristianos la doctrina de Epicuro y sus seguidores apareciera como algo nefando, pues negaba la existencia de una vida posterior a la muerte, sostenía que la providencia divina y aun la misma existencia de la divinidad era innecesaria desde su concepción atomista de la naturaleza, y porque su hedonista código existencial chocaba frontal-

mente contra el estoicismo predicado por los cristianos. Marginadas o preteridas, las doctrinas de Epicuro conocieron altibajos a lo largo de los siglos. No obstante, quien lea sin apasionamiento sus escritos podrá encontrar en ellos reflexiones de una profunda humanidad, de una confianza ilimitada en vivir una vida verdaderamente noble y humana.

También el s. III conocerá el desarrollo de una escuela filosófica de singular importancia, el estoicismo. Su fundador fue Zenón de Citio, discípulo a su vez, primero de Platón, y más tarde de los cínicos, y luego impulsor de sus propios desarrollos filosóficos. Para el estoicismo la naturaleza está regida por un principio razonable al que terminan equiparando a la divinidad, de ahí que cualquier cosa que sucede ocurre de acuerdo con esta razón divina. La virtud, por tanto, para el sabio estoico no va a ser otra que asentir y adherirse a esta voluntad divina que todo lo gobierna. Estas ideas de la filosofía estoica no quedaron limitadas a las clases populares, a los desheredados de la fortuna, sino que fueron poco a poco calando entre los intelectuales y los políticos y llegaron a naturalizarse en la misma Roma, alcanzando al mismo cristianismo. El propio emperador Marco Aurelio compondrá en el s. II sus conocidas *Meditaciones* como complaciente contribución a sus ideales estoicos.

La historia trágica. La biografía

La historiografía de época helenística emprendió un proceso de desnaturalización, y abandonó la búsqueda rigurosa de la verdad para entregarse al patetismo, a la excitación de los sentimientos, algo más propio de la oratoria y de los efectismos del drama que de la historia. En tal sentido se ha calificado este capítulo como 'historia trágica'. La ampliación de los horizontes del mundo tras las conquistas de Alejandro aumentaron el gusto por lo exótico, por los relatos fantásticos que hablaban de lugares hasta entonces desconocidos, habitados por hombres de razas extrañas, pobladas por una fauna también sorprendente. A Alejandro acompañaron media docena de intelectuales que fueron tomando notas de las conquistas del soberano. Utilizaron alternativamente la adulación o la invectiva al rey, o bien hacían la defensa de sus propias opciones políticas o de escuela filosófica. De ahí que estos relatos, conservados sólo parcialmente, deban ser analizados críticamente antes de darles crédito.

No obstante, también hubo historiadores preocupados por la seriedad de la profesión. Tal es el caso de Polibio (nacido en torno al año 200). En su obra y en su concepción de la historia pesará extraordinariamente la presencia de una nueva realidad política: la aparición de Roma. Él mismo intervino como mediador entre los intereses de algunas ciudades griegas y los nuevos amos de la situación política, los generales romanos. Al redactar sus *Historias* confiesa que su primer objetivo es analizar las causas y exponer los motivos que posibilitaron que Roma se hiciera con el control militar de la cuenca del Mediterráneo en menos de cincuenta años. De hecho, los cuarenta libros de las *Historias* cuentan las conquistas de Roma hasta el año 144, fecha en que fueron destruidas tanto Cartago como Corinto. Interpreta que el éxito romano se ha debido a la feliz coincidencia de varias circunstancias, la Fortuna, la inteligencia de las clases dirigentes de Roma y su misma constitución política. Acuña el concepto de historia 'pragmática', en la que rehuye precisamente los excesos sensacionalistas típicos de tantos otros historiadores helenísticos. Ante el dilema de si la historia debe poner-

se al servicio de lo útil o de lo placentero, opta de manera inequívoca por la utilidad. Invita al historiador y a sus lectores a extraer las lecciones que la historia enseña, pues ésta es de forma segura *magistra vitae*. Con Polibio, en fin, se recupera el rigor histórico que tan lúcidamente expusiera en su programa metodológico su antecesor Tucídides.

Singular será el caso de Plutarco de Queronea (c. 46-120 d.C.). Mantuvo amistades con influyentes personajes romanos. Fue un autor muy prolífico, del que se conservan casi ochenta tratados misceláneos de muy variado carácter, conocidos con el nombre de *Moralia*, en los que aborda los asuntos más diversos: conversaciones de filósofos, especulaciones sobre el cosmos, la educación y la religión, etc. Algunos de sus títulos son suficientemente expresivos. Así, *Cómo distinguir a un adulador de un amigo*, *Consejos sobre la vida pública*, *Charlas de sobremesa*, *Cómo sacar provecho de los enemigos*, *Sobre el ansia de saber*, *Sobre la charlatanería*, etc. Convencido Plutarco de que la educación del individuo es la más firme y casi única garantía para lograr la felicidad, dedica a esta misión didáctica sus *Moralia*. En ellas plantea las bases teóricas de su ideal moral, mientras que en sus *Vidas paralelas* ha querido plasmar la práctica de dichos ideales en determinadas grandes figuras históricas de la antigüedad. Esta colección de biografías yuxtapone por parejas la vida de un personaje griego y de su 'homólogo' latino. En la *Vida de Alejandro*, Plutarco reclama para sí que no se le considere propiamente un historiador, sino un biógrafo: "Yo no escribo historia, sino biografías; ni es en las más brillantes hazañas donde se demuestra totalmente la virtud o la maldad, sino que con frecuencia un pequeño asunto, una palabra o una broma revela mejor el carácter de una persona que combates en que los muertos se cuentan por miles, o grandes desfiles militares y asedios de ciudades". Conforman veinticuatro parejas de personalidades destacadas por sus virtudes o por haber destacado en la milicia, en el arte de hablar, en política, etc. He aquí el catálogo completo: *Teseo y Rómulo*, *Licurgo y Numa*, *Solón y Publícola*, *Temístocles y Camilo*, *Pericles y Fabio Máximo*, *Alcibíades y Coriolano*, *Timoleón y Paulo Emilio*, *Pelópidas y Marcelo*, *Arístides y Catón el Viejo*, *Filopemén y Flaminio*, *Pirro y Mario*, *Lisandro y Sila*, *Cimón y Lúculo*, *Nicias y Craso*, *Sertorio y Eumenes*, *Agesilao y Pompeyo*, *Alejandro y César*, *Foción y Catón el Joven*, *Agis y Cleomenes y Los Gracos*, *Demóstenes y Cicerón*, *Demetrio y Antonio*, *Dión y Bruto*, *Artajerjes y Arato*, así como las de los dos emperadores romanos *Galba y Otón*.

Fueron sobre todo las *Vidas* las que dieron gran fama a Plutarco en la posteridad. Circularon por toda Europa gracias a la célebre traducción que al francés hiciera Amyot y que influirían en los mejores intelectuales de su país. Conocida es la anécdota que se refiere a que Rousseau comenzó a leer la traducción de las *Vidas* de Amyot a los seis años, y que a los ocho "se las sabía de memoria". En cuanto a nuestro país, su influencia directa se advierte el Virués, Valdés, Vives, Gracián, Fray Antonio de Guevara, Quevedo, etc. Sin embargo, más pertinente debe ser dejar constancia de que la primera traducción que se hizo de las *Vidas paralelas* a una lengua occidental fue la realizada al aragonés por Nicolás, obispo de Drenópolis, siguiendo el encargo de Juan Fernández de Heredia (1310-1396). Esta versión se hizo a partir de la traducción que había llevado a cabo Dimitri Talodiqui del griego antiguo al griego moderno. Más tarde, de esta traducción al aragonés se efectuaría una al italiano encargada por Colucio Salutati. En cuanto a la len-

gua castellana, la primera traducción de las fue la de Alfonso Fernández Palencia.

La segunda sofística

Desde la antigua querrela suscitada ya en tiempos de Platón e Isócrates, la filosofía y la retórica reclamaban cada una para sí la hegemonía y el derecho de intervenir en la educación de la juventud. Alternativamente imponía su dominio ya una ya otra, dependiendo del prestigio de las figuras y personalidades que más destacaran en cada momento. Hacia el s. I d.C. la retórica parece ir ganando terreno, y de hecho hasta ciertos géneros literarios que tradicionalmente pertenecían a la poesía, como los epitalamios, los epitafios, etc. pasan a ser dominio cada vez más de la retórica. Al hilo de esta evolución, que parte de Gorgias, Isócrates, el *Peripato* y el helenismo, es como se llega al movimiento de la llamada 'segunda sofística'. Como tal se conoce el resurgimiento de la cultura que tiene lugar durante el s. II d.C. en los territorios griegos sometidos al imperio de Roma. Muy atentos al cuidado de las formas, se afanaron en imitar y reproducir cuidadosamente la lengua, los registros y el estilo de los mejores escritores áticos. En definitiva es un movimiento retórico y mimético más que auténticamente creador. Destacaron, además de Luciano, el rétor Elio Aristides y Dión Crisóstomo.

Luciano de Samosata (120-180 d.C.) fue un sirio que hubo de aprender griego como segunda lengua. Comenzó cultivando la oratoria al modo de los sofistas, pero más tarde se decantaría por escribir diálogos satíricos a través de los cuales daría vía libre a su escepticismo vital y a sus convicciones cínicas. Parodia de la sociedad, crítica a las instituciones, descreencia y falta de respeto ante los dioses y la religión, éstas son las marcas distintivas de nuestro autor. No ha de extrañar, pues, que se haya ganado el sobrenombre de "*Voltaire de la antigüedad*". Hombre de una fantasía desbocada, permite viajar al receptor a mundos fabulosos como los de sus *Relatos verdaderos* y es, sin duda, el mejor satírico en lengua griega. El lector visita en ellos la luna, las islas de los Bienaventurados y hasta los propios infiernos. En ellos se lee su famosa y categórica declaración de principios: "*Me dediqué a la ficción, aunque de manera mucho más honrada que mi predecesores, pues diré al menos una verdad: confesar que miento. De modo que creo que podré verme libre de la acusación de la gente al reconocer yo mismo que no digo una sola verdad. Así es que me propongo escribir sobre cosas que nunca vi, ni me pasaron, ni conocí por parte de nadie; es más, se trata de cosas que ni existen en absoluto ni pueden en principio existir. Por ello mis lectores deberán no prestarles crédito alguno*". Medio en broma, medio en serio, aborda no obstante asuntos que requieren mayores reflexiones. Así en su *Cómo se escribe la historia* entra a dar su opinión, críticamente divertida como siempre, sobre los métodos historiográficos de los griegos. Un grupo de diálogos le sirven para criticar la hipocresía y el fanatismo (*Diálogos de los dioses, Diálogos de los muertos, Diálogos de las prostitutas*), y otras veces la emprende contra los falsos intelectuales y la autoestima de los filósofos, como en su *Comercio de vidas*. En esta obra el dios Hermes vende en subasta a los jefes o fundadores de las principales escuelas filosóficas. Heráclito no está en venta; Sócrates saldrá en la subasta por dos talentos; Diógenes el cínico es más modesto y se ofrece como perro guardián por dos módicos óbolos; a Pirrón el escéptico no lo quieren ni regalado, etc.

La novela

Denominada por algunos con el pomposo y poco ajustado nombre de 'épica decadente', fue el último género literario de la antigüedad griega. De cronología debatida, desde que Erwin Rohde emitiera sus primeras clasificaciones, la aparición de nuevos materiales papirológicos en este siglo han venido a replantear casi íntegramente los orígenes y el desarrollo del género novelesco. En la novela suele haber un núcleo argumental más o menos fijo, entre los que aparecen motivos como raptos y hurtos a cargo de piratas, hermanos separados desde la infancia que sólo tras largas peripecias vuelven a identificarse, amantes que están a punto de arruinar sus vidas, cambios de escenarios geográficos, escenas de reconocimientos, etc. En sentido lato, las antiguas novelas son, pues, relatos de ficción escritos en una prosa imaginativa en los que se narran las aventuras de unos jóvenes, frecuentemente ricos y bellos, a los que suceden toda suerte de peripecias hasta llegar a un desenlace feliz. El elemento erótico o al menos amoroso también es consustancial con este tipo de relatos, aunque en una gran variedad de formas. A veces el amor es apasionado entre los dos jóvenes, otras veces recibe un tratamiento irónico e incluso cómico. Este elemento amoroso tan frecuente en la novela ha sido tomado de la poesía helenística de tipo pastoril y bucólica. El canon de las novelas de la antigüedad griega está constituido por cinco obras conservadas virtualmente completas y casi otros veinte textos fragmentarios. Los autores son Caritón de Afrodisias, Jenofonte de Éfeso, Aquiles Tacio, Longo, y Heliodoro. Los progresivos hallazgos de textos papiáceos y los análisis literarios a ellos dedicados han hecho modificar no sólo la cronología de estos autores sino la valoración que hay que darles. Aún se podrían mencionar dos novelas 'cómicas' del siglo II d.C. Una, llamada *El asno*, de la que durante mucho tiempo se pensó que era obra de Luciano, y los *Relatos verdaderos*, obra sin duda de Luciano.

La novela como género de ficción comparte sus remotas raíces con cierta literatura de viaje, relatos de leyendas maravillosas en las que aparecen personajes taumatúrgicos, pueblos fabulosos, animales legendarios, etc., conocidos por los griegos a partir de textos tan antiguos como la propia *Odisea* con sus Cíclopes, su maga Circe, su pueblo de los lestrigones, etc. Por otra parte, también resulta obvia la influencia de la historiografía helenística, tan sensible al patetismo y a un cierto sentimentalismo romántico. Antecedentes, pues, los había, aunque como afirmara uno de los mejores conocedores de la novela antigua, Parry, la creación de la primera novela hubo de ser un acto singular, una invención individualizada 'ocurrida un martes de julio a la hora de la siesta'. Propiamente hablando, sin embargo, las primeras novelas aparecieron a finales del período helenístico, alcanzaron una relativa prosperidad en el primer siglo de nuestra era y se mantuvieron por lo menos hasta la sosegada época del emperador Adriano y los Antoninos. Tan sólo para el caso de las *Etiópicas* de Heliodoro parece que debamos postular una datación en torno a los ss. III/IV. Ocurrió, no obstante, que la novela gozó de escasa reputación ya en la antigüedad y realmente fue poco apreciada por los críticos literarios. Habrá que esperar hasta los siglos XII-XIV y al renacimiento bizantino de la corte de los Comnenos para volver a encontrar relatos novelescos (ahora curiosamente en verso) similares a estos primeros.

Quéreas y Calírroe, obra de Caritón de Afrodisias, es tal vez la primera novela europea, probablemente de principios del s. I d.C. Sus jóvenes protagonistas se enamoran nada más verse, aunque la enemistad entre sus padres demora la boda. Supuestas infidelidades, malentendidos, difamaciones, y al final la Fortuna, que accederá a que todo concluya felizmente. De Jenofonte de Efeso son las *Efesíacas de Antia y Habrócomes*, hacia el 100 d.C.; de Aquiles Tacio las aventuras de *Leucipa y Clitofonte* (s. II). Quizá la más famosa sea *Dafnis y Cloe* de Longo, prototipo de novela de pastores. Finalmente, la más extensa de todas ellas, las *Etiópicas* de Heliodoro.

Mitología grecorromana

Se llama mitología grecorromana al conjunto de mitos y leyendas que los antiguos habitantes de Grecia y el Imperio Romano tenían para explicar el universo y el origen de los seres que lo habitaban. Se tiende a unificar la mitología romana y griega porque las diferencias que se pueden establecer entre una y otra se reducen, básicamente, al distinto nombre que recibe cada uno de los dioses. A pesar de que Grecia acabó siendo conquistada por Roma, se suele hablar de una colonización griega sobre la cultura latina, lo que incluía también el ámbito de lo religioso; además, hay que tener en cuenta que ambas partían de un tronco común cultural y lingüístico como era el indoeuropeo, por lo que el pilar fundamental, el panteón olímpico, era el mismo. De este modo, se puede hablar de la mitología romana como continuadora de la griega.

Origen de la mitología grecorromana

La mitología griega, tal y como hoy se conoce, es una fusión de la indoeuropea, traída por los invasores griegos, y la religión mediterránea de los antiguos pobladores de la península y de las islas del Egeo. Además, desde el principio, el sistema politeísta estuvo abierto a influencias como la de la cultura oriental y la egipcia, lo que provocó que hubiera mitos discordantes atribuidos a una misma divinidad. Las tablillas micénicas, escritas con el sistema del silabario lineal B, muestran los nombres de los dioses que recibían culto en los palacios de Cnosos (Creta) y en Pilo (Peloponeso). Éstos coinciden, en gran medida, con los de los olímpicos Zeus, Poseidón, Hera, Atenea, Artemis, Hefesto, Ares y Dionisio; sin embargo, aparte de nombrarlos y dar unos escasos rasgos sobre los cultos locales, no proporcionan más datos, lo que no permite asociarlos a los mitos que actualmente se conservan. La falta de textos anteriores a los de Homero y Hesíodo hacen que no se pueda ir más allá de este origen, aunque los estudios comparatistas permitan identificar en ciertos casos si se trata de mitos indoeuropeos o de otras culturas.

Se han elaborado distintas hipótesis que pretenden esclarecer la procedencia de las divinidades y cómo se ligaron unas con otras; entre ellas destacó, debido a su éxito inicial, la teoría de Robert Graves y sus seguidores. Este autor creía que existían unas grandes diosas originarias mediterráneas, que fueron desplazadas por los dioses masculinos indoeuropeos; no obstante, hoy en día, se han desestimado estas especulaciones por considerarse improbables y, lo que es más importante, indemostrables.

Los orígenes indoeuropeos de gran parte de los dioses es, por el contrario, algo innegable. No sólo hay determinados rasgos de la cultura indo-

europaea que conforman claramente la mitología grecorromana, sino que la etimología de muchos de los nombres de las divinidades lleva también a esta cultura.

Según el comparatista francés Georges Dumézil, en la mitología de los antiguos indoeuropeos, los dioses estaban divididos en tres categorías que correspondían a un sector bien determinado de la vida. La primera función era la de la soberanía, la segunda la de la guerra y la tercera la de la producción y reproducción; probablemente esta visión tripartita correspondiera a una división de la sociedad en tres castas diferenciadas. La organización social no subsistió en la Grecia y la Roma antiguas; sin embargo, la mitología grecorromana conservó algunos vestigios de esta concepción trifuncional. En la oposición que se da entre Hera, representante de la soberanía por ser esposa de Zeus; Atenea, la diosa guerrera, y Afrodita, que asume la función productiva (reproductiva), se aprecia un buen ejemplo de esto. En general, se puede decir que la trifuncionalidad en un mito es indicativo de su origen indoeuropeo.

Fuerte antropomorfismo

Una de las principales funciones de los mitos es dar explicación de la naturaleza. Así, se presentan los fenómenos naturales como sucesos regidos por los dioses, cuyos designios eran comprensibles para el ser humano, aunque éstos le fueran hostiles. El hecho que permitía entender las decisiones divinas al hombre era, precisamente, la humanidad atribuida al entendimiento y voluntad de las deidades; de este modo, se tiene una visión domesticada de la naturaleza, al aparecer ésta con sentido humano y dirigida al hombre. Esta configuración humanizada de las fuerzas naturales se da en cualquier mitología, pero en la griega el antropomorfismo se encuentra especialmente marcado.

Los dioses grecorromanos estaban dotados de todos los vicios y virtudes humanas, así como de sus deseos, anhelos y esperanzas. El odio, el amor, la amistad, la envidia, la compasión, etc., son sentimientos de los que las divinidades no carecían; por ello, aunque en ciertos momentos actuaran injustamente, los hombres entendían sus decisiones, ya que eran motivadas por causas que no les eran ajenas.

Frente a otras culturas, en las que las divinidades se representan con animales o alternando rasgos animales con humanos, los dioses y héroes grecorromanos tienen forma humana completa, aunque magnificada. Por ejemplo, las divinidades egipcias suelen ser representadas con cuerpo de persona y cabeza de animal (perro, escarabajo, etc.), mientras que las estatuas griegas de dioses siempre muestran a éstos como hombres o mujeres. Por supuesto, las deidades podían transformarse en otros seres si lo deseaban, pero su forma habitual era la humana.

No faltan en la mitología grecorromana monstruos en nada parecidos físicamente al hombre; no obstante, éstos actúan y se mueven animados por impulsos como los de los humanos. Cualquier mito se presenta siempre de forma dramática y humanizada, de tal manera que los hechos narrados y las conductas adoptadas por el protagonista sean lógicas y comprensibles para los hombres.

Sistema politeísta especialmente organizado

Los mitos grecorromanos conforman un sistema especialmente claro y ordenado respecto a otras mitologías. De este modo, un personaje mítico tiene una significación determinada no sólo por lo que su mito cuenta, sino por la referencia que tiene con otros mitos y su posición respecto a éstos. Un héroe cualquiera viene definido por sus características propias y suele tener un antagonista que las resalte; por ejemplo, frente al valiente Heracles tenemos al cobarde Euristeo.

Este sistema de oposiciones está más marcado cuando se trata de los dioses. Dentro del particular politeísmo grecorromano, una divinidad estaba definida tanto por su significación abstracta, como por su contraste con otros diosas y dioses. Por ejemplo, Atenea encarna la figura de la guerrera frente a las otras diosas (Artemisa, Hera, Afrodita, etc.), pero su figura queda perfilada cuando se la enfrenta al dios de la guerra Ares; frente a éste, que representa la violencia guerrera, Atenea es la diosa de la estrategia y la astucia militar.

Su transmisión

Toda sociedad mantiene sus mitos por la circulación familiar y colectiva de éstos, pero siempre cuenta con unos individuos especialmente encargados de esta tarea. En algunos sitios son los sacerdotes; en otros, los profetas o vates; en Grecia fueron los aedos, rapsodas y poetas en general. Estos compositores se educaban en la memorización y en la composición oral; es decir, ellos no inventaban, tan sólo recogían el repertorio y lo exponían poéticamente. Por supuesto, esta relación entre la mitología y la poesía confería una gran libertad a la hora de relatar los mitos, por lo que esta peculiar forma de transmisión no podía evitar que se alterasen paulatinamente los hechos narrados. Además, había otros factores que daban lugar a la diversidad: un rapsoda podía escoger una variante local del mito para complacer a su auditorio o silenciar, en un momento dado, una parte del relato por razones morales o políticas. De todos modos, es conveniente aclarar que estas modificaciones se mantenían dentro de unos ciertos límites que intentaban no cambiar el esquema básico en el que se fundamentaba la estabilidad del repertorio mítico.

La introducción del alfabeto en el siglo VIII a.C. supuso una revolución cultural inusitada que no podía dejar de afectar a la mitología. Aunque la transmisión oral mítica no finalizaría hasta mucho más tarde, sí que anuló la palabra viva como base del recuerdo. Ya en ese mismo siglo VIII a.C., se cuenta con textos de dos de los grandes poetas de la antigüedad, Homero y Hesíodo. Lógicamente, sus obras aún mantienen huellas de la composición oral, sólo hay que observar la cantidad de frases formularias que aparecen en un poema épico como la *Ilíada*, pues hasta el siglo V a.C. la mentalidad griega no abandonará la cultura de la oralidad.

Estos cambios trajeron consigo que la mitología quedara ligada a la literatura, lo que llevó a su vez a un deseo de originalidad por parte de los poetas, pues ya no eran sólo memorizadores, sino creadores. De este modo, los relatos cobraron una renovada libertad que, en algunos casos, dio lugar a la crítica, hecho que no ocurría con otras culturas en las que contaban con un libro canónico. Por otro lado, la fijación que supone un texto es-

critico lo expuso a la censura y la ironía, algo impensable con la transmisión oral.

Al inicio de la literatura clásica, todos los géneros poéticos antiguos (épica, lírica coral y tragedia) toman como base de sus argumentos los mitos. Este rico mundo de figuras, situaciones y temas fue durante mucho tiempo, si no la única base de las composiciones, sí la principal. Así, se puede seguir la evolución de un mito y las distintas variantes que se iban introduciendo a lo largo de unos siglos, ya que, como se ha apuntado anteriormente, Roma tomó el relevo de la literatura griega. Todo esto ofrece al estudioso actual una tradición que se puede abordar diacrónicamente, lo cual es una característica peculiar de la mitología grecorromana.

La literatura, en esa búsqueda de la originalidad, fue desgastando el fondo mítico y dando lugar a la ironía. Con la aparición de la filosofía y el racionalismo en la Jonia del siglo VI a.C. y su prolongación en la ilustración sofística y la filosofía posterior, que intentó dar una explicación del mundo y la vida humana mediante la razón, la mitología perdió progresivamente su valor como explicación de lo Real. Es a finales del siglo IV cuando se da la crisis del sentido trágico, que tiene en Eurípides a su más claro exponente.

Se debe tener en cuenta que la literatura griega clásica y arcaica estaba dirigida a un público muy amplio, pues prácticamente su auditorio era todo ciudadano, por lo que contó siempre con una vertiente educativa. A través de la tragedia, los mitos se evocaban una y otra vez, lo que les confería una función social difícil de cubrir. Por eso, como apuntó Nietzsche, el ataque de la crítica racionalista llevó a la crisis de la tragedia, que supuso el fin de toda una forma de entender el mundo.

Los filósofos pronto se dieron cuenta de lo débil de su victoria, pues la filosofía no podía cubrir la crisis de valores que se cernía en torno a los ciudadanos, más si se tiene en cuenta que ésta coincidió con el final de la polis como comunidad libre y autosuficiente. Ya Platón se dio cuenta de la función social y educativa de los relatos míticos, por lo que no trató de suprimir radicalmente su legado y propuso que el Estado lo controlara y manipulara para aprovechar esta función pedagógica.

Teogonía o Cosmogonía

El origen del universo lo narra Hesíodo en su *Teogonía*. Según este autor, al inicio de todo sólo existía el Caos. Después vino Gea (la Tierra) y, dentro de ésta, se hallaba el Tártaro. Más tarde apareció Eros (el Deseo). Este último es la fuerza que mueve al mundo, porque es la fuerza generadora, la que llevará a la creación de nuevos seres que pueblen el Universo.

Del Caos, nacieron Érebo y Nix (la Noche). A su vez, de Nix surgieron el Éter y Hémera (el Día). Se puede ver cómo la creación empieza a imponer el orden frente a ese Caos generador y primordial. Con el nacimiento del Día y la Noche, surge el tiempo organizado.

Sin intervención masculina, Gea engendró a Urano (el Cielo), las grandes Montañas, las Ninfas y el Ponto (el Mar).

Cuando ya están los elementos primordiales del Cosmos: la Tierra, el Cielo y el Mar, Gea ya no crea por sí misma, sino que será fecundada por otros elementos varones. Los hijos de Gea, normalmente, son seres monstruosos y muy violentos. Primero se une a Urano, con el que tuvo numerosos descendientes, ya que éste la cubría permanentemente. Así nacieron los seis Titanes (Océano, Ceo, Crío, Hiperión, Jápeto y Crono) y las seis Titáni-

des (Tía, Rea, Temis, Mnemósine, Febe y Tetis). Los dos más importantes son Crono y su esposa Rea, pues obtendrán la soberanía del mundo; ambos son conocidos por Saturno y Cibeles, respectivamente, en la mitología romana. Cibeles tenía un mito propio y, en origen, era una diosa frigia que nada tenía que ver con Rea, pero más tarde asumió las características y leyendas de Rea.

Luego engendró a los Cíclopes (Arges, Estéropes y Brontes), que eran monstruos de un solo ojo muy hábiles como artífices, y los Hecatónquiros (Coto, Egeón y Giges), llamados también centímanos, que tenían cincuenta cabezas y cien manos.

Urano, en un incesante acto de procreación, permanecía tendido sobre Gea y no permitía la salida de sus hijos del vientre de su madre; es decir, se mantenían bajo tierra. Gea, harta de la fecundidad desmesurada a la que se veía sometida por Urano y deseando liberar a sus hijos, creó el metal e hizo una hoz. Luego pidió ayuda a su progenie y sólo el más pequeño, Crono, se declaró dispuesto a enfrentarse a su padre y una noche, cuando Urano se disponía a cubrir nuevamente a Gea, le castró con la hoz que, previamente, le había entregado su madre. De los testículos y las gotas de semen que cayeron en el mar, nació Afrodita, llamada Venus en la mitología romana. Esta versión del nacimiento de la diosa es la que ofrece Hesíodo, pero hay otro mito que la hace hija de Zeus y Dione, en la cual no es una divinidad de primera generación.

Después de esto, Gea se unió a Ponto, con quien engendró cinco divinidades marinas: Nereo, Taumante, Forcis, Ceto y Euribia.

Tras este episodio, Hesíodo sitúa el nacimiento de una serie de personajes causantes del lado negativo de la existencia. Como en la mitología grecorromana no existe un dios de la maldad propiamente dicho, se achacan los males de la vida a diversas personificaciones de aspectos nocivos para el ser humano. Así, Nix (la Noche) concibe a Moros (la Fatalidad), a Ker (la diosa de la Muerte), a Tánatos (el dios de la Muerte), a Hipnos (personificación del Sueño) y a la tribu de los Sueños. También la Burla, el Lamento y las Hespérides, ninfas del atardecer, llamadas: Egle ('Resplandeciente'), Eritia ('Roja') y Hesperaretusa ('la Aretusa de Poniente'), son descendencia suya.

Entre las múltiples hijas de Nix, destacan las Moiras, que figuran como hijas de Zeus en otras versiones míticas, y las Erinias (Alecto, Tisífone y Megera) por los griegos y Furias por los romanos, son muy temidas y aparecen en numerosos mitos. Aunque Hesíodo las hace hijas de la Noche, hay una versión que las hace nacer de las gotas de sangre que cayeron a la tierra cuando Crono mutiló a Urano. Son monstruos alados con serpientes en sus cabellos, que se encargaban de castigar los crímenes, para lo que perseguían a sus víctimas, enloqueciéndolas y torturándolas. Entre las hijas de Nix que personifican abstracciones, como Némesis (la Envidia), Engaño, Ternura, Vejez, etc., sólo Eride o Eris (la Discordia) alcanza un papel importante en los mitos; de hecho, es la causante de la guerra de Troya. (Véase la leyenda de esta diosa). Eride, a su vez, parió a Fatiga, a Pena (Ponos), al Olvido (Lete), al Hambre (Limos), al Dolor (Algos), al Juramento (Horcos), a los Combates, Guerras, Matanzas, Masacres, Odios, Mentiras, Discursos, Ambigüedades, Desorden y Destrucción.

De las divinidades primigenias marinas, se unieron Nereo y Dóride, que dieron lugar a las cincuenta nereidas; Taumante y Electra, que tuvieron a las Harpías e Iris; Ceto y Forcis, que engendraron al monstruo Escila y las

Grayas (las Viejas); por último, Crío y Euribia trajeron al mundo a Jápeto y Clímene. De esta descendencia, destacan las Harpías, monstruos mitad ave, mitad mujer, que servían a veces como castigo divino. Normalmente sólo son dos; Aelo ('Borrasca'), llamada también Nicótoe, y Ocípete ('Vuelarápido'); aunque a veces se nombra una tercera, Celeno ('Oscura'). También Iris, personificación del Arco Iris, participa en algunos mitos como mensajera de los dioses.

Algunos titanes también se unieron entre sí. Océano y Tetis engendraron los ríos y manantiales; Hiperión y Tía a Helio (el Sol), Selene (la Luna) y Eos (la Aurora); Ceo y Febe a dos hijas Leto y Asteria. Pero la descendencia más importante será la de Crono y Rea, que tuvieron a Hestia, Deméter, Hera, Hades, Poseidón y Zeus, el menor de todos. En la mitología romana, Deméter era llamada Ceres; Hera, Juno; Hades, Plutón; Poseidón, Neptuno, y Zeus, Júpiter. Hestia, es una diosa que personifica el Hogar y vive en el Olimpo eternamente, por lo que no participa en ninguno de los mitos. Probablemente, éste sea el motivo por el que es la única hermana de Zeus que no se incluye en el panteón olímpico.

Crono, padre de Zeus, sabía por un oráculo que uno de sus hijos habría de destronarlo y, por miedo a esta profecía, los engullía nada más nacer. Rea, harta de esta situación, resolvió engañar a su esposo y salvar a su sexto hijo. Dio a luz por la noche, en secreto, y al día siguiente dio a Crono una piedra envuelta en pañales, que éste, como era su costumbre, se comió sin darse cuenta del cambio.

Cuando Zeus creció, quiso tomar el poder que tenía su padre y recurrió a Metis (la Prudencia) para que le ayudara. Ésta le proporcionó una droga que hizo vomitar a Crono todos los hijos que había devorado y, con el apoyo de sus hermanos y hermanas, Zeus luchó contra su padre y los titanes. Fue una guerra larga que duró diez años.

Zeus, aconsejado por su madre, decidió liberar del Tártaro a los Cíclopes y los Hecatonquiros para que le ayudaran. Los Cíclopes dieron: a Zeus, el trueno y el rayo; a Hades, un casco mágico que hacía invisible al que lo usara, y a Poseidón, el tridente, cuyo choque conmovía la tierra y el mar.

Al final, Zeus y los olímpicos quedaron vencedores. Arrojaron a los titanes del cielo y los encerraron en el Tártaro. Tras la victoria, los dioses echaron a suertes el reparto del poder. Se acordó que Zeus regiría el universo y tendría como reino el cielo; Poseidón, el mar, y Hades, el mundo subterráneo. Ésta es otra división tripartita que hace suponer su origen indoeuropeo.

Tras estos combates, se sitúa el nacimiento de los hijos inmortales de Zeus que, junto a sus hermanos, conformarán la familia olímpica.

La primera de las esposas de Zeus es Metis, hija de Océano. Cuando Metis estaba embarazada de una niña, Gea dijo que nacería un hijo de esta diosa que destronaría a Zeus. Para evitarlo, el dios se tragó a Metis. Cuando llegó el momento de dar a luz, Prometeo -según otras tradiciones fue Hefesto- abrió con un hacha la cabeza de Zeus y de allí salió Atenea, llamada Minerva en la mitología romana.

Luego se casó con Temis, con la que tuvo: las Estaciones (las Horas), llamadas Eirene (Paz), Eunomía (Disciplina) y Dice (Justicia), y las Moiras, (Cloto, Láquesis y Átropo), llamadas Parcas por los romanos, que personificaban el destino. Se las representa como hilanderas que regían el destino de cada mortal a través de un hilo: la primera lo hilaba, la segunda lo enro-

llaba y la tercera lo cortaba, cuando la vida del mortal tocaba a su fin. Ni los mismos dioses podían cambiar sus designios. Aunque, arriba se indica que, según Hesíodo, son hijas de Nix (la Noche).

Dione, otra titánide, le dio por hija a Afrodita (Venus para los romanos); sin embargo, en la versión hesiódica ésta surge de la mezcla de las olas del mar con las gotas de semen que caen cuando Urano es castrado por Crono.

Eurínome, hija de Océano, engendró de él las Cárites, llamadas por los latinos Gracias, (Áglae, Eufrosine y Talía). Con Mnemósine (la Memoria), tuvo a las Musas. De Leto tuvo a Apolo y Artemisa, conocida como Diana por los romanos.

Según Hesíodo, después de todos estos enlaces es cuando hay que situar la *boda sagrada* con Hera, esposa oficial de Zeus; sin embargo, en casi todas las tradiciones se considera anterior. De esta unión nacieron: Hebe, Ilitía y Ares (Marte para los romanos).

De Alcmena, nació Heracles, cuyo nombre latino es Hércules; de la ninfa Maya, Hermes, conocido como Mercurio en Roma; y de Sémele, Dionisio, nombrado Baco en la tradición latina.

Dioses, semidioses, héroes, monstruos y humanos

El vasto número de personajes que aparece en los mitos impide hacer una relación de todos ellos, pero sí permite una división clara de los mismos, gracias a la organización que rige el sistema mítico grecorromano. Por orden cronológico habría que hablar primero de los dioses primigenios, que son los que dan origen a todas las cosas; luego vendrían los dioses principales, que conforman el panteón olímpico; tras ellos, se encontrarían los dioses menores, que no suelen desempeñar papeles protagonistas en los mitos; y, finalmente, estarían los héroes, que no son divinidades, pero proceden en mayor o menor grado de éstas. Caso aparte lo forman los monstruos y los hombres, pues su naturaleza mortal los apartan de las deidades.

Dioses primigenios.

Estos dioses suelen estar ubicados claramente, pues en muchos casos no son más que la personificación del marco en el que se desarrolla la existencia, como Gea (la Tierra); a veces se trata de una deidad puramente abstracta, tal cual ocurre con Eros (el Deseo). En cualquier caso, todos ellos carecen de una configuración personal propia, son meramente la base de todo lo existente. La principal fuente para conocerlos es la *Teogonía* de Hesíodo, que narra el origen del universo y las tres generaciones divinas.

Primera generación divina

Son los hijos que Gea tuvo fecundada por las deidades primigenias masculinas. Primero engendró con Urano los seis Titanes y las seis Titánides, los Cíclopes y los Hecatónquiros o centímanos. Luego se unió a Ponto, con quien tuvo cinco divinidades marinas: Nereo, Taumante, Forcis, Ceto y Euribia.

Después surgieron todas las divinidades que personifican el lado oscuro de la vida. (Véase "Teogonía y Cosmogonía").

Dioses principales

La segunda generación divina son los descendientes de los hijos que Gea tuvo de Urano.

Las divinidades primigenias marinas dieron lugar a las cincuenta nereidas, hijas de Nereo y Dóride; las Harpías e Iris, fruto de la unión de Taumante y Electra; Escila y las Grayas (las Viejas), nacidas de Ceto y Forcis; y, por último, Jápeto y Clímene que descienden de Crío y Euribia.

En cuanto a los titanes, Océano y Tetis tuvieron los distintos ríos y manantiales; Hiperión y Tía a Helio (el Sol), Selene (la Luna) y Eos (la Aurora); mientras que Ceo y Febe tuvieron a Leto y Asteria. Sin embargo, la descendencia más importante será la de Crono y Rea -entre paréntesis se ofrece el nombre que recibían en la mitología romana-, que tuvieron a Hestia, Deméter (Ceres), Hera (Juno), Hades (Plutón), Poseidón (Neptuno) y Zeus (Júpiter), el menor de todos. Todos ellos, excepto Hestia, serán parte integrante del panteón olímpico.

Tercera generación divina y segunda generación de los olímpicos

A esta generación pertenecen los hijos inmortales de Zeus: Atenea (Minerva), las Estaciones (las Horas), las Moiras (Parcas), Afrodita (Venus), las Cárites (Gracias), las Musas, Apolo, Artemisa (Diana), Hebe, Ilitía, Ares (Marte para los romanos), Hermes y Dionisio, (Baco). (Entre paréntesis se ofrece el nombre, cuando éste era distinto, que la divinidad tenía en Roma. Para conocer con puntualidad su mito, se recomienda ir a la entrada correspondiente).

Semidioses

Las uniones entre dioses y mortales daban origen a los héroes, pero en el caso de Heracles y Dionisio se hizo una excepción, puesto que llegaron a convertirse en dioses.

A Heracles le fue concedida la inmortalidad tras vivir como humano. Cuando murió en su vida terrena, fue divinizado y elevado hasta los dioses inmortales en premio a su conducta excepcional.

El caso de Dionisio es distinto, ya que, desde su nacimiento, es considerado como un dios. Estando embarazada la madre de Dionisio, Sêmele, pidió un día a Zeus que se mostrara en su verdadera forma, pero no pudo soportar la visión de los relámpagos que circundaban al dios y cayó fulminada. Zeus le extrajo el hijo que llevaba dentro y se lo injertó en el muslo. A la hora de dar a luz, se lo sacó del mismo sitio en perfectas condiciones. Por este motivo, le pusieron el nombre de Dionisio, el dios 'nacido dos veces'.

El panteón olímpico

Una vez que los dioses vencieron a los titanes en la guerra llamada Titanomaquia, se establecieron en el Olimpo, que pasó a ser la residencia de las deidades. Sólo quedaron al margen de este idílico lugar los dioses vencidos en la lucha por el poder celeste y alguna divinidad de actuación específica, como el caprípedo Pan. Allí habitaban los principales dioses que conforman el panteón olímpico con sus cortes de semidioses. Las divinidad-

des se alimentaban de ambrosía y, desde su atalaya, observaban a los hombres. En su vida inmortal, compartían desde la distancia o, a veces, acercándose a ellos, el destino doliente de los héroes.

El orden establecido por Zeus se basaba en la organización familiar y la estructura genealógica. La familia divina era de tipo patriarcal, con Zeus a la cabeza como "Padre de los dioses y los hombres", no tanto por consanguinidad, sino por su papel de señor y jefe de la organización familiar.

Por supuesto, la agrupación familiar del panteón olímpico no es original, pues otras mitologías ofrecen igualmente una familia de dioses, como en Egipto o en el Próximo Oriente; sin embargo, sí es característico de la representación helénica esa claridad y delimitación del marco familiar, constituido por el panteón olímpico. Éste se encontraba compuesto por el número canónico de los doce olímpicos: Zeus, Hera, Poseidón, Deméter, Atenea, Apolo, Artemis, Afrodita, Ares, Hefesto, Hermes y Dionisio. Fuera de este mundo luminoso quedan los poderes ctónicos del mundo de la muerte, representados por Hades, Perséfone y Hécate, divinidades de las tinieblas. Seguidamente se ofrece el nombre de los olímpicos en griego y, a continuación, su equivalente en latín para facilitar la consulta de los mitos que corresponden a cada una de las divinidades.

Divinidades menores

En torno a los grandes dioses había un conjunto de divinidades menores cuya existencia era eclipsada por las resplandecientes figuras de los olímpicos: unas tenían una individualidad conocida y otras forman parte de grupos o coros.

Divinidades individuales

Hay diferentes motivos por los que este tipo de deidades no habían alcanzado un lugar preeminente entre los dioses inmortales:

- A veces se trataba de dioses cuyo culto había decaído con el tiempo. Así ocurre con Helios, el Sol, importante dios antiguo que fue perdiendo dominio por su competencia con Febo Apolo, el cual atrajo distintos aspectos de esta divinidad solar; Selene, la Luna, diosa absorbida por Artemisa; o Eos, la Aurora.

Otras veces era su función la que los restringía a ciertos ámbitos. De este manera, se puede ver a una diosa de tan gran origen como Hestia, que era hija de Crono y Rea, y, por lo tanto, hermana de Zeus, Hera, Poseidón, Deméter y Hades, relegada a un papel secundario por ser la diosa del hogar. Este hecho hace que la divinidad esté ligada al interior de la casa, por lo que no protagoniza ni se vincula a ningún mito. Del mismo modo Pan, hijo de Hermes, tiene un culto reducido por tratarse del dios de los bosques y los espacios agrestes, lo que le deja fuera del ámbito de la polis; o Ilitía, hija de Zeus y Hera, diosa de los nacimientos, sólo aparece de forma secundaria en algún mito (véase Alcmena).

En ocasiones, se trata de divinidades cuya única función consiste en ayudar a los dioses, por lo que participan en los mitos sin protagonizarlos.

Por ejemplo, Iris es la mensajera de los dioses y aparece en las leyendas cumpliendo misiones para los olímpicos, pero carece de historia propia.

Además, la mitología grecorromana poseía innumerables dioses que eran meras personificaciones de algún concepto abstracto, a pesar de que alguno contara con un mito propio asociado a él. Éste es el caso de Eros, Cupido en Roma; Eris, la Discordia; Nike, la Victoria; Thanatos, la Muerte; Hypnos, el Sueño; etc.

También había cultos locales que personificaban los ríos, fuentes, lagos...

Caso aparte son los dioses ctónicos, pues se les respeta pero no se les rinde culto. La asociación de estas deidades con el mundo subterráneo de las sombras, el Reino de los Muertos, hace que sean aborrecibles al resto de los dioses y temidos por los humanos. Esto explica que un dios tan importante como Hades, hermano de Zeus, no forme parte del panteón olímpico. Lo mismo ocurre con su esposa Perséfone, o con Hécate.

También hay que señalar la importancia de deidades de origen oriental que fueron introducidas durante el helenismo. La relevancia de estos dioses varía según el lugar y el tiempo en el que se localicen, pero los marcados elementos exóticos que les acompañaban hacían que fueran identificados como extranjeros y, por lo tanto, considerados "de segunda fila" por muy extenso y destacado que fuera su culto. Así ocurre con divinidades como Isis, Cibele, Atis o Mitra.

Divinidades corales

Son llamadas así porque estas deidades suelen ser identificadas o llamadas por el nombre genérico que agrupa a los de su misma especie, pues carecen de una personalidad definida o una historia mitológica propia. Comparten con los Olímpicos la inmortalidad y con los héroes la cercanía y descendencia de los dioses fundamentales; sin embargo, ni tienen el culto de los primeros, ni alcanzan la gloria de los segundos. El número de cada agrupación es variable, pues existen desde tríos como el de las Gorgonas hasta cantidades incalculables de otros seres, como Ninfas, Sátiros, Curetes..., pasando por las nueve Musas o las cincuenta Oceánides. Su función dentro de los mitos también es diversa, pues algunos de estos tipos son simples comparsas, coros o acompañamientos de los dioses, como las Cárites o las Horas, que forman parte del cortejo de Apolo, Afrodita, Atenea o Dionisio; mientras que otros adquieren un papel relevante como las Moiras, ya que éstas personifican el Destino y sus designios no pueden ser cambiados ni por el propio Zeus. Algunas de las especies conviven juntas en comunidad, como los centauros o los cíclopes, y otras están diseminadas por todo el orbe, como las ninfas. También se distinguen entre los seres benéficos, que generalmente son los que conviven directamente con los olímpicos, por ejemplo las Musas, que protegen todas las artes; y los seres monstruosos, como las Sirenas, que buscan la perdición de los navegantes.

Héroes

La abundancia de héroes y la riqueza episódica de sus historias es un rasgo característico de la mitología grecorromana; de hecho, al igual que las leyendas de los dioses sufrieron modificaciones en el curso de la tradición y, en algunos casos, fueron utilizadas por la propaganda política. Así, un héroe de gran importancia para los romanos es Eneas, pues sirvió para hacer descender a los Emperadores de los dioses.

Los héroes se caracterizan por tener mayor poderío, fuerza y audacia que los hombres; sin embargo, comparten con ellos su naturaleza mortal, aunque algunos hayan sido inmortalizados y convertidos en divinidad tras su muerte de humano, como Heracles. A pesar de permanecer al margen de los dioses, están en contacto con ellos, pues las distintas deidades participan en numerosas ocasiones en las vidas de los mortales, bien para favorecerlos o para perseguirlos.

Hay héroes mayores, cantados en la épica y en toda la literatura clásica, y otros menores, de carácter local, ligados a un culto restringido. Algunos héroes tienen a un dios o a una diosa por progenitor (Eneas, por ejemplo, es hijo de Venus), mientras que otros están emparentados de forma lejana con la divinidad; no obstante, todos tienen en su origen una mezcla con lo mortal de la naturaleza humana, por lo que no se alimentan de ambrosía y están sujetos al dolor, el esfuerzo por vivir y finalmente a la muerte.

En el esquema de las edades del hombre que relata Hesíodo, éste coloca la Edad de los Héroes entre la Edad de Bronce y la Edad de Hierro, que es la suya. Con esta inclusión, se hace una pausa en la progresiva decadencia de la humanidad, ya que los héroes no persiguen otra cosa que alcanzar la gloria imperecedera mediante su conducta meritoria. Por su pertenencia a los tiempos del mito y su afinidad con lo divino, son especialmente ejemplares para los humanos.

Los griegos conocían dos tipos distintos de héroe: los culturales y los aventureros o guerreros. Los primeros habían realizado alguna aportación cultural singular; así, Triptólemo enseñó el cultivo de los cereales, Equetlo inventó el arado, Foroneo descubrió el fuego -en variante al mito de Prometeo-, Palamedes algunos juegos, etc. En cuanto a los héroes del segundo tipo, que llamaremos de acción, son divisibles a su vez en dos clases diferentes: los civilizadores y los caudillos guerreros. Los héroes civilizadores resaltan por librar los caminos de monstruos, descubrir nuevas vías en el horizonte desconocido, emprender empresas para liberar prisioneros, buscar algún tesoro... Generalmente, van solos o acompañados por uno o varios compañeros, como Edipo, Jasón, Teseo o Ulises. Los caudillos guerreros, sin embargo, se conocen por su participación en las batallas y asedios a una ciudad (Troya y Tebas son las más conocidas en este sentido). Son jefes de tropas que combaten en peleas individuales, planean los ataques al enemigo o arengan a sus hombres. Por ejemplo, Agamenón, Aquiles, Menelao, etc. Esta división, en principio fácil, sufre múltiples interferencias, pues hay héroes que cumplen ambas funciones, como Ulises.

El culto de los héroes es diferente al de los dioses, pues los primeros tienen un prestigio local específico, bien delimitado geográficamente. Bien es cierto que algunos tuvieron un culto muy extenso como Heracles y otros fueron adoptados como "héroes nacionales" por motivos políticos, como Te-

seo en Atenas, mas hay numerosos cultos reducidos a un lugar concreto, como Anio en la isla de Delos.

La creencia popular pensaba que, cuando los héroes morían, se convertían en espíritus de difuntos, fantasmas nocturnos que se aparecían y manifestaban en los lugares próximos a su tumba, por lo que se consideraba una buena protección para la ciudad tener enterrado uno cerca. Hesíodo cuenta que algunos héroes tenían destinado un retiro feliz y eterno en las Islas de los Bienaventurados o en los Campos Elíseos.

Monstruos

Aquí se entiende por monstruo cualquier ser mortal de apariencia espantosa que causara daños a los humanos. También había monstruos inmortales, como los hijos de Gea, pero al no estar sujetos a la muerte se considera que éstos eran divinidades.

La mayoría de los monstruos descendían de una deidad, lo que les confería su fuerza descomunal y extraña forma, y de un ser humano, que les proporcionaba a su vez su naturaleza mortal. A veces tenían un origen distinto, como el Minotauro, que era fruto de la unión de una mujer y un toro sagrado; o el autómatas Talo, ingenio mecánico construido por Hefesto; otras veces, eran enviados por los dioses para probar a un héroe o castigar algún delito, como el monstruo marino que envió Poseidón a Casiopea por jactarse de su belleza.

En principio, estos seres compartían la naturaleza eterna de los dioses, mas tenían un punto débil por el que podían ser muertos. Los encargados de poner fin a la vida de estos entes eran los héroes, que con ello ganaban gloria y fama.

Humanos

Los humanos se consideraban una creación de los dioses. Son llamados mortales, en oposición a los dioses que eran imperecederos. Además, estaban sometidos a la muerte y al dolor.

Origen

Cuanta Hesíodo que su origen se debe a la decisión de Zeus de poblar la Tierra. Éste pidió un día a Prometeo ('previsor') y Epimeteo ('imprevisor') que se encargaran de crear los distintos seres que habitarían el orbe; de este modo. Epimeteo distribuyó las distintas cualidades (fuerza, velocidad, astucia, valor, etc.) entre los animales. Cuando llegó la hora de la creación del hombre, los hizo a semejanza de los dioses y les concedió la bipedestación; sin embargo, ya no contaba prácticamente de dones para revestirle. Prometeo, compadecido de estos seres más desprotegidos, intentó compensar el error de su hermano robando el fuego divino y ofreciéndoselo.

Como no era la primera vez que el titán Prometeo engañaba al Zeus, éste decidió darle un castigo. En venganza, determinó causar algún mal a la raza que tanto deseaba proteger el dios y mandó a Hefesto y Atenea construir una mujer a imagen de las diosas, pues en un principio sólo existían los varones. A pesar de que Prometeo advirtió a su hermano que no tomase ningún regalo que Zeus le ofreciera, cuando el padre de los dioses le llevó a Pandora, no pudo resistir la belleza y gracia de ésta y la tomó por esposa.

Cada una de las divinidades había aportado una cualidad que revistiera a la nueva creación, pero en su corazón había instalado la mentira y el engaño. Así, la nueva mujer de Epimeteo llegó con un cofre que el mismo Zeus le había entregado. Esta caja contenía todos los males y Pandora, sin poder resistir su curiosidad, la abrió. Al ver la cantidad de desgracias que salían del recipiente y cómo se dispersaban éstas por la tierra, cerró el envase, pero sólo la esperanza quedó encerrada en su interior.

Desarrollo

Hesíodo compatibiliza este mito con la leyenda de las edades. Según ésta, habían existido cinco razas que se sucedieron desde el origen de la humanidad.

En un principio, se dio la edad de oro, en la que los primeros hombres creados por los dioses olímpicos vivían bajo el reinado de Crono. Los mortales permanecían siempre jóvenes, no sufrían las enfermedades y pasaban el tiempo en pura diversión, ajenos a los males. Cuando llegaba la muerte, simplemente caían en un "dulce sueño". Tenían todas sus necesidades cubiertas sin necesidad de trabajar o luchar, pues el suelo les ofrecía una abundante cosecha.

A continuación, llegó la edad de plata, que correspondía al reinado de Zeus. Esta etapa supuso una degradación respecto a la anterior. En la siguiente evolución, la edad de bronce, la degradación se hizo mayor, pues aparece el bandillaje y la guerra. Este paulatino empeoramiento se ve interrumpido por la edad de los héroes, protagonizado por los participantes en el ciclo tebano y la guerra de Troya. Finalmente, Hesíodo describe la actual edad de hierro, en la que a él le ha tocado vivir. Ésta es la última fase de la decadencia, pues la enfermedad, la vejez, la muerte y la angustia ante un futuro incierto va pareja al sufrimiento de tener que trabajar para vivir.

Muerte

Cuando los hombres morían, su espíritu se convertía en una sombra que descendía al reino de los muertos. Una vez en ese lugar, el barquero Caronte les estaba esperando para cruzarlos de una orilla a otra del río Aqueronte. Aunque eran las propias almas las que remaban, el barquero les cobraba el viaje, por lo que se solía introducir una moneda en la boca a los muertos antes de enterrarlo. Ya en el Hades, nadie podía regresar y allí llevaban una existencia eterna descrita la mayor parte de las veces como miserable. Muchos de ellos sufrían en aquel lugar tormentos eternos por penas de impiedad u otras acciones en contra de los dioses inmortales.

Barcelona, Mayo de 1975
Rafael Parra Machío